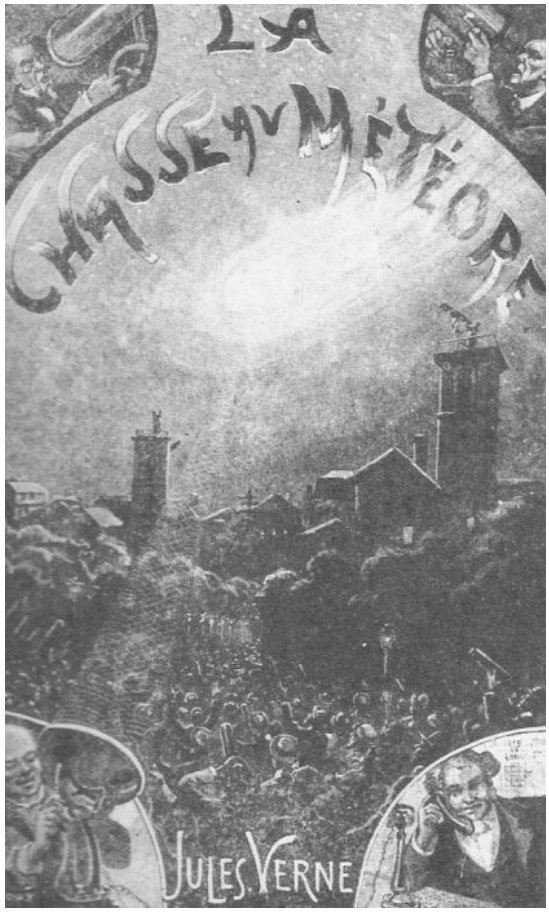
JULIO VERNE

LA CAZA DEL METEORO



Julio Verne (1828 - 1905)
Imagen de dominio público. Fuente:
http://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:%27The_Chase_of_the_Golden_Meteor%27_by_George_Roux_01.jpg

LA CAZA DEL METEORO

1

CAPÍTULO PRIMERO
EN EL CUAL EL JUEZ JOHN PROTH LLENA UNO DE LOS MAS GRATOS DEBERES DE SU CARGO ANTES DE VOLVER AL JARDÍN

No existe ningún motivo que impida decir a los lectores que la ciudad en que comienza esta singular historia se halla en Virginia (Estados Unidos de América). Si les parece bien, llamaremos a esta ciudad Whaston, y la colocaremos en el distrito oriental, sobre la margen derecha del Potomac; pero nos parece inútil precisar más las coordenadas de esta ciudad, que se buscaría en vano aun en los mejores mapas de la Unión.

El 12 de marzo de ese año, aquellos de los habitantes de Whaston que atravesaron Exeter Street en el momento preciso, pudieron ver, en las primeras horas de la mañana, a un elegante caballero que, al paso lento de su caballo, subía y bajaba la calle, muy pendiente, y se detenía por fin en la plaza de la Constitución, casi en el centro de la ciudad.

Este caballero, de puro tipo yanqui, tipo éste que no se halla exento de una original distinción, no debía tener más de treinta años. Era de una estatura algo más que mediana, de bella y robusta complexión, de cabellos negros y barba castaña, cuya punta alargaba su semblante de labios perfectamente afeitados. Una amplia capa le cubría hasta las piernas y caía sobre la grupa del caballo. Guiaba su montura con gran soltura, pero firmemente. Todo en su actitud indicaba al hombre de acción, resuelto, y también al hombre de primer impulso; no debía oscilar jamás entre el deseo y el temor, que es lo que constituye el rasgo de un carácter vacilante. Finalmente, un observador atento habría podido descubrir que apenas lograba disimular su impaciencia natural bajo una apariencia de frialdad.

¿Por qué se hallaba este caballero en una ciudad en que nadie le conocía, en que nadie le había visto jamás? ¿Se limitaba a atravesarla o se proponía permanecer algún tiempo en ella? En este último caso, para encontrar un hotel no habría tenido otra molestia que la de elegir. En ningún otro punto de Estados Unidos, o de cualquier otra parte, el viajero podía encontrar mejor acogida, mejor servicio, mesa, confort tan completo por unos precios tan moderados. Es ciertamente lamentable que los mapas sean tan imprecisos al omitir indicar una ciudad provista de tales ventajas.

No, en manera alguna parecía que el extranjero estuviese en disposición de permanecer en Whaston, y seguramente no harían presa en él las seductoras y atrayentes sonrisas de los hosteleros. Absorto, indiferente a cuanto le rodeaba, seguía la calzada que diseña la periferia de la plaza de la Constitución, cuyo centro ocupaba un vasto terraplén, sin sospechar siquiera que despertaba la curiosidad pública.

¡Y bien sabe Dios, con todo, si esta curiosidad se hallaba excitada! Desde el momento en que apareció el caballero, hosteleros y sirvientes cambiaban desde las puertas estas y otras frases análogas:

—¿Por dónde ha llegado?

—Por Exeter Street.

—¿Y de dónde venía?

—Según dicen, entró por el Faubourg de Wilcox.

—Hace ya media hora bien corrida que su caballo da vueltas a la plaza. Estará esperando a alguien.

—Es muy probable; y hasta se diría que espera con impaciencia.
—Y no cesa de mirar hacia Exeter Street.
—Por ahí llegará la persona a quien espera.
—Y ¿quién será...? ¿Él o ella?
—¡Eh, eh...! Pues tiene muy buen talante.
—¿Será entonces una cita?
—Sí, una cita..., pero no en el sentido en que vosotros lo entendéis.
—¿Usted qué sabe?
—Observad que ya por tres veces el extranjero se ha detenido ante la puerta de Mr. John Proth...
—Y como Mr. John Proth es juez de Whaston...
—Entonces es que ese hombre tiene algún proceso...
—Y que su adversario llega con retraso.
—Tiene usted razón.
—¡Bien! El juez Proth los conciliará y reconciliará en un santiamén.
—Es un hombre habilísimo.
—Y muy honrado.

Posible era en verdad que éste y no otro fuera el motivo de la presencia de aquel caballero en Whaston. Efectivamente, muchas veces había hecho alto, sin echar pie a tierra, ante la casa de Mr. John Proth. Quedábase mirando a la puerta y a las ventanas y permanecía luego inmóvil, como si esperase que alguien apareciese en los umbrales, hasta el momento en que su caballo, que piafaba impaciente, le obligaba a emprender nuevamente la marcha.

Ahora bien: al detenerse una vez más, se abrió súbitamente la puerta principal y un hombre apareció en la meseta de la pequeña escalinata que daba acceso a ella desde la acera.

Tan pronto como el extranjero descubrió a este hombre, preguntó quitándose el sombrero:
—¿Es Mr. John Proth, según creo?
—El mismo —contestó el juez muy amablemente.
—Una sencilla pregunta, que sólo exigirá un sí o un no de su parte.
—Hágala usted, caballero.
—¿Ha venido alguien esta mañana preguntando por Mr. Seth Stanfort?
—No, que yo sepa.
—Gracias.

Dicho esto, y descubriéndose por segunda vez, tendió la mano y subió por Exeter Street al trote corto de su caballo.

Ahora ya no podía dudarse —al menos tal fue la opinión general— de que el desconocido tenía algún negocio con Mr. John Proth. En el modo de hacer aquella pregunta se conocía que él mismo era Seth Stanfort, el primero en acudir a una cita convenida de antemano. Pero otro problema no menos importante se planteaba ahora. ¿Había pasado la hora de la cita y el caballero desconocido iba a abandonar la ciudad para no volver a ella?

Se creerá sin dificultad, ya que nos encontramos en América, es decir, en el pueblo de este mundo más aficionado a apostar, que en seguida se hicieron apuestas sobre el próximo retorno o la partida definitiva del desconocido. Algunas apuestas de medio dólar o hasta de cinco o seis centavos, entre el personal de los hoteles y los curiosos detenidos en la plaza, nada más, pero apuestas al fin, que serían religiosamente pagadas por los perdidosos y que se embolsarían tan guapamente los afortunados.

En cuanto al juez John Proth, se había limitado a seguir con la mirada al caballero que subía hacia el Faubourg de Wilcox. El juez John Proth era todo un filósofo, un prudente magistrado que no contaba menos de cincuenta años de prudencia y de filosofía, aun cuando no tuviese

más que medio siglo de edad —modo éste de decir que al venir al mundo era ya filósofo y sabio prudente—. Añádase a eso que en su calidad de solterón —prueba incontestable de prudencia— jamás había visto perturbada su vida por ningún cuidado; lo cual, fuerza será convenir en ello, facilita en gran manera la práctica de la Filosofía. Nacido en Whaston, ni siquiera en su primera juventud había abandonado más que muy poco su ciudad natal, y era considerado tanto como querido por sus justiciables, que sabían se hallaba desprovisto de toda ambición.

Un solo derecho le guiaba. Siempre se mostraba indulgente con las debilidades y a veces con las faltas ajenas. Arreglar los asuntos que se llevaban ante él, reconciliar a los adversarios que se presentaban a su modesto tribunal, redondear los ángulos, aceitar las ruedas, suavizar los choques inherentes a todo orden social, por perfeccionado que pueda hallarse: así era como él comprendía su misión.

John Proth disfrutaba de cierta holgura. Si desempeñaba aquellas funciones de juez era por gusto y no soñaba con elevarse a altas jurisdicciones. Gustaba de la tranquilidad para sí mismo y para los otros; consideraba a los hombres como vecinos en la existencia y con los cuales es necesario vivir en buena armonía. Levantábase temprano y acostábase tarde; si bien leía algunos autores favoritos del Antiguo y del Nuevo Mundo, se contentaba en cambio con un honrado diario de la ciudad, el Whaston News, en el que los anuncios ocupaban más sitio que la política. Daba diariamente un paseo de una o dos horas, durante el cual gastábanse los sombreros a fuerza de saludarle, lo cual le obligaba a renovar el suyo cada tres meses. Fuera de esos paseos y salvo el tiempo dedicado al ejercicio de su profesión, permanecía en su casa, tranquilo y confortable, y cuidaba las flores de su jardín, que le recompensaban por sus cuidados encantándole con sus frescos colores y brindándole sus suaves perfumes.

Trazado en estas pocas líneas ese carácter, puesto en su verdadero marco el retrato de Mr. John Proth, se comprenderá fácilmente que dicho juez no quedase demasiado pensativo por la pregunta hecha por el extranjero. Si éste, en vez de dirigirse al dueño de la casa, hubiese interrogado a su anciana sirvienta Kate, tal vez ésta habría deseado saber algo más; habría insistido acerca de aquel Seth Stanfort y habría preguntado lo que debería decírsele en el caso de que acudiera a informarse de su persona. Y asimismo habría agradado a la digna Kate el saber si el extranjero volvería o no a casa de Mr. John Proth, ya aquella misma mañana, o durante la tarde.

Mr. John Proth, en cambio, no se hubiera perdonado esas curiosidades, esas indiscreciones, excusables en su sirvienta, pues por algo pertenecía al sexo femenino. No, Mr. John Proth ni siquiera se dio cuenta de que la llegada, la presencia y la partida después del extranjero habían sido notadas por los mirones de la plaza, y, después de cerrar la puerta, volvióse a regar las rosas, los iris, los geranios, las resedas, de su jardín.

En cambio, los curiosos permanecieron en observación.

El caballero, no obstante, había avanzado hasta la extremidad de Exeter Street, que dominaba la parte Oeste de la ciudad. Llegado al Faubourg de Wilcox, que une esta calle con el centro de Whaston, detuvo su caballo y, sin desmontar, miró en torno suyo. Desde ese punto sus miradas podían extenderse en una milla aproximadamente y seguir la sinuosa ruta que desciende hasta el pueblecillo de Steel, que perfilaba sus campanarios en el horizonte, más allá del Potomac. En vano sus miradas recorrían esta ruta; era indudable que no descubría lo que buscaba; lo que dio motivo a vivos movimientos de impaciencia que se transmitieron al caballo cuyos fogosos ímpetus hubo necesidad de contener.

Transcurridos diez minutos, el caballero, volviendo por Exeter Street, se dirigió por quinta vez hacia la plaza.

«Después de todo —se decía, no sin consultar su reloj—, aún no hay retraso... Es a las diez y

siete minutos y son apenas las nueve y media... La distancia que separa Whaston de Steel, de donde ella debe venir, es igual a la que separa Whaston de Brial, de donde yo vengo, y puede franquearse en veinte minutos escasos... El camino es bueno, el tiempo seco y yo no sé que el puente haya sido arrastrado por una crecida... No habrá, pues, ni impedimento ni obstáculo... De manera que si ella falta a la cita es que así lo habrá querido... Por lo demás, la exactitud consiste en estar a la hora justa y no en presentarse demasiado temprano... En realidad, soy yo el inexacto, ya que me he adelantado más de lo que conviene a un hombre metódico... Cierto que, aun a falta de todo otro sentimiento, la cortesía me obligaba a llegar el primero a la cita...»

Este monólogo duró todo el tiempo que el extranjero tardó en descender de nuevo por Exeter Street y no terminó hasta el momento en que los cascos del caballo golpearon otra vez el piso de la plaza.

Decididamente, quienes habían apostado en favor de la vuelta del extranjero ganaban su apuesta. Así, pues, cuando éste pasó ante los hoteles, ofreciéronle un semblante agradable, en tanto que los perdidosos le saludaron con un alzamiento de hombros.

Las diez sonaron por fin en el reloj municipal; el extranjero contó los golpes, asegurándose en seguida de que el reloj marchaba de perfecto acuerdo con el que sacó de su bolsillo.

Faltaban sólo siete minutos para que fuese la hora de la cita, que pronto habría pasado.

Seth Stanfort volvió a la entrada de Exeter Street. Era claro como la luz del día que ni su montura ni él podían conservar el reposo.

Un público bastante numeroso animaba a la sazón esta calle. Para nada se preocupaba Seth Stanfort de los que subían por ella; toda su atención estaba puesta en los que la bajaban, y su mirada les distinguía tan pronto como asomaban en lo alto de la pendiente. Exeter Street es lo bastante larga para que un peatón emplee diez minutos en recorrerla, pero sólo tres o cuatro se necesitan para un carruaje que avance rápidamente o para un caballo al trote.

Pues bien; no era a los peatones a los que atendía nuestro caballero; ni siquiera los veía. Su amigo más querido hubiera pasado cerca de él a pie sin que le viera. La persona esperada no podía llegar más que a caballo o en coche.

Pero ¿llegaría a la hora fijada? Sólo faltaban tres minutos, el tiempo estrictamente necesario para bajar Exeter Street, y ningún vehículo aparecía en lo alto de la calle, ni motociclo, ni bicicleta, así como tampoco ningún automóvil que, andando ochenta kilómetros por hora, hubiera anticipado aún el instante de la cita.

Seth Stanfort lanzó una última mirada por Exeter Street. Un vivo relámpago brotó en sus pupilas, mientras murmuraba con un tono de inquebrantable resolución :

—Si a las diez y siete minutos no está aquí no me caso.

Como una respuesta a esta declaración, en aquel momento dejóse oír el galope de un caballo hacia lo alto de la calle. El animal, un ejemplar magnífico, hallábase montado por una joven que le manejaba con tanta gracia como seguridad. Los paseantes se apartaban a su paso, y a buen seguro que no tropezaría con ningún obstáculo hasta la plaza.

Seth Stanfort reconoció a la que esperaba. Su fisonomía volvió a recobrar su impasibilidad. No pronunció una sola palabra, ni hizo el menor gesto; tranquilamente, encaminóse derecho a la casa del juez.

Todo ello era para fastidiar a los curiosos, que se aproximaron, sin que el caballero les prestase la menor atención.

Pocos momentos después desembocaba en la plaza la amazona, y su caballo, blanco de espuma, se detuvo a dos pasos de la puerta.

El extranjero descubrióse y dijo:

—Saludo a Miss Arcadia Walker.

—Y yo a Mr. Seth Stanfort —respondió Arcadia Walker, con un gracioso movimiento.

Se nos puede dar crédito; los indígenas no perdían de vista a aquella pareja que les era a todos absolutamente desconocida. Y decían entre ellos:

—Si han venido para un proceso, es de desear que el proceso se arregle en beneficio de ambos.

—Se arreglará o Mr. Proth no será el hombre hábil que es.

—Y si ni uno ni otro están casados, lo mejor sería que el asunto acabase con un matrimonio.

Así juzgaban las lenguas, así se hacían los comentarios.

Pero ni Seth Stanfort ni Miss Arcadia Walker parecían percatarse de la curiosidad, enojosa más que nada, de que eran objeto.

Seth Stanfort disponíase a echar pie a tierra para llamar a la puerta de Mr. John Proth, cuando esta puerta se abrió ante él.

El juez apareció en el umbral, y detrás de él mostróse esta vez la anciana sirvienta Kate.

Ambos habían percibido ruido de caballos ante la casa y, abandonando aquél su jardín y dejando ésta su cocina, quisieron saber lo que pasaba.

Quedóse, pues, en la silla Seth Stanfort, y dirigiéndose al magistrado dijo:

—Señor juez John Proth, yo soy Mr. Seth Stanfort, de Boston, Massachusetts.

—Mucho gusto en conocerle, Mr. Seth Stanfort.

—Y he aquí a Miss Arcadia Walker, de Trenton, Nueva Jersey.

—Honradísimo de hallarme en presencia de Miss Arcadia Walker.

Y Mr. John Proth, después de haber fijado su atención sobre el forastero, consagrándola a la extranjera clavando en ella su límpida mirada.

Siendo Miss Arcadia Walker una persona verdaderamente encantadora, no nos desagradará hacer de ella un rápido bosquejo. Edad, veinticuatro años; ojos, azul pálido; cabellos de un castaño oscuro; en la tez, una frescura que apenas alteraba el soplo del viento; dientes de una blancura y de una regularidad perfectas; estatura un poco más que mediana; maravillosa apostura; los movimientos de una rara elegancia, suaves y nerviosos a la vez. Bajo la amazona con que iba vestida, prestábase con gracia exquisita a los movimientos de su caballo, que piafaba como el de Seth Stanfort. Sus manos, finamente enguantadas, jugaban con las riendas, y un conocedor habría adivinado en ella una hábil écuyére. Toda su persona llevaba el sello de una extrema distinción, con un no sé qué peculiar de la clase elevada de la Unión, lo que podría llamarse la aristocracia americana, si esa palabra casara con los instintos democráticos de los naturales del Nuevo Mundo.

Miss Arcadia Walker, nacida en Nueva Jersey, no contando más que con parientes lejanos, libre en sus acciones, independiente por su fortuna, dotada del espíritu aventurero de las jóvenes americanas, llevaba una existencia conforme con sus gustos. Viajando desde hacía muchos años, habiendo visitado las principales capitales de Europa, se hallaba al corriente de cuanto se hacía y se decía en París, en Londres, en Viena o en Roma. Y lo que había oído o visto en el curso de sus incesantes peregrinaciones, podía hablarlo con los franceses, los ingleses, los alemanes, los italianos en su propio idioma. Era una persona culta, cuya educación, dirigida por un tutor que ya había desaparecido del mundo, había sido muy escogida y cultivada. Ni aun le faltaba la práctica de los negocios, y de ello daba pruebas en la administración de su fortuna, con la inteligencia en manejar sus intereses.

Lo que acaba de decirse de Miss Arcadia Walker puede aplicarse simétricamente —esta es la palabra exacta— a Mr. Seth Stanfort. Libre también, también rico, amando también los viajes, habiendo corrido el mundo entero, residía muy poco en Boston, su ciudad natal. En el invierno era el huésped del Antiguo Continente y de las grandes capitales, en las que había encontrado con frecuencia a su aventurera compatriota. Durante el verano, volvía a su país de

origen, hacia las playas en que se reunían en familia los yanquis opulentos. También allí había vuelto a encontrarse con Miss Arcadia Walker.

Los mismos gustos habían aproximado poco a poco a esos dos seres, jóvenes y valerosos, a quienes los curiosos, y sobre todo los curiosos de la plaza, juzgaban nacidos el uno para el otro. Y en verdad, ávidos los dos de viajes, ansiosos ambos de trasladarse allí donde cualquier incidente de la vida política o militar excitaba la atención pública, ¿cómo no habían de convenirse? Nada, pues, tiene de extraño que Mr. Seth Stanfort y Miss Arcadia Walker hubiesen llegado poco a poco a la idea de unir sus existencias, lo cual no cambiaría para nada sus hábitos. No serían ya dos buques marchando en conserva, sino uno solo y, puede creerse, magníficamente construido, maravillosamente dispuesto para cruzar todos los mares del Globo.

¡No! No era un proceso, una discusión, la regulación de cualquier negocio lo que llevaba a Mr. Seth Stanfort y a Miss Arcadia Walker ante el juez de aquella ciudad. ¡No! Después de haber llenado todas las formalidades legales ante las autoridades competentes de Massachusetts y de Nueva Jersey, habíanse dado ellos cita en Whaston para aquel mismo día 12 de marzo y a aquella hora, las diez y siete minutos, para realizar un acto que, al decir de los ama.te.urs, es el más importante de la vida humana.

Hecha, según se ha dicho, la presentación de Mr. Seth Stanfort y de Miss Arcadia Walker al juez, éste no tuvo que hacer otra cosa que preguntar al viajero y a la bella viajera cuál era el motivo de comparecer ante él.

—Seth Stanfort desea convertirse en el marido de Miss Arcadia Walker —respondió el uno.

—Y Miss Arcadia Walker desea convertirse en la esposa de Mr. Seth Stanfort —agregó la otra.

El magistrado se inclinó reverente diciendo:

—Estoy a su diposición, Mr. Stanfort, y a la de usted, Miss Arcadia Walker.

Ambos jóvenes se inclinaron a su vez.

—¿Cuándo desean que se efectúe ese matrimonio? —preguntó Mr. John Proth.

—Inmediatamente..., si está usted libre —respondió Seth Stanfort.

—Pues abandonaremos Whaston tan pronto yo sea Mrs. Stanfort —declaró Miss Arcadia Walker.

Mr. John Proth indicó, con su actitud, cuánto lamentaba él, y con él toda la ciudad, el no poder conservar más tiempo dentro de los muros de Whaston aquella encantadora pareja, que en tal momento honraba con su presencia la ciudad. Luego añadió:

—Estoy por completó a sus órdenes. —Y retrocedió algunos pasos para dejar libre la entrada.

Pero Mr. Seth Stanfort le detuvo con un gesto.

—¿Es preciso —preguntó— que Miss Arcadia y yo bajemos del caballo?

Mr. John Proth reflexionó un instante.

—En manera alguna —afirmó, por fin—; puede uno casarse a caballo lo mismo que a pie.

Difícil habría sido encontrar un magistrado más acomodaticio, aun en ese original país de América.

—Una sola pregunta —dijo Mr. John Proth—; ¿están llenadas todas las formalidades impuestas por la ley?

—Lo están —contestó Seth Stanfort.

Y tendió al juez un doble permiso en debida forma, que había sido redactado por los escribanos de Bostón y de Trenton después del abono de los derechos de licencia.

Mr. John Proth cogió los papeles y, haciendo cabalgar sobre su nariz los lentes con montura de oro, leyó atentamente aquellos documentos, legalizados con toda regularidad y cubiertos con el timbre oficial.

—Los papeles —dijo— se hallan en perfecto orden y estoy dispuesto a certificar el matrimonio.

Nada tiene de extraño que los curiosos, cuyo número había aumentado considerablemente, rodeasen a la pareja, como otros tantos testigos de una unión celebrada en condiciones que parecían un tanto extraordinarias en cualquier otro país; pero la cosa no era para apurar ni para desagradar a los dos novios.

Subió entonces Mr. John Proth los primeros peldaños de la escalinata y, con una voz que se dejó oír de todos, habló asi:

—Mr. Seth Stanfort. ¿consiente usted en tomar por esposa a Miss Arcadia Walker?

—Sí.

—Miss Arcadia Walker, ¿consiente usted en tomar por marido a Mr. Seth Stanfort?

—Sí.

Recogióse el magistrado durante algunos segundos y, serio como un fotógrafo en el momento del sacramental «no os mováis», declaró:

—En nombre de la ley, Mr. Seth Stanfort, de Boston, y Miss Arcadia Walker, de Trenton, yo les declaro unidos por el matrimonio.

Ambos esposos se aproximaron y se dieron la mano como para sellar el acto que acababan de realizar.

Luego, cada uno de ellos presentó al juez un billete de quinientos dólares.

—Como honorarios —dijo Mr. Seth Stanfort.

—Para los pobres —dijo Mrs. Arcadia Stanfort.

Y uno y otro, después de inclinarse ante el juez, soltaron las riendas a sus caballos, que se lanzaron en la dirección del Faubourg de Wilcox.

—¡Muy bien...! ¡Muy bien...! —exclamó Kate, hasta tal punto paralizada por la sorpresa, que, por rara excepción, habíase quedado diez minutos sin hablar.

—¿Qué quiere decir esto, Kate? —preguntó el juez Proth.

La anciana Kate soltó la punta de su delantal, que desde hacía un instante retorcía como un cordelero de profesión.

—Mi opinión, señor juez —dijo—, es que esas gentes están locas.

—Sin duda, venerable Kate, sin duda —aprobó Mr. John Proth, cogiendo de nuevo su pacífica regadera—. Pero ¿qué tiene eso de extraño? ¿No están siempre un poco locos todos los que se casan?

CAPÍTULO II
QUE INTRODUCE AL LECTOR EN LA RESIDENCIA DE DEAN FORSYTH Y LE PONE EN RELACIÓN CON SU SOBRINO FRANCIS GORDON Y LA BUENA MITZ

MITZ...! ¡Mitz...!

—¿Qué, hijo?

—¿Qué es lo que tiene mi tío Dean? ¿Qué le ocurre?

—Nada, que yo sepa.

—¿Es que está enfermo?

—¡Oh, no! Pero si esto continúa, llegará seguramente a estarlo.

Estas preguntas y respuestas se cambiaban entre un joven de veintitrés años y una mujer de sesenta y cinco en el comedor de una mansión de Elisabeth Street, precisamente, en aquella ciudad de Whaston donde acababa de realizarse la más original de las bodas a la moda americana.

Pertenecía esta casa de Elisabeth Street a Mr. Dean Forsyth. Este señor tenía cuarenta y cinco

años y los representaba efectivamente. Cabeza grande, desgreñada, ojos pequeños, con lentes muy gruesos; espaldas un poco encorvadas; cuello poderoso, envuelto en todas las estaciones del año con una corbata que le daba dos vueltas y le subía hasta la barba; levita amplia y arrugada; chaleco flojo, cuyos botones inferiores jamás se utilizaban; pantalón demasiado corto, cubriendo apenas sus zapatos demasiado anchos; casquete, colocado hacia atrás, sobre una cabellera rebelde; cara con mil pliegues y arrugas terminando con la perilla habitual de los americanos del Norte; carácter irascible, a un paso siempre de la cólera: tal era Dean Forsyth, de quien hablaban Francis Gordon, su sobrino, y Mitz, su anciana sirvienta, en la mañana del 21 de marzo.

Francis Gordon, habiendo perdido a sus padres siendo muy pequeño, había sido educado por Mr. Dean Forsyth, hermano de su madre. Aun cuando debía heredar cierta fortuna de su tío, no por eso se había creído dispensado de trabajar, y tampoco lo había creído así Mr. Dean Forsyth. El sobrino, una vez terminados sus estudios de humanidades en la célebre Universidad de Harvard, los había completado con los de Derecho, y era a la sazón un abogado en Whaston, donde la viuda, el huérfano y las paredes medianeras no tenían defensor más resuelto y decidido. Conocía perfectamente las leyes y la jurisprudencia y hablaba con facilidad, con una voz ardiente y penetrante. Todos sus colegas, jóvenes y viejos, le estimaban y nunca se había creado un enemigo. De muy buena presencia, poseedor de cabellos castaños muy hermosos y de bellos ojos negros, de maneras elegantes, espiritual sin chocarrería, servicial y amable sin ostentación, diestro en los diversos géneros de deporte, a los que se entregaba con pasión la gentry americana, ¿cómo no había de ocupar un puesto entre los más distinguidos jóvenes de la ciudad, y cómo habría podido dejar de amarle aquella encantadora Jenny Hudelson, hija del doctor Hudelson y de su esposa née Flora Clarish?

Pero es demasiado pronto para llamar la atención del lector sobre esta señorita; es más conveniente que no entre en escena sino en medio de su familia, y aún no ha llegado ese momento, que no tardará, por lo demás: conviene, empero, aportar un método riguroso en el desenvolvimiento de esta historia, que exige extrema precisión.

En lo referente a Francis Gordon, añadiremos que Permanecía en la casa de Elisabeth Street, y no la abandonaría, sin duda, hasta el día de su matrimonio con Miss Jenny... Pero dejemos una vez más a Miss Jenny Hudelson donde está y digamos tan sólo que la buena Mitz era la confidente del sobrino de su amo y que le quería como a un hijo, o, mejor aún, como a un nieto, ya que las abuelas son las que generalmente superan la ternura maternal.

Mitz, sirvienta modelo, de la que no se podría hoy encontrar semejante, descendía de esa especie, ya extinguida, que tiene algo a la vez del perro y del gato; del perro, por lo que se adhiere a sus amos, y del gato, por lo que se adhiere a la casa. Como fácilmente puede imaginarse, Mitz hablaba con toda libertad a Mr. Dean Forsyth. Cuando éste se deslizaba, decíaselo aquélla claramente, si bien en un lenguaje extravagante, que sólo de un modo aproximado podría ser expresado en francés. Si él no quería hacerle caso, le quedaba sólo un recurso; abandonar la plaza, encerrarse en su gabinete y dar dos vueltas a la llave.

Por lo demás, Mr. Dean Forsyth no tenía por qué temer encontrarse nunca solo en el gabinete: seguro estaba de hallar siempre allí a otro personaje, que se sustraía de igual modo a las advertencias y sermones de Mitz.

Este personaje respondía al llamamiento de «Omicron», nombre extraño que debía a su mediana estatura, y se le habría apellidado «Omega» si su talla no hubiera sido demasiado pequeña. De cuatro pies y seis pulgadas de alto, desde la edad de quince años no había crecido más. Con su verdadero nombre de Ton Wife, había entrado a esa edad en la casa de Mr. Dean Forsyth, en vida de su padre, en calidad de joven criado, y había rebasado ya el medio siglo; de donde fácil será calcular que hacía ya treinta y cinco años que se hallaba al servicio del tío

de Francis Gordon.

Importa especificar a qué se reducía este servicio. A lo siguiente: Ayudar a Mr. Dean Forsyth en sus trabajos, por los cuales experimentaba una pasión igual, cuando menos, a la de su dueño.

¿Trabajaba, pues Mr. Dean Forsyth?

Sí, como aficionado; pero, con un fuego y un ardor de que pronto podrá juzgarse.

¿En qué se ocupaba el señor Dean Forsyth? ¿En Medicina, en Derecho, en Literatura, en Arte, en negocios, como tantos y tantos ciudadanos de la libre América?

Nada de eso.

¿En qué entonces?, se preguntará el lector. ¿En Ciencias?

No estáis en lo cierto. No en Ciencias, así en plural, sino en ciencia, en singular. Únicamente, exclusivamente, en esa ciencia sublime que se llama Astronomía.

Él sólo soñaba con descubrimientos planetarios o estelares. Nada o casi nada de lo que pasaba en la superficie del Globo parecía interesarle y vivía en los espacios infinitos. Sin embargo, como en ellos no encontraría qué almorzar ni qué comer, forzoso era que bajase por lo menos dos veces al día. Y precisamente aquella mañana no bajaba él a la hora habitual; se hacía esperar, lo cual ponía de muy mal humor a Mitz, quien dando vueltas en torno de la mesa, repetía:

—¿No vendrá?

—¿No está allí «Omicron»? —preguntó Francis Gordon.

—Siempre está donde está su amo —repuso Mitz—. Yo, sin embargo, no tengo bastantes piernas —sí, así fue realmente como se expresó la estimable Mitz— para encaramarme a su habitual gallinero.

El gallinero en cuestión no era ni más ni menos que una torre, cuya galería superior dominaba en unos treinta pies el techo de la casa, un observatorio, para darle su verdadero nombre. Debajo de la galería existía una cámara circular con cuatro ventanas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. En el interior había algunos anteojos y telescopios de un alcance bastante considerable, y si sus objetivos no se gastaban no era por falta de uso. Lo que era más bien de temer era que Mr. Dean Forsyth y «Omicron» acabasen por perder los ojos a fuerza de aplicarlos a los oculares de de sus instrumentos.

En esta cámara era donde ambos pasaban la mayor parte del día y de la noche, relevándose, a la verdad. Miraban, observaban, se sumían en las zonas interestelares, arrastrados por la perpetua esperanza de hacer algún descubrimiento al que pudiera ir unido el nombre de Dean Forsyth. Cuando el cielo estaba puro, todo marchaba bien; pero no siempre está así por encima de la fracción del treinta y siete paralelo que atraviesa el estado de Virginia; también había nubes, cirros, nimbus, cúmulos, tantos como se quisieran y seguramente más de lo que hubieran deseado el amo y el criado. Así, ¡qué de lamentaciones, qué de amenazas contra aquel firmamento sobre el que la brisa amontonaba densos vapores!

Precisamente durante aquellos últimos días de marzo, la paciencia de Mr. Dean Forsyth se hallaba como nunca sometida a ruda prueba. Desde hacía muchos días obstinábase el cielo en permanecer cubierto, con gran furia del astrónomo.

Aquella mañana, 21 de marzo, un fuerte viento del Oeste continuaba arrastrando casi al ras del suelo todo un mar de nubes de una desoladora opacidad.

—¡Qué fastidio! —suspiró por décima vez Mr. Dean Forsyth, tras una última e inútil tentativa para vencer la densa bruma—. Tengo el presentimiento de que pasamos al lado de un descubrimiento sensacional.

—Es muy posible —respondió «Omicron»—. Hasta es muy probable, porque hace algunos días, durante un claro, creí yo percibir...

—Y yo vi, «Omicron».
—¡Ambos entonces, ambos a un mismo tiempo!
—¡«Omicron»...! —dijo en son de protesta Mr. Dean Forsthy.
—Sí, usted primero, sin duda alguna —concedió «Omicron», con un significativo movimiento de cabeza—; pero cuando yo creí percibir la cosa en cuestión, parecióme que debía ser... que era...
—Y yo... —atajó Mr. Dean Forsyth—; yo afirmo que se trataba de un meteoro, desplazándose del Norte al Sur...
—Sí, Mr. Dean, perpendicularmente al sentido del Sol.
—A su sentido aparente, «Omicron».
—Aparente, naturalmente.
—Y era el dieciséis de este mes.
—El dieciséis.
—A las siete, treinta y siete minutos y veinte segundos.
—Veinte segundos —repitió «Omicron»—, según pude hacerlo constar en nuestro reloj.
—Y ¡no ha vuelto a reaparecer! —clamó Mr. Dean Forsyth, extendiendo hacia el cielo un puño amenazador.
—Y ¿cómo podría haberlo hecho...? ¡Nubes...! ¡Nubes...! ¡Nubes...! ¡Desde hace cinco días ni un trozo de azul en el cielo bastante para dibujar un pañuelo de bolsillo!
—Parece hecho ex profeso —se lamentó Dean Forsyth, golpeando el suelo con el pie—, y creo en verdad que estas cosas no le ocurren a nadie más que a mí.
—A nosotros —rectificó «Omicron», que se consideraba acreedor a una mitad en los trabajos de su amo.
A decir verdad, todos los habitantes de la región tenían el mismo derecho a quejarse si espesas nubes cubrían su cielo. Luzca o no el Sol, es igual para todo el mundo.
Pero por general que este derecho fuese, nadie podría tener la pretensión de estar de tan mal humor como Mr. Dean Forsyth, cuando la ciudad se hallaba envuelta por una de esas brumas contra las que nada pueden los telescopios más potentes ni los anteojos más perfeccionados. Y tales brumas no son raras en Whaston, aun cuando la ciudad se halle bañada por las claras aguas del Potomac y no por las turbias y cenagosas del Támesis.
Sea de ello lo que quiera, ¿qué habían visto o creído ver el 16 de marzo, cuando el cielo estaba puro, el amo y el sirviente...? Nada menos que un bólido de forma esférica, desplazándose de Norte a Sur con una vertiginosa rapidez y con un brillo tal que luchaba victoriosamente contra la luz difusa del Sol. No obstante, como su distancia de la Tierra debía de ser de cierto número de kilómetros, hubiera sido posible seguirle, a pesar de su velocidad, durante un tiempo apreciable, si una niebla intempestiva no hubiese venido a impedir toda observación.
Desde entonces comenzó a desenvolverse el hilo de las lamentaciones que provocaba tan mala suerte. ¿Volvería a presentarse ese bólido sobre el horizonte de Whaston? ¿Podrían calcularse sus elementos, determinar su masa, su peso, su naturaleza? ¿No sería otro astrónomo más favorecido quien lo encontrase en otro punto del cielo? ¿Estaría Dean Forsyth en condiciones de dar su nombre a este descubrimiento, habiéndole tenido tan poco tiempo bajo su telescopio? ¿No recaería al fin y al cabo todo el honor sobre uno de esos astrónomos del Antiguo o del Nuevo Continente que pasan su existencia observando el espacio día y noche?
—¡Acaparadores! —gritaba en tono de protesta Dean Forsyth—. ¡Piratas del cielo!
Durante toda aquella mañana del 21 de marzo, ni Dean Forsyth ni «Omicron» habían podido dedicarse, a pesar del mal tiempo, a alejarse de aquella ventana que se abría de cara al Norte.

Y su rabia había aumentado a medida que las horas iban transcurriendo; a la sazón, no hablaban ya. Dean Forsyth recorría con la mirada el vasto horizonte que limitaba por aquel lado el perfil caprichoso de las colinas de Serbor, por encima de las cuales una brisa bastante viva daba caza a las nubes grisáceas. «Omicron» se alzaba sobre la punta de los pies para aumentar el campo visual que reducía su exigua estatura. El uno había cruzado los brazos y sus grandes puños se aplastaban contra su pecho. El otro, con los dedos crispados buscaba el apoyo de la ventana. Algunas aves cruzaban próximas lanzando gritos, como si se burlasen del amo y del sirviente, a quienes su cualidad de bípedos retenía en la superficie de la Tierra. ¡Ah, si ellos hubiesen podido seguir a aquellos pájaros en su vuelo, en qué poco tiempo habrían atravesado la corteza de vapores, y tal vez entonces hubiesen visto al asteroide continuando su marcha en la luz esplendorosa del Sol!

En aquel momento golpearon a la puerta.

Dean Forsyth y «Omicron», absortos, nada oyeron.

Abrióse la puerta y Francis Gordon apareció sobre el umbral decidido y sonriente.

Dean Forsyth y «Omicron» ni siquiera se volvieron.

El sobrino marchó hacia el tío y le tocó suavemente en el brazo.

Mr. Dean Forsyth dejó caer sobre su sobrino una mirada de tal modo absorta y distraída, que debía venir de Sirio o por lo menos de la Luna.

—¿Qué hay? —inquirió.

—Mi querido tío, el almuerzo espera hace rato.

—¡Ah! Sí, ¿el almuerzo espera? ¡Pues bien: también nosotros estamos esperando!

—¡Ustedes esperan...! ¿Qué?

—El Sol —declaró «Omicron», cuya respuesta fue aprobada con un signo por su amo.

—Pero, tío mío, yo creo que usted no habrá invitado al Sol a almorzar, y puede uno sentarse a la mesa sin él.

¿Qué contestar a esto? Si el astro radiante no se mostraba en todo el día, ¿se empeñaría Mr. Dean Forsyth en ayunar hasta la noche?

Tal vez, después de todo, porque el astrónomo no parecía dispuesto a obedecer a la invitación.

—Mi querido tío —prosiguió Francis—, la buena Mitz se impacienta; se lo prevengo.

De pronto Mr. Dean Forsyth adquirió conciencia de la realidad. Conocía las impaciencias de la buena Mitz. Puesto que ella le había despachado un expreso, prueba de que la situación era grave y había que acudir sin tardanza.

—¿Qué hora es, pues? —preguntó.

—Las once y cuarenta y seis —respondió Francis Gordon.

Tal era, efectivamente, la hora marcada por el reloj, siendo así que de ordinario el tío y el sobrino se sentaban a la mesa, el uno frente al otro, a las once en punto.

—¡Las once y cuarenta y seis! —exclamó Mr. Forsyth, simulando un vivo descontento a fin de ocultar su inquietud—. ¡No me explico que Mitz se haya descuidado de ese modo!

—Pero, tío —replicó Francis—, por tres veces hemos llamado inútilmente a la puerta.

Sin contestar, dirigióse Mr. Dean Forsyth a la escalera, en tanto que «Omicron», que servía ordinariamente la comida, quedaba en observación acechando la vuelta del Sol.

Tío y sobrino penetraron en el comedor.

Allí les esperaba Mitz. Miró a su amo cara a cara y éste bajó la cabeza.

—L'ami Krone (el amigo Krone)...? —porque de esta manera designaba Mitz, en su ignorancia, a la quinta vocal del alfabeto griego.

—Está ocupado allá arriba —contestó Francis Gordon—. Nos pasaremos sin él esta mañana.

—Con mucho gusto —declaró Mitz con áspero y avinagrado acento—; puede permanecer en

su *hautservatoire* (observatorio) todo el tiempo que guste. Todo irá aquí mejor sin él.

Comenzó el almuerzo; las bocas sólo se abrían para comer. Mitz, que habitualmente conversaba de muy buen grado al llevar los platos y retirar las fuentes, no abría los labios. Aquel silencio pesaba, aquella violencia angustiaba. Francis Gordon, deseoso de ponerle término, dijo, por decir algo:

—¿Está usted contento, tío, de su mañana?

—No —contestó Dean Forsyth—. El estado del cielo no era propicio, y ese contratiempo me ha fastidiado hoy de un modo especial.

—¿Se hallaba usted sobre la pista de algún descubrimiento astronómico?

—Ya lo creo, Francis; pero nada puedo afirmar mientras una nueva observación...

—He ahí, pues, señor —interrumpió Mitz con tono seco—, lo que le está trabajando a usted hace ocho días, hasta el punto de que va a echar raices en su torre, y lo que hace que se levante a medianoche... Sí, sí, por tres veces anoche, bien lo he oído a usted yo...

—Así es, buena Mitz —reconoció Mr. Dean Forsyth con un tono conciliador.

Suavidad superflua.

—Un descubrimiento astrocómico —repuso la digna sirvienta con indignación— y, cuando usted se haya comido las sangres, cuando a fuerza de mirar en sus tubos haya pescado un dolor de ríñones, una *couverture* (*courbature*) una *flexión (fluxión)* de pecho, ¿vendrán sus estrellas a curarle y le recetará el doctor que las tome usted en pildoras?

En vista del giro que tomaba este comienzo de diálogo, Dean Forsyth comprendió que era preferible no contestar. Continuó comiendo en silencio, tan turbado, empero, que en varias ocasiones cogió el vaso por coger el plato, y a la inversa.

Francis Gordon se esforzaba por mantener la conversación, pero era como si hablase en el desierto. Su tío, siempre sombrío, no daba muestras de oírle; de tal modo, que llegó a hablar del tiempo; cuando no se sabe qué decir, se habla del tiempo que ha hecho o del que hará. Tema inagotable, al alcance de todas las inteligencias.

Por lo demás, esta cuestión atmosférica interesaba a Mr. Dean Forsyth; así, en un momento en que nubes más espesas fueron causa de que se oscureciese más el comedor, alzó la cabeza, miró a la ventana y dejando caer su tenedor, exclamó:

—¿Es que esas malditas nubes no van a abandonar el cielo, aun cuando fuese a costa de una lluvia torrencial?

—¡Bien! —murmuró Mitz—. Después de tres semanas de sequía, no vendría mal eso para los intereses de la Tierra.

—¡La Tierra...! ¡La Tierra! —exclamó Dean Forsyth, con un tan perfecto desdén, que se atrajo esta respuesta de la anciana sirvienta:

—Sí, la Tierra, señor. Creo que vale tanto como el Cielo, del que nunca baja usted..., ni siquiera a la hora de almorzar.

—Veamos, mi buena Mitz —dijo Francis Gordon con voz insinuante.

—¡No hay «buena Mitz» que valga! —continuó diciendo ella en el mismo tono—. Verdaderamente no merecía la pena estropearse el temperamento mirando la Luna para no saber que llueve en primavera. Si en el mes de marzo, pregunto yo, no llueve, ¿cuándo va a llover?

—Tío mío —repuso el sobrino—, verdad es que estamos en marzo, al comienzo de la primavera, y no hay más remedio que conformarse... Pero pronto llegará el verano, y entonces tendrá usted un cielo puro. Entonces podrá proseguir sus trabajos en mejores condiciones. Un poco más de paciencia, querido tío.

—¿Paciencia, Francis? —replicó Mr. Dean Forsyth, cuya frente no estaba menos

entenebrecida que la atmósfera—. ¡Paciencia...! ¿Y si se va tan lejos que no se pueda descubrir...? ¿Y si no vuelve a mostrarse?

—¿Quién? —intervino de pronto Mitz.

En aquel instante se oyó la voz de «Omicron»:

—¡Señor...! ¡Señor!

—Algo hay de nuevo —gritó Mr. Dean Forsyth, saltando precipitadamente de su silla y dirigiéndose hacia la puerta.

Aún no había llegado a ella cuando un vivo rayo de sol penetraba por la ventana y salpicaba de chispas luminosas los vasos y las botellas que estaban en la mesa.

—¡El Sol...! ¡El Sol! —repetía Mr. Dean Forsyth, mientras corría escaleras arriba.

—¡Muy bien! —dijo Mitz, sentándose en una silla... —Hele que escapa, y cuando se haya encerrado con su atni Krone en el haultservatoire, ya se le puede llamar... En cuanto al almuerzo, se comerá él solo por obra de los cinq esprits (du Saint-Esprit, del Espíritu Santo...) ¡Y todo esto por las estrellas!

Así, en su pintoresco lenguaje, se expresaba la buena Mitz, aun cuando su amo no pudo oírla. Por lo demás, aun habiéndola oído, habría sido elocuencia perdida. Mr. Dean Forsyth, sofocado por la subida, acababa de entrar en su observatorio. El viento del Sudoeste había refrescado y lanzaba las nubes hacia Levante. Una ancha faja iluminada dejaba ver, hasta el cénit, toda la parte del cielo en que había sido observado el fenómeno.

—Y bien —interrogó Dean Forsyth—. ¿Qué ocurre?

—El Sol —respondió «Omicron»—, pero por poco tiempo, porque ya asoman nuevas nubes por el Oeste.

—¡No hay un segundo que perder! —exclamó Mr. Dean Forsyth, corriendo a su anteojo, mientras el criado hacía otro tanto con el telescopio.

Durante cuarenta minutos aproximadamente, ¡con qué pasión manejaron sus instrumentos! ¡Con qué paciencia maniobraron para mantenerlos en el punto debido! ¡Con qué minuciosa atención sondearon todos los senos y rincones de aquella parte de la esfera celeste...! Por allí, en efecto, era por donde había aparecido el bólido la primera vez para pasar en seguida exactamente por el cénit de Whaston; de ello estaban bien seguros.

Y nada, ¡nada en aquel sitio! ¡Desierta, completamente desierta toda aquella faja iluminada, que tan magnífico campo de paseo ofrecía a los meteoros!

¡Ni un solo punto visible en esa dirección! Ningún rastro del asteroide.

—¡Nada! —exclamó Mr. Dean Forsyth enjugando sus ojos enrojecidos por la sangre que había acudido a sus párpados.

—¡Nada! —dijo «Omicron».

Era ya demasiado tarde para hacer nuevos esfuerzos; las nubes volvían, el cielo se oscurecía nuevamente. Terminaba la iluminación del cielo... ¡y esta vez para todo el día! Pronto los vapores no formaron más que una masa uniforme de un gris sucio y se resolvieron en lluvia menuda. Era forzoso renunciar a toda observación, con gran desesperación del amo y del servidor.

—Y no obstante —dijo «Omicron»— nosotros estamos bien seguros de haberle visto.

—¡ Sí, nosotros estamos seguros! —replicó Mr. Dean Forsyth, alzando los brazos al cielo.

Y con un tono en el que se mezclaban la inquietud y los celos, añadió:

—Estamos demasiado seguros, ya que otras personas pueden haberlo visto como nosotros... ¡Siempre que seamos nosotros los únicos...! ¡Sólo faltaría ya que él también los hubiese visto! ¡Él..., Sydney Hudelson!

CAPÍTULO III

EN EL CUAL SE TRATA DEL DOCTOR SYDNEY HUDELSON, DE SU MUJER, MRS. FLORA HUDELSON, DE MISS JENNY Y DE MISS LOO, SUS DOS HIJAS

¡CON tal que ese intrigante de Dean Forsyth no lo haya visto también!

Así se decía en aquella mañana del 21 de marzo el doctor Sydney Hudelson, hablando consigo mismo en la soledad de su gabinete de trabajo.

Porque él era médico, y, si bien no ejercía su profesión en Whaston, era porque prefería consagrar su tiempo y su inteligencia a más vastas y más sublimes especulaciones. Amigo íntimo de Dean Forsyth, era al mismo tiempo su rival. Arrastrado por una pasión idéntica, como él, sólo tenía ojos para la inmensidad de los cielos, y, lo mismo que su amigo, sólo dedicaba su espíritu a descifrar los enigmas astronómicos del Universo.

El doctor Hudelson poseía una bonita fortuna, tanto por su parte como por la de Mrs. Hudelson *née* Flora Clarish. Esta fortuna, administrada sabiamente, aseguraba su porvenir y el de sus dos hijas, Jenny y Loo Hudelson, de edad, respectivamente, de dieciocho y quince años. En cuanto al propio doctor, podríamos decir que los cuarenta y siete inviernos acababan de nevar sobre su cabeza, para emplear una frase poética. Esta deliciosa imagen estaría fuera de lugar, toda vez que el doctor Hudelson era calvo a más no poder.

La rivalidad astronómica que existía en estado latente entre Sydney Hudelson y Dean Forsyth no dejaba de perturbar algo las relaciones de ambas familias, muy unidas, por lo demás. No se disputarían, a buen seguro, tal planeta o tal estrella, perteneciendo, como pertenecen, a todo el mundo los astros del cielo, cuyos primeros descubrimientos son, por lo general, anónimos, pero no era raro que sus observaciones meteorológicas o astronómicas sirviesen de tema a discusiones que con bastante frecuencia terminaban en agrias disputas.

Lo que hubiera podido agravar y hasta provocar esas disputas habría sido la existencia de una señora Forsyth. Por fortuna, dicha señora no existía, pues el que hubiera podido casarse con ella había permanecido soltero, sin haber pensado nunca ni aun en sueños, en casarse. No había, por ende, una señora Dean Forsyth, para envenenar las cosas so pretexto de conciliación; y, por consiguiente, era muy probable que toda tirantez entre ambos astrónomos se aflojase en breve plazo.

Había, es cierto, una Mrs. Flora Hudelson. Pero Mrs. Flora Hudelson era una excelente esposa, excelente madre, excelente ama de casa, de naturaleza muy pacífica, incapaz de abrigar ningún mal pensamiento contra nadie, no almorzando con murmuraciones para comer con calumnias, a ejemplo de tantas damas de las más consideradas en las diversas sociedades del Antiguo y del Nuevo Mundo.

Fenómeno increíble: este modelo de esposas se dedicaba a calmar y tranquilizar a su marido cuando éste entraba con la cabeza hecha un volcán a consecuencia de alguna disputa con su íntimo amigo Dean Forsyth. Otro hecho singular: Mrs. Hudelson hallaba perfectamente natural que Mr. Hudelson se ocupase en Astronomía y que viviese en las profundidades del firmamento, a condición de que bajase de él cuando ella le rogaba que bajase.

Lejos de imitar a Mitz, que regañaba a su amo, ella no regañaba para nada a su esposo; toleraba que se hiciese esperar a la hora de las comidas; no se disgustaba por su retraso y se ingeniaba para que los platos no se pasasen de su punto. Respetaba su preocupación cuando él se hallaba preocupado; hasta se interesaba por sus trabajos, y su buen corazón ponía en sus labios frases de aliento cuando el astrónomo parecía perderse en los espacios infinitos hasta el punto de no hallar su camino.

He ahí una mujer como nosotros la quisiéramos para todos los maridos, sobre todo cuando son astrónomos. Desgraciadamente, apenas si existen fuera de las novelas.

Jenny, su hija mayor, prometía seguir las huellas de su madre, avanzar a iguales pasos por el

camino de la existencia. Era evidente que Francis Gordon, futuro marido de Jenny Hudelson estaba destinado a ser el más afortunado de los hombres.

Sin pretender humillar a las señoritas americanas, es lícito afirmar que habría costado trabajo descubrir en toda América una joven más encantadora, más atrayente, más y mejor dotada del conjunto de las perfecciones humanas.

Jenny Hudelson era una amable rubia de ojos azules, de cutis fresco y sonrosado, con lindas manos, pies pequeños, y con tanta gracia como modestia, tanta bondad como inteligencia. Francis Gordon la amaba no menos de lo que ella amaba a Francis Gordon. El sobrino de Mr. Dean Forsyth poseía además la estimación de la familia Hudelson; y así aquella recíproca simpatía no había tardado en traducirse en forma de una petición de matrimonio, muy favorablemente acogida. ¡Se convenían tan bien estos jóvenes! Sería la felicidad lo que Jenny aportaría al nuevo hogar con sus cualidades familiares; y por lo que hace a Francis Gordon, sería dotado por su tío, cuya fortuna heredaría algún día. Pero dejemos a un lado esas perspectivas de herencia; no se trata del porvenir, sino del presente, que reúne todas las condiciones de la más perfecta dicha.

Francis Gordon y Jenny Hudelson estaban, por consiguiente, prometidos, y el matrimonio, cuya fecha no tardaría en señalarse, se celebraría por el reverendo O'Garth, en San Andrés, la principal iglesia de aquella afortunada ciudad de Whaston.

Seguramente habría gran afluencia a esta ceremonia nupcial, porque ambas familias gozaban de gran estimación, y más de seguro que la más alegre, la más viva, la más divertida en ese día, sería Loo, que serviría de señorita de honor a su hermana querida. Loo tenía quince años y por lo tanto el derecho a ser joven; derecho del que ella se aprovechaba. Era una graciosa picarilla que no se apuraba por burlarse de los «planetas de papá». Pero todo se lo perdonaba, todo se lo pasaba. El doctor Hudelson era el primero en reírse, y como único castigo, depositaba un beso en las frescas mejillas de la niña.

En el fondo, Mr. Hudelson era un excelente hombre, pero muy testarudo y muy susceptible. Fuera de Loo, cuyas bromas inocentes admitía, todos respetaban sus manías y sus hábitos. Muy entregado a sus estudios astronómicos y metereológicos, muy sumido en sus demostraciones, muy celoso de los descubrimientos que hacía, o pretendía hacer, natural era que a pesar de su real afecto por Dean Forsyth, viese en él un temible rival. ¡Dos cazadores en el mismo terreno de caza que se disputaban una rara pieza! Muchas veces había degenerado en riña gracias a la oportuna intervención de aquella buena Mrs. Hudelson, poderosamente ayudada por otra parte en su obra de concordancia por sus dos hijas y por Francis Gordon.

Este pacífico cuarteto fundaba grandes esperanzas en la unión proyectada para hacer más raras las escaramuzas.

Cuando el matrimonio de Francis y Jenny hubiese ligado más estrechamente ambas familias, esas tormentas pasajeras serían menos frecuentes y menos temibles; ¡quién sabe si hasta llegarían a unirse ambos astrónomos *amateurs* en una cordial colaboración para proseguir juntos sus investigaciones astronómicas! Repartiríanse entonces ambos equitativamente la pieza descubierta en esos vastos campos del espacio sideral.

La casa del doctor Hudelson era de las más confortables. En vano se hubiera buscado en todo Whaston una mejor dispuesta. Aquel lindo hotel entre el patio y el jardín, con hermosos árboles y verdes prados, ocupaba el centro de Moriss Street; y se componía de una planta baja y de un primer piso con siete ventanas de fachada. La techumbre hallábase dominada a la izquierda por una especie de torrecilla cuadrada de unos treinta metros de altura, terminada por una terraza con balaustrada. En uno de los ángulos se erguía el mástil en el cual se izaba los domingos y días festivos la bandera con las cincuenta y una estrellas de los Estados Unidos de América.

La cámara superior de esta torre había sido dispuesta para los trabajos especiales de su propietario.

Allí se hallaban los instrumentos del doctor, anteojos y telescopios, a menos que durante las noches claras no los transportase a la terraza, desde la que podían sus miradas recorrer libremente la bóveda celeste. Allí era donde el doctor, a despecho de las recomendaciones de Mrs. Hudelson, pillaba sus más recalcitrantes constipados.

—¡Hasta el punto —repetía alegremente Miss Loo— de qué papá acabará por acatarrar a sus planetas!

Pero el doctor no escuchaba nada y desafiaba muchas veces los siete y ocho grados centígrados bajo cero de las grandes heladas del invierno, cuando el firmamento aparecía en toda su azul pureza.

Desde el observatorio de la casa de Moríss Street se distinguían, sin trabajo, la torre de la casa de Elisabeth Street. Media milla, a lo sumo, las separaba, y ningún monumento se elevaba entre ellas y ningún árbol se interponía con su ramaje.

Sin utilizar siquiera el telescopio de largo alcance, reconocíanse muy fácilmente con unos buenos gemelos, las personas que se hallaban sobre la torre o sobre la torrecilla. Seguramente que Dean Forsyth tenía otra cosa que hacer que mirar a Sydney Hudelson, y Sydney Hudelson no quería perder tiempo en mirar a Dean Forsyth. Sus observaciones iban más alto, mucho más alto. Pero era muy natural que Francis Gordon quisiera ver si Jenny Hudelson se encontraba sobre la terraza, y con frecuencia sus ojos se hablaban a través de los gemelos. Ningún mal había en ello, naturalmente.

Fácil habría sido establecer una comunicación telegráfica o telefónica entre ambas casas; un hilo tendido desde la torrecilla hubiera transmitido muy agradables frases de Francis Gordon a Jenny y de Jenny a Francis Gordon. Pero como Dean Forsyth y Sydney no tenían manera alguna de cambiar semejantes ternezas, jamás habían proyectado la instalación de ese hilo. Tal vez cuando ambos prometidos fueran esposos, se llenase este vacío; tras el lazo matrimonial, el lazo eléctrico para unir más estrechamente aún a ambas familias.

En la tarde de aquel mismo día en que la excelente pero avinagrada Mitz ha dado al lector un bosquejo de su elocuencia sabrosísima, fue Francis Gordon a hacer su visita habitual a Mrs Hudelson y a sus hijas.

«Y a su hija», rectificaba Loo, dándose aires de ofendida. Se le recibió, licito sería decirlo, como si fuera el dios de la casa. Si bien no era aún el marido de Jenny, Loo quería que fuese ya para ella su hermano.

En cuanto al doctor Hudelson, estaba encerrado en la torrecilla desde las cuatro de la mañana. Después de haber aparecido retrasado para el almuerzo, exactamente lo mismo que Dean Forsyth, viosele subir de nuevo precipitadamente a la terraza, siempre, como Dean Forsyth, en el momento en que el Sol aparecía entre las nubes. No menos apasionado que su rival, no parecía hallarse dispuesto a volver a bajar.

Y no obstante, imposible decidir sin él la gran cuestión que iba a ser discutida en asamblea general.

—¡Toma! —exclamó Loo, tan pronto el joven franqueó la puerta del salón—, ¡He aquí a Mr. Francis, el eterno Mr. Francis...! ¡A fe mía, no se ve aquí a nadie más que a él!

Francis Gordon contentóse con amenazar con el dedo a la muchacha, y, una vez sentado, entablóse la conversación, llena de sencilla y natural cordialidad; parecía que no habían dejado de verse, y en realidad, con el pensamiento al menos, ambos prometidos jamás se separaban uno de otro. Miss Loo llegaba hasta pretender que «el eterno Francis» estaba siempre en la casa, que si fingía él salir por la puerta de la calle, era para penetrar en seguida por la del jardín.

Hablóse aquel día de lo mismo de que se hablaba todos los días. Jenny escuchaba lo que le decía Francis con una seriedad que no le quitaba ninguno de sus encantos. Se miraban, formaban proyectos para el porvenir, proyectos cuya realización no debía estar lejana; ¿por qué, en efecto, podía preverse un retraso? Francis Gordon había encontrado ya en Lambeth Street una linda casita que convendría perfectamente al joven matrimonio. Era en el barrio del Oeste, con vistas al Potomac y no lejos de Moriss Street. Mrs. Hudelson prometió ir a visitar esta casa, y por poco que agradase a su futura inquilina, se alquilaría en seguida. Loo, por supuesto, había de acompañar a su madre y a su hermana; en modo alguno habría tolerado que se pasasen sin su opinión.

—A propósito —exclamó de pronto—. ¿Y Mr. Forsyth? ¿Es que no ha de venir hoy?

—Mi tío —respondió Francis Gordon —llegará hacia las cuatro.

—Es que su presencia es indispensable para resolver la cuestión —hizo observar Mrs. Hudelson.

—Lo sabe y no faltará a la cita.

—Si faltase —declaró Loo, que extendió una manita amenazadora—, tendría que vérselas conmigo, y no se lo perdonaría.

—¿Y Mr. Hudelson? —preguntó Francis—. No necesitamos de él menos que de mi tío.

—Mi padre está en la torrecilla —dijo Jenny—. Bajará tan pronto como se le avise.

—Yo me encargo de ello —repuso Loo—; pronto habré escalado sus seis pisos.

Importaba, en efecto, que Mr. Forsyth y Mr. Hudelson estuviesen allí. ¿No se trataba acaso de fijar la fecha de la ceremonia? En principio el matrimonio debía celebrarse en el más breve plazo, pero a condición, no obstante, de que la señorita de honor tuviese tiempo de hacerse confeccionar un lindo vestido, «un vestido largo de señorita, sépalo usted», que contaba ella estrenar en aquel día memorable.

De aquí la siguiente observación que bromeando se permitió hacer Francis:

—¿Y si no está dispuesto ese famoso vestido?

—¡En ese caso se diferiría la boda! —decretó la imperiosa personita.

Y esta respuesta fue acompañada de tal carcajada, que Mr. Hudelson debió oírla seguramente desde las alturas de su torrecilla.

La aguja del reloj franqueaba, empero los minutos de la esfera, y Mr. Dean Forsyth no aparecía. En vano se asomaba Loo a la ventana, desde donde descubría la puerta de entrada. ¡No se veía a Mr Forsyth...! Preciso fue armarse de paciencia; un arma ésta cuyo manejo apenas conocía Loo.

—Mi tío, sin embargo, me prometió... —repetía Francis Gordon—; pero desde hace unos días no sé lo que tiene.

—¿No estará enfermo, Mr. Forsyth? —preguntó Jenny.

—No; distraído... Pensativo... No se le pueden sacar dos palabras. No sé lo que puede tener metido en la cabeza.

—¡Alguna astilla o un casco de estrella! —exclamó la muchacha.

—Lo mismo le sucede a mi marido —dijo Mrs. Hudelson—. Esta semana me ha parecido más absorto que nunca; imposible arrancarle de su observatorio; fuerza es que algo extraordinario pase en el Cielo.

—¡A fe mía! —respondió Francis—. Me siento inclinado a creerlo al ver como se conduce mi tío; ni sale, ni duerme, y apenas come; se olvida de las horas de comer...

—Por lo cual Mitz debe de estar contenta —observó Loo.

—Riñe —replicó Francis—, pero nada consigue. Mi tío, que hasta ahora temblaba ante los sermones de su vieja sirvienta, los oye ya como quien oye llover.

—Lo mismo que aquí —dijo Jenny, sonriendo— Mi hermana parece haber perdido su

influencia sobre papá... ¡Y bien sabe Dios que era grande!
—¿Es posible, señorita Loo? —dijo Francis en el mismo tono.
—Nada más cierto —repuso la muchacha—; pero paciencia..., paciencia. Será menester que Mitz y yo acabemos por enderezar al padre y al tío.
—Pero, en resumidas cuentas —repuso Jenny—, ¿qué les sucederá a uno y a otro?
—Sin duda es algún planeta de valor que se les habrá extraviado. ¡Dios mío, con tal que lo hayan encontrado antes de la boda!
—Estamos bromeando —interrumpió Mrs. Hudelson—, y, entretanto, Mr. Forsyth no llega.
—¡Y van a dar las cuatro y media! —añadió su hija Jenny.
—Si dentro de cinco minutos no está aquí mi tío —decidió Francis Gordon— iré a buscarlo.
En aquel instante dejóse oír la campanilla de la puerta de entrada.
—Es Mr. Forsyth —afirmó Loo—. ¡Anda...! Y la campanilla continúa sonando; ¡qué repique...! Apuesto cualquier cosa a que oye volar una cometa y no se da cuenta de que está haciendo sonar la campanilla.
Era, en efecto, Mr. Dean Forsyth. Casi en seguida penetró en el salón, en el que le acogió Loo con vivos reproches.
—¡Retrasado! ¡Retrasado! ¿Quiere usted, pues, que le regañe?
—Buenos días, Mrs. Hudelson; buenos días, mi querida Jenny —dijo Mr. Forsyth, abrazando a la joven—. Buenos días —repitió dando unos golpecitos en las mejillas de la niña.
Todas estas cortesías estaban hechas con un aspecto distraído. Como Loo presumiera, Mr. Dean Forsyth tenía, como suele decirse, la cabeza a pájaros.
—Mi querido tío —dijo Francis Gordon—, al ver que no llegaba usted a la hora convenida, creí que se había olvidado de nuestra cita.
—Un poco, lo confieso y me excuso por ello, Mrs. Hudelson. Afortunadamente, Mitz me lo ha recordado.
—He hecho muy bien —declaró Loo.
—Preocupaciones graves... Me encuentro tal vez en vísperas de un descubrimiento de los más interesantes.
—Vamos, lo mismo que papá... —comenzó a decir Loo.
—¡Qué —gritó Mr. Dean Forsyth, alzándose de un salto, como empujado por un resorte—. ¡Dice usted que el doctor...!
—No decimos nada, mi buen Mr. Forsyth —apresuróse a decir Mrs. Hudelson, temerosa siempre y no sin razón, que una causa nueva de rivalidad surgiese entre su marido y el tío de Francis Gordon. Luego añadió para cortar en seguida el incidente—: Loo, ve a buscar a tu padre.
Ligera como un pájaro, lanzóse la niña a la escalera. No hay duda de que, si tomó por la escalera, en vez de volar por la ventana, fue porque no quiso servirse de sus alas.
Un minuto después, Mr Sydney Hudelson hacía su entrada en el salón. Fisonomía grave, ojos fatigados, cara amoratada, hasta el punto de hacer temer una congestión.
Cambiaron ambos amigos un apretón de manos sin calor, sondeándose recíprocamente con una mirada oblicua. Mirábanse a hurtadillas, como si tuviesen desconfianza uno de otro.
Pero, después de todo ambas familias se habían reunido con el objeto de fijar la fecha del matrimonio, o, para servirnos del lenguaje de Loo, de la conjunción de los astros Francis y Jenny. No había, por tanto, más que hacer que fijar esta fecha. Siendo todo el mundo de opinión de que la ceremonia debía tener lugar en el plazo más breve posible, la conversación no fue larga ni ceremoniosa.
¿Concedieron a todo ello gran atención Mr. Forsyth y Mr. Hudelson? Lícito es más bien creer que habían partido a la persecución de algún asteroide perdido a través del espacio,

preguntándose cada uno si no se hallaba el otro a punto de encontrarlo.

En todo caso, ninguna objeción hicieron a que el matrimonio se celebrase algunas semanas más tarde. Estaban a 21 de marzo; y la boda se celebraría el 15 de mayo.
De esta manera, apresurándose un poco, habría tiempo de arreglar la nueva casa.
—Y de acabar mi vestido —añadió Loo muy seriamente.

CAPÍTULO IV
CÓMO DOS CARTAS, DIRIGIDAS LA UNA AL OBSERVATORIO DE PITTSBURG Y AL OBSERVATORIO DE CINCINNATI LA OTRA, FUERON CLASIFICADAS EN EL LEGAJO DE LOS BÓLIDOS

AL señor director del Observatorio de Pittsburg, Pensylvania.
Whaston, 24 de marzo...
Señor director:
Tengo el honor de poner en su conocimiento el siguiente hecho de interés para la ciencia astronómica. En la mañana del 16 del corriente mes de marzo, descubrí un bólido que atravesaba la zona septentrional del cielo con una velocidad considerable. Su trayectoria, sensiblemente Norte-Sur, formaba con el meridiano un áuglo de 3º 31', que pude medir exactamente. Eran las siete y treinta y siete minutos y veinte segundos cuando apareció en el objetivo de mi anteojo; y las siete y treinta y siete minutos y veintinueve segundos cuando desapareció. Después, me ha sido imposible volver a verle, a pesar de las más minuciosas investigaciones. Por esto le ruego tenga a bien tomar nota de la presente observación y darme acta de la presente carta, la cual en el caso de que el meteoro fuera visible de nuevo, me aseguraría la prioridad de este gran descubrimiento.
Reciba usted, señor director, la seguridad de mi mayor consideración y téngame por su más humilde servidor.
DEAN FORSYTH
Elisabeth Street.

Al señor director del Observatorio de Cincinnati, Ohio.
Whaston, 24 de marzo...
Señor director:
En la mañana del 16 de marzo, entre las siete, treinta y siete minutos y veinte segundos y las siete, treinta y siete minutos y veintinueve segundos, tuve la fortuna de descubrir un nuevo bólido que se desplazaba del Norte-Sur, en la zona septentrional del cielo, no formando su dirección aparente con el meridiano más que un ángulo de 3° 31'. Después no pude volver a seguir la trayectoria de este meteoro. Pero si reaparece sobre nuestro horizonte, lo que no dudo, paréceme justo ser considerado como el autor de este descubrimiento, que merece ser clasificado en las anales astronómicos de nuestro tiempo. Con este objeto, me tomo la libertad de dirigirle la presente carta, cuyo acuse de recibo le agradecería tuviese la bondad de darme.
Reciba usted, señor director, con mi humilde saludo, la seguridad de mis respetuosos sentimientos.
DOCTOR SYDNEY HUDELSON.
17, Moris Street.

CAPÍTULO V
EN EL QUE, A PESAR DE SU ENCARNIZAMIENTO, MR. DEAN FORSYTH Y EL

DOCTOR HUDELSON, SÓLO POR LOS DIARIOS TIENEN NOTICIAS DE SU METEORO

A respuesta a las dos cartas antes citadas, enviadas certificadas y bajo triple sello a la dirección del observatorio de Pittsburg y del observatorio de Cincinnati, debería consistir en un simple acuse de recibo con el aviso de la clasificación de dichas cartas; los interesados no pedían más. Ambos contaban con encontrar el bólido en breve plazo. Que el asteroide se hubiese perdido en las profundidades del cielo, y que no debiese, por ende, reaparecer jamás a la vista del mundo sublunar era cosa que se negaban a admitir No; sometido a las leyes formales volvería sobre el horizonte de Whaston; podría percibírsele al paso, señalar de nuevo, determinar sus coordenadas y figuraría en los mapas celestes bautizado con el glorioso nombre de su descubridor.

Pero, ¿quién era ese descubridor? Punto sumamente delicado que no habría dejado de causar embarazo a la misma justicia de Salomón. En el día de la aparición del bólido, serían dos a reivindicar esta conquista. Si Francis Gordon y Jenny Hudelson hubiesen conocido los peligros de la situación, habrían seguramente suplicado al cielo que el retorno de ese malaventurado meteoro ocurriera después de consumado su matrimonio. Y no menos seguramente se hubieran unido de todo corazón a este ruego Mrs. Hudelson, Loo, Mitz y todos los amigos de los dos familias.

Pero nadie sabía nada, y, a pesar de la preocupación creciente de ambos rivales, preocupación que se notaba sin poderla explicar, ningún habitante de la casa de Moriss Street, salvo el doctor Hudelson, se inquietaba por lo que ocurría en las profundidades del firmamento. Preocupaciones, ninguna había en la casa; pero había muchas ocupaciones; visitas y cumplimientos que recibir y devolver, cartas e invitaciones que enviar, preparativos del matrimonio y elección de los regalos de boda, todo esto, según la pequeña Loo, era comparable a los doce trabajos de Hércules, y no había una hora que perder.

—Cuando uno casa a su primera hija —decía ella—, es un asunto serio. No se tiene costumbre. Para la segunda hija ya es más sencillo; se ha adquirido ya el hábito y no hay que temer ningún olvido. Así, para mí, las cosas marcharán solas.

—¡Caramba! —respondía Francis Gordon—. ¿La señorita Loo sueña ya con el matrimonio? ¿Podría saberse quién es el afortunado mortal...?

—Ocúpese usted de casar a mi hermana —replicaba la niña—. Es esa una ocupación que reclama todo su tiempo, y no se mezcle en lo que no le interesa.

Como había prometido, Mrs. Hudelson se trasladó a la casa de Lambeth Street. En cuanto al doctor, había sido una locura contar con él.

—Lo que vosotros hagáis estará bien hecho— había respondido a la invitación que se le hiciera para ir a visitar a la futura residencia del joven matrimonio—. Por lo demás, eso es asunto de Francis y Jenny.

—Vamos a ver, papá, ¿es que no piensa usted bajar de su torrecilla el día de la boda? —dijo Loo.

—Sí, Loo, sí.

—¿Y aparecer en San Andrés con su hija del brazo?

—Sí Loo, sí.

—¿Con su frac negro y su chaleco blanco, su pantalón negro y su corbata blanca?

—Sí Loo, sí.

—¿Y no consentirá usted en olvidar sus planetas para escuchar el discurso que el reverendo O'Garth pronunciará muy emocionado?

—Sí, Loo, sí. Pero aún no estamos en ese caso. Y ya que el cielo está puro hoy, que es raro,

idos sin mí.

Mrs. Hudelson, Jenny, Loo y Francis Gordon dejaron, por consiguiente, al doctor que maniobrara con su anteojo y su telescopio, en tanto que Mr. Dean Forsyth, sin género alguno de duda, maniobraba de la misma manera con sus instrumentos en la torre de Elisabeth Street. ¿Tendría recompensa esta doble obstinación, y, visto una primera vez, pasaría el meteoro una segunda vez ante el objetivo de los aparatos?

Para ir a la casa de Lambeth Street, los cuatro paseantes descendieron Moriss Street y atravesaron la plaza de la Constitución, donde a su paso recibieron el saludo del amable juez John Proth. Subieron luego Exeter Street, exactamente lo mismo que lo había hecho unos días antes Seth Stanfort, cuando esperaba a Arcadia Walker, y llegaron a Lambeth Street.

La casa era de las más acogedoras, bien dispuesta, según las reglas del confort moderno. Por detrás, un gabinete de trabajo y un comedor daban al jardín, de reducidas dimensiones, pero sombreado por algunos árboles y esmaltado de flores que la primavera comenzaba a hacer brotar. Dependencias y cocina en el subsuelo, a la moda anglosajona.

El primer piso valía tanto como la planta baja, y Jenny no pudo dejar de felicitar a su prometido por haber descubierto aquella linda residencia, una especie de villa de encantador aspecto.

Mrs. Hudelson tenía la misma opinión de su hija, y aseguraba que nada mejor habría podido encontrarse en cualquier otro barrio de Whaston.

Esta halagadora apreciación pareció aún más justificada cuando se llegó al último piso de la casa. Allí, bordeada por una balaustrada, había una amplia terraza, desde la que las miradas podían abarcar un espléndido panorama. Podía remontarse y descender el curso del Potomac, y descubrir más allá el pueblo de Steel, de donde había partido Miss Arcadia Walker para unirse a Seth Stanfort.

La ciudad entera, con los campanarios de sus iglesias, las altas techumbres de los edificios públicos y lass verdeante cimas de sus árboles, aparecía ante las miradas.

—Allí está la plaza de la Constitución —dijo Jenny, mirando, con ayuda de unos gemelos, de que, por consejo de Francis, se había provisto—. He ahí Moriss Street... Veo nuestra casa con la torrecilla y la bandera que flota al viento. ¡Hombre...! Alguien hay sobre la torrecilla.

—Papá —dijo Loo sin vacilación.

—No puede ser nadie más que él —declaró Mrs. Hudelson.

—Él es —afirmó la niña, que sin aprensión alguna se había apoderado de los gemelos—. Le reconozco. Está manejando su anteojo... ¡Y veréis cómo no se le ocurre la idea de dirigirle hacia este lado...! ¡Ah, si estuviésemos en la Luna...!

—Ya que ve usted su casa, señorita Loo —interrumpió Francis—, tal vez pueda ver también la de mi tío.

—Sí —respondió la niña—, pero déjeme buscar... La reconoceré fácilmente con su torre... Debe de estar de este lado... Espere... ¡Bien...! ¡Ahí está! ¡Ya la tengo!

Loo no se equivocaba; era, en efecto, la casa de Mr. Dean Forysth.

—Hay alguien sobre la torre —dijo, tras un minuto de atención.

—Mi tío, seguramente —contestó Francis.

—No está solo.

—«Omicron» estará con él.

—No hay que preguntar lo que están haciendo —añadió Mrs. Hudelson.

—Están haciendo lo que hace mi padre —dijo, con algo de tristeza, Jenny, a quien la rivalidad latente de los señores Forsyth y Hudelson ocasionaba siempre algo de inquietud.

Terminada la visita, y habiendo afirmado Loo una vez más su satisfacción, Mrs. Hudelson, sus dos hijas y Francis Gordon, regresaron a la casa de Moriss Street. Al día siguiente se

realizaría el contrato con el propietario de la villa y se procedería inmediatamente a amueblarla para que estuviese lista el próximo 15 de mayo.

Durante ese tiempo, Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson no perderían por su parte el tiempo. ¡Cuánta fatiga física y moral! ¡Cuántas observaciones, prolongadas por los días claros y las noches serenas, iba a costarles la busca de su bólido, que se empeñaba en no reaparecer sobre el horizonte...!

Hasta entonces, a pesar de su actividad, nada habían conseguido los dos astrónomos. Ni durante el día ni durante la noche había podido verse el meteoro a su paso por Whaston.

—¿Llegaría siquiera a pasar? —suspiraba Dean Forsyth muchas veces, tras una larga estación ante el ocular de su telescopio.

—Pasará —respondía «Omicron», con imperturbable aplomo—; y hasta diría yo: pasa.

—Entonces, ¿por qué no le vemos?

—Porque no es visible.

—¡Qué fastidio! —suspiraba Dean Forsyth—. Pero, al fin, si es invisible para nosotros, debe serlo para todo el mundo, para las gentes de Whaston cuando menos.

—Por cierto —afirmaba «Omicron».

De esta manera razonaban el amo y el sirviente; y las frases que éstos cambiaban entre sí pronunciábanse en forma de monólogo en casa del doctor Hudelson, no menos desesperado por su poco éxito.

Uno y otro habían recibido de los observatorios de Pittsburg y de Cincinnati respuesta a su carta. Habíase tomado nota de la comunicación relativa a la aparición de un bólido el 16 de marzo en la parte septentrional del horizonte de Whaston. Añadíase que hasta entonces había sido imposible encontrar ese bólido, pero que si era visto de nuevo, se avisaría en seguida a Mr. Forsyth y al doctor Hudelson.

Los observatorios, por supuesto, habían respondido separadamente, sin saber que cada uno de los dos astrónomos *amateurs* se atribuían el honor de descubrimiento y reivindicaban su prioridad.

Desde que llegó esta respuesta, la torre de Elisabeth Street y la torrecilla de Moriss Street, habrían podido dispensarse de proseguir sus fatigosas investigaciones. Los observatorios poseían instrumentos más potentes y también más precisos, y si el meteoro no era una masa errante, si seguía una órbita cerrada, si volvía, en fin, a encontrarse en las condiciones en que ya había sido observado, los anteojos y los telescopios de Pittsburg y de Cincinnati sabrían descubrirle a su paso. Mr. Dean Forsyth y Mr. Sydney Hudelson habrían, pues, obrado sabiamente remitiéndose a los sabios de esos dos renombrados establecimientos.

Pero Mr. Dean Forsyth y Mr. Sydney Hudelson eran astrónomos y no prudente sabios. Por eso se empeñaron en proseguir su obra; hasta pusieron mayor ardor en esa prosecución. Sin que nada se hubiesen dicho de sus mutuas preocupaciones, tenían el presentimiento de que ambos andaban a la caza de la misma pieza, y el temor de verse adelantados no les dejaba un minuto de reposo. Los celos les roían en el corazón, y las relaciones de ambas familias se resentían de este estado de espíritu.

Verdaderamente, había motivos para estar inquietos; tomando mayor cuerpo cada día sus sospechas, Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson, tan íntimos en otro tiempo, no ponían los pies uno en la casa del otro.

¡Qué angustiosa situación para los prometidos! Éstos, sin embargo, veíanse todos ios días, porque al fin y al cabo la puerta de la casa de Moriss Street no estaba cerrada para Francis Gordon. Mrs. Hudelson le daba siempre muestras de la misma confianza y de la misma amistad; pero parecía que el doctor soportaba su presencia con una visible violencia; sobre todo si se le hablaba de Mr. Dean Forsyth; el doctor entonces se ponía de todos colores, sus

ojos lanzaban chispas, pronto amortiguadas, y estos lamentables síntomas, reveladores de una recíproca antipatía, se observaban del mismo modo en casa de Mr. Dean Forsyth.

Mrs. Hudelson había intentado en vano conocer la causa de esa frialdad; más aún: de la aversión que ambos antiguos amigos experimentaban el uno por el otro. Su marido habíase limitado a responder:

—Es inútil, no lo comprenderías..., pero yo no habría esperado semejante proceder de parte de Forsyth.

¿Qué proceder...? Imposible obtener una explicación. La misma Loo, la niña mimada a quien todo se le permitía, nada sabía.

Había llegado hasta proponer ir a atacar a Mr. Forsyth en su propia torre, pero Francis le había disuadido de tal cosa.

—No. Jamás hubiera yo creído a Hudelson capaz de semejante conducta conmigo. —Tal sin duda habría sido la única respuesta que acerca del doctor hubiera consentido en formular el tío de Francis.

La prueba estaba en la manera que había tenido Mr. Dean Forsyth de recibir a Mitz, que se había arriesgado a interrogarle.

—Métase usted en lo que le importa —habíale dicho.

Desde el momento en que Mr. Dean Forsyth se atrevía a hablar de ese modo a la temible Mitz, es que la situación era, efectivamente, grave.

En cuanto a Mitz, había quedado estomagada, para servirnos de su propia imagen; y aseguraba que para no contestar a semejante insolencia, había tenido que morderse la lengua hasta el hueso. En lo que toca a su amo, su opinión era clara y terminante y no hacía de ella ningún misterio. Para ella, Mr. Dean Forsyth estaba loco; y lo explicaba de la manera más sencilla y natural del mundo, por las posiciones incómodas que se veía obligado a adoptar para mirar en sus instrumentos, especialmente, cuando ciertas' observaciones tomadas del cénit le obligaban a volver la cabeza. Suponía Mitz que en esta postura, Mr. Forsyth se había roto alguna cosa en la columna cerebral.

No hay, sin embargo, secreto tan bien oculto que no llegue a transpirar; súpose al fin de lo que se trataba, por una indiscreción de «Omicron»; su amo había descubierto un bólido extraordinario y temía que el doctor Hudelson hubiese hecho el mismo descubrimiento.

He ahí, pues, cuál era la causa de aquella ridicula contienda. ¡Un meteoro, una piedra grande, al fin y al cabo, un simple guijarro, contra el que corría el riesgo de estrellarse el carro nupcial de Francis y de Jenny!

Loo no se recataba para enviar «al diablo los meteoros, y con ellos toda la mecánica celeste».

El tiempo, con todo, iba deslizándose. Día por día el mes de marzo fue cediendo su puesto al de abril, y pronto se llegaría a la fecha señalada para la boda. Pero ¿no sobrevendría alguna cosa antes? Hasta ahora aquella deplorada rivalidad sólo reposada sobre suposiciones, sobre hipótesis. ¿Qué ocurriría si algún acontecimiento imprevisto la hacía oficial y cierta, si un choque lanzaba a los dos rivales uno contra otro?

Estos temores, muy racionales, no habían interrum pido los preparativos del matrimonio; todo estaría dispuesto, hasta el lindo vestido de Loo.

La primera quincena de abril transcurrió en condiciones atmosféricas abominables; lluvia, viento, gruesas nubes que se sucedían sin interrupción. No se mostraron, ni el Sol, que describía entonces una curva bastante elevada sobre el horizonte, ni la Luna, casi llena y que habría debido iluminar el espacio con sus rayos, ni a fortiori el invisible meteoro.

Mrs. Hudelson, Jenny y Francis Gordon no pensa ban lamentarse de la imposibilidad de hacer ninguna observación astronómica. Y jamás Loo, que detestaba el viento y la lluvia, había estado tan contenta de un cielo azul, como lo estaba ahora por la persistencia del mal

tiempo.

—¡Que dure siquiera hasta la boda —repetía—, y que durante tres semanas no se vea ni el Sol ni la Luna ni la más pequeña estrella!

A despecho de los votos y deseos de Loo, aquella situación tuvo fin, y las condiciones atmosféricas se modificaron en la noche del 15 al 16 de abril. Una brisa del Norte barrió todos los vapores y el cielo recobró en absoluto su completa serenidad.

Mr. Dean Forsyth, en su torre, y Mr. Hudelson, en la suya, se pusieron a ojear el firmamento por encima de Whaston, desde el horizonte hasta el cénit.

¿Pasó el meteoro ante sus anteojos? Debería pensarse que no al ver sus semblantes abatidos. Su igual mal humor probaba un doble y parecido fracaso. Ni uno ni otro habían visto nada. ¿No se trataría, por consiguiente, de un meteoro errante, escapado para siempre a la atracción terrestre?

Una nota que apareció en los diarios del 19 de abril vino a orientarles sobre el particular.

Esa nota, redactada por el observatorio de Boston, estaba concebida en los siguientes términos:

Anteayer, viernes, 17 de abril, a las nueve, diecinueve minutos y nueve segundos de la noche, un bólido de gran tamaño atravesó los aires en la parte Oeste del cielo, con una rapidez vertiginosa.

Una circunstancia de las más singulares y propia para halagar el amor propio de Whaston es que, según parece, este meteoro había sido descubierto el mismo día y hora por dos de sus más eminentes convecinos.

Según el observatorio de Pittsburg, este bólido, en efecto, sería el señalado en 24 de marzo por Mr. Dean Forsyth, y, según el observatorio de Cincinnati, él señalado en igual fecha por el doctor Sydney Hudelson. Ahora bien, los señores Dean Forsyth y Sydney Hudelson habitan ambos en Whaston, en donde son muy conocidos.

CAPÍTULO VI
QUE CONTIENE ALGUNAS VARIACIONES, MAS O MENOS FANTÁSTICAS, SOBRE LOS METEOROS EN GENERAL Y EN PARTICULAR SOBRE EL BÓLIDO, CUYO DESCUBRIMIENTO SE DISPUTAN LOS SEÑORES FORSYTH Y HUDELSON

Si algún continente puede estar orgulloso de una de las regiones que le componen como un padre lo estaría de uno de sus hijos, es América. Si alguna república puede estar orgullosa de uno de los estados cuyo agrupamiento la constituye, es la de los Estados Unidos. Si uno de esos cincuenta y un estados, cuyas cincuenta y una estrellas constituyen un ángulo de la bandera federal, puede estar orgulloso de una de sus ciudades, es Virginia, capital, Richmond. Si, finalmente, una ciudad de Virginia puede estar orgullosa de sus hijos, es indudablemente la ciudad de Whaston, donde acaba de hacerse ese importante descubrimiento que debía ocupar un lugar muy considerable en los anales astronómicos del siglo.

Tal era, al menos, la opinión unánime de los habitantes de Whaston.

Como es fácil presumir, los periódicos, los de Whaston al menos, publicaron los más entusiastas artículos sobre Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson. ¿No vejiía a reflejarse sobre la ciudad toda la gloria de esos dos ilustres ciudadanos? ¿Quién de sus habitantes dejaba de tener parte en ella? ¿No iba a verse el nombre de Whaston unido para siempre a este descubrimiento?

Entre aquella población americana, en la que con tanta facilidad y tanto furor nacen

corrientes de opinión, no tardó en hacerse sentir el efecto de esos artículos ditirámbicos. No se sorprenderá, por consiguiente, el lector —y, por otra parte, si se sorprendiera, tendría a bien creernos bajo la fe de nuestra palabra— si le afirmamos que desde ese día la población se dirigió bulliciosa y apasionada hacia las casas de Moriss Street y de Elisabeth Street. Nadie se hallaba al corriente de la rivalidad que existía entre los señores Forsyth y Hudelson. El entusiasmo público les unía en aquella circunstancia; para todos sus dos nombres eran y continuarían siendo inseparables hasta la consumación de los siglos, hasta tal punto, que dentro de millares de años los futuros historiadores afirmarían tal vez que ambos nombres habían sido llevados por un solo hombre.

En espera de que el tiempo permitiese comprobar lo bien fundado de semejantes hipótesis, Mr. Dean Forsyth debió aparecer sobre la terraza de la torre, y Mr. Sydney Hudelson sobre la terraza de la torrecilla. Mientras que los hurras subían hasta ellos, ambos se inclinaron, saludando agradecidos.

Un observador habría, empero, notado que su actitud no expresaba una alegría sin mezcla de encontrados sentimientos. Una sombra pasaba sobre su triunfo como una nube sobre el Sol. La mirada oblicua del primero dirigíase hacia la torrecilla, y hacia la torre la mirada oblicua del segundo. Cada uno de ellos veía al otro respondiendo a los aplausos del pueblo whastoniano, y hallaba los aplausos que se le dirigían menos armónicos que discordantes los que resonaban en honor de su rival.

En realidad, esos aplausos eran iguales; la multitud no hacía diferencia entre ambos astrónomos. Dean Forsyth no fue menos aclamado que el doctor Hudelson, y recíprocamente, por los mismos ciudadanos que fueron sucediéndose ante las dos casas.

Durante estas ovaciones, que ponían a los dos barrios en conmoción, ¿qué se decían Francis Gordon y la sirvienta Mitz, de una parte, y Mrs. Hudelson, Jenny y Loo, de la otra? ¿Temían que la nota enviada a los periódicos por el observatorio de Boston tuviese lamentables consecuencias? Lo que hasta entonces había permanecido oculto estaba ahora descubierto; Mr. Forsyth y Mr. Hudelson conocían oficialmente su rivalidad. ¿No era de presumir que uno y otro reivindicarían, si no el beneficio, el honor al menos de su descubrimiento, y que de ello resultaría tal vez un deplorable disgusto para ambas familias?

Los sentimientos que la señora Hudelson y Jenny experimentaron mientras la muchedumbre se manifestaba ante su casa, es bien fácil imaginarlo. Si el doctor se había encaramado sobre la terraza de la torrecilla, ellas se habían guardado mucho de asomarse al balcón. Ambas, con el corazón oprimido, habían mirado desde detrás de las cortinas aquella manifestación que nada bueno presagiaba. Si los señores Forsyth y Hudelson, empujados por un absurdo sentimiento de celos, se disputaban el meteoro, ¿no tomaría parte el público y se declararía a favor del uno o del otro? Cada uno de ellos tendría sus partidarios, y en medio de la efervescencia que reinaría entonces en la ciudad, ¿cuál sería la situación de los futuros esposos, en una querella científica, que transformaría ambas familias en nuevos Capuletos y Montescos?

Por lo que hace a Loo, estaba furiosa; quería abrir la ventana, apostrofar a aquel populacho y manifestaba el pesar de no tener una manga a su dispoción para rociar a la muchedumbre y ahogar sus hurras en torrentes de agua helada. Su madre y su hermana tuvieron que esforzarse por moderar la cólera de la fogosa niña.

Igual era la situación en la mansión de Elisabeth Street. También Francis Gordon habría, por su parte, enviado a todos los diablos a aquellos entusiastas que iban a agravar una situación ya tirante. Además, él se había abstenido de aparecer, en tanto que Mr. Forsyth y «Omicron» se inclinaban desde la torre, dando muestras de la más chocante vanidad.

Del mismo modo que Mrs. Hudelson había tenido que reprimir las impaciencias de Loo, así

tuvo también que reprimir Francis Gordon las cóleras de la temible Mitz. Nada menos quería ésta que barrer a la muchedumbre, y en sus labios no era esto una amenaza de la que podía uno reírse. No había duda de que el instrumento que a diario manejaba ella con tanta habilidad era terrible en sus manos. ¡Con todo, recibir a escobazos a gentes que vienen a aclamarle a uno es quizás un poco fuerte!

—¡Ah, señor! —gritaba la anciana sirvienta—. ¿Es que están locos esos alborotadores?

—Casi me siento inclinado a creerlo —respondió Francis Gordon.

—¡Y todo ello a propósito de una especie de piedra grande que se pasea por el cielo!

—Así es, Mitz.

—¡*Un met dehors*!

—Un meteoro, Mitz —corrigió Francis, reprimiendo a duras penas la risa.

—Eso es lo que yo digo: un *met dehors* —repitió Mitz con convicción—. ¡Si les cayese encima de la cabeza y aplastase a media docena...! Pero, en fin, yo te pregunto a ti, que eres un sabio, ¿para qué sirve un *met dehors*?

—Para enemistar las familias —declaró Francis Gordon, mientras estruendosos hurras sonaban en medio de la calle.

Sin embargo, ¿por qué no habían de aceptar ambos antiguos amigos el compartir los laureles de su descubrimiento? Ninguna ventaja material, ningún provecho pecuniario había que esperar de él; sólo se trataba de un honor puramente platónico; y entonces, ¿por qué no dejar indiviso un descubrimiento al que podían ir unidos sus dos nombres hasta la consumición de los siglos? ¿Por qué? Sencillamente, porque se trataba de amor propio y de vanidad. Ahora bien: cuando el amor propio está en juego, cuando la vanidad se mezcla en un asunto, ¿quién podrá alabarse de hacer oír razones a los humanos?

Pero, en resumidas cuentas, ¿tan glorioso era, pues, haber visto un meteoro? ¿No era debido única y exclusivamente al azar? Si el bólido no hubiese atravesado con tanta complacencia por el campo de los instrumentos de los señores Dean Forsyth y Sydney Hudelson, precisamente en el momento en que éstos tenían la vista en el ocular, ¿habría sido visto por esos dos astrónomos, que verdaderamente presumían demasiado de ello?

Por otra parte, ¿es que esos bólidos, esos asteroides, esas estrellas errantes, no cruzan día y noche, por centenares, por millares? ¿Es siquiera posible el contar esos globos de fuego que trazan sus caprichosas trayectorias sobre el fondo oscuro del firmamento? Seiscientos millones, tal es, según los sabios, el número de los meteoros que atraviesan la atmósfera terrestre en una sola noche, o sea mil doscientos millones cada veinticuatro horas. Por millares de millones cruzan, pues, esos cuerpos luminosos, de los cuales, al decir de Newton, diez o quince millones son visibles a simple vista.

Entonces (hacía observar el *Punch*, el único periódico en Whaston que tomó la cosa en broma), él encontrar un bólido en el cielo es un poco menos difícil que encontrar un grano de trigo en un campo de él, y puede muy bien decirse que abusan un poco nuestros dos astrónomos a propósito de un descubrimiento que nada tiene de tal.

Pero si el *Punch*, periódico satírico, no desperdiciaba esta ocasión de ejercitar su musa cómica, sus colegas, más serios, lejos de imitarle, se sirvieron de ese pretexto para hacer ostentación de una ciencia muy recientemente adquirida.

Kepler (decía el *Whaston Standard*) creía que los bólidos provenían de exhalaciones terrestres. Parece más verosímil que esos fenómenos no son sino aerolitos en los que siempre se han encontrado señales de una violenta combustión. Desde el tiempo de Plutarco se les consideraba ya como masas minerales que se precipitan contra el suelo de nuestro Globo, cuando sienten al paso la atracción terrestre. El estudio de tos bólidos pone de manifiesto que su sustancia no es en manera alguna diferente de los minerales que nosotros conocemos, y que

en su conjunto comprenden casi la tercera parte de los cuerpos simples. Pero ¡qué variedad presenta la agrupación de esos elementos! Sus partículas constitutivas son unas veces delgadas y otras gruesas, de una dureza notable y mostrando al partirlas señales de cristalización. Hasta los hay que están formados de hierro en estado nativo, mezclado a veces con níquel que jamás ha alterado la oxidación.

Muy exacto era, en verdad, lo que el *Whaston Standard* ponía en conocimiento de sus lectores. Durante ese tiempo, el Daily Whaston insistía sobre la atención que los sabios antiguos y modernos concedieron siempre al estudio de esas piedras meteóricas. Decía así el diario:

¿No cita Diógenes de Apolonia una piedra incandescente, grande como una rueda de molino, cuya caída, cerca de Egos Potamos, espantó a los habitantes de la Tracia? Si un bólido semejante cayera sobre el campanario de San Andrés, le destrozaría hasta su base. Permítasenos citar a este propósito algunas de esas piedras que, venidas de las profundidades del espacio y habiendo entrado en el círculo de atracción de la Tierra, fueron recogidas en él suelo: antes de la era cristiana, la piedra de rayo que se adoraba como símbolo de Cibeles en Galacia, y que fue transportada a Roma, lo mismo que otra encontrada en Siria y consagrada al culto del Sol: la piedra negra que se guarda cuidadosamente en la Meca. Desde los comienzos de la era cristiana, ¡cuántos aerolitos descritos con las circunstancias que acompañaron su caída! Una piedra de doscientas sesenta libras cayó en Alsacia; una piedra de un color negro metálico, con la forma y él tamaño de una cabeza humana, cayó sobre el monte Vaison en Provenza; una piedra de sesenta y dos libras, que desprendía un olor sulfuroso, y que se dijo estaba formada de espuma de mar, cayó en Larini, Macedonia. ¿Debería citarse igualmente aquel bólido que en 1203 cayó sobre la ciudad normanda de Laigle, y del que habla Humboldt en los siguientes términos: «A la una de la tarde viose un gran bólido moviéndose del Sudeste al Noroeste. Minutos después oyóse durante cinco o seis minutos una explosión que partía de una nubécula negra casi inmóvil, explosión que fue seguida de otras tres o cuatro detonaciones. Cada detonación separaba de la nube una porción de vapores. Más de mil piedras meteóricas cayeron en un espacio bastante grande; esas piedras humeaban y estaban muy calientes, sin llegar a estar inflamadas, y se observó que eran más fáciles de romper al principio que más adelante»?

El Daily Whaston continuaba tratando el asunto en varias columnas y se mostraba pródigo en pormenores, que probaban, cuando menos, lo concienzudos que eran sus redactores.

No se quedaban atrás los otros diarios de Whaston.

Ya que la astronomía era cosa de moda, hablaban de astronomía, y si después de eso había un solo whastoniano que no estuviese impuesto en la cuestión de los bólidos, sería porque no habría querido ni siquiera enterarse.

Los demás periódicos de Whaston dieron a sus lectores otros informes acerca del número y circunstancias de los bólidos hasta entonces conocidos.

No sorprenderá que digamos que una parte de la población de Whaston no dejó de experimentar cierto temor ante la lectura de aquellos curiosos artículos. Para haber sido percibido en las condiciones que se saben, a una distancia que debía ser considerable, menester era que el meteoro de los señores Hudelson y Forsyth tuviese dimensiones muy superiores probablemente a las de los bólidos ya conocidos. Ahora bien: si dicho meteoro había ya aparecido en el cénit de Whaston, era que Whaston se encontraba situado en su trayectoria. Volvería, por consiguiente, a pasar por encima de la ciudad si esa trayectoria afectaba la forma de una órbita. Pues bien; que precisamente en ese momento, y por una razón cualquiera, llegase a detenerse en su carrera, ¡y Whaston sería tocada con una violencia de la que no era posible formarse idea!

Poco a poco comenzó a reinar en la ciudad cierta aprensión. El peligroso y amenazador bólido vino a convertirse en el asunto de todas las conversaciones en la plaza pública, en los círculos lo mismo que en los hogares. La parte femenina de la población, sobre todo, no pensaba más que en iglesias aplastadas y en casas reducidas a polvo. En cuanto a los hombres, juzgaban más elegante alzarse de hombros, pero lo hacían sin verdadera convicción. Puede asegurarse que noche y día se estacionaban grupos en la plaza de la Constitución y en otros barrios de la ciudad; que el cielo estuviese o no nublado, los observadores continuaban en sus puestos. Jamás habían vendido los ópticos tantos anteojos, lentes y otros instrumenos de óptica. Jamás se miró al cielo con tanta inquietud como le miraba entonces la población whastoniana. Que el meteoro fuese visible o no, el riesgo era constante, de todas las horas, por no decir de todos los minutos, de todos los segundos.

Pero se dirá; ese riesgo amenaza igualmente a todas las regiones, y con ellas a todas las ciudades, villas y aldeas situadas bajo la trayectoria. Sí, sin duda. Si el bólido, como se suponía, daba la vuelta a nuestro Globo, todos los puntos situados debajo de su órbita se hallaban amenazados por su caída. No obstante, Whaston era quien batía el record del miedo, si se quiere adoptar esta expresión ultramoderna, y eso por la única razón de haber sido Whaston donde se había visto por primera vez el bólido.

Hubo, sin embargo, un diario que resistió al contagio y se negó hasta el fin a tomar las cosas en serio. No se mostraba, por el contrario, ese diario propicio a los señores Forsyth y Hudelson, a quienes, bromeando, hacía responsables de los males que amenazaban a la ciudad.

¿Por qué se han mezclado en ellos esos *amateurs*? (decía el *Punch*). ¿Necesitaban ellos hacer cosquillas al espacio con sus anteojos y sus telescopios? ¿No podían dejar tranquilo el firmamento, sin fastidiar a las estrellas? ¿No hay bastantes, no hay hasta demasiados auténticos sabios que se meten en lo que no les importa y se introducen indiscretamente en las zonas intraestelares? Los cuerpos celestes son muy púdicos y no gustan de que se les mire muy de cerca. Si; nuestra ciudad está amenazada, nadie se encuentra hoy seguro, y semejante situación no tiene remedio. Se asegura uno contra incendios, pedriscos y ciclones... ¡Pero vayan ustedes a asegurarse contra la caída de un bólido, mayor tal vez que la ciudadela de Whaston...!

Y por poco que estalle al caer, lo que sucede con frecuencia, la ciudad entera será bombardeada, hasta incendiada, si los proyectiles son incandescentes... ¡Sálvese, pues, quien pueda...! Pero también, ¿por qué los señores Forsyth y Hudelson no se estuvieron tranquilamente en la planta baja de su casa, en vez de espiar a los meteoros? Ellos son los que les han provocado con su indiscreción y atraído con sus intrigas... En realidad, nosotros preguntamos a todos nuestros lectores: ¿para qué sirven los astrónomos, astrólogos, meteorólogos y otros bichos terminados en logo? ¿Qué beneficio ha resultado nunca de sus trabajos...? En lo que a nosotros concierne, persistimos más que nunca en nuestras bien conocidas convicciones, tan bien expresadas por esta frase sublime, debida al genio de un francés, el ilustre Brillat-Savarin: «El descubrimiento de un plato nuevo hace más en pro de la felicidad humana que el descubrimiento de una estrella.» ¡En qué poca estima, pues, habría tenido Brillat-Savarin a los dos malhechores que no han temido atraer sobre su país los peores cataclismos por el placer de descubrir un simple bólido!

CAPÍTULO VII
EN EL QUE PODRA VERSE A MRS. HUDELSON APESADUMBRADA POR LA ACTITUD DEL DOCTOR, Y SE OIRÁ A LA BUENA MITZ SERMONEAR A SU AMO DE BUENA MANERA

QUÉ contestaron a estas frases del *Whaston Punch*, Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson? Nada absolutamente, y esto por la excelente razón de que desconocían totalmente el artículo del irrespetuoso periódico. «El ignorar las cosas desagradables que dicen de nosotros es siempre la manera más segura de no sufrir por ellas», habría dicho Monsieur de la Palisse, con innegable sabiduría.

No obstante, esas bromas más o menos espirituales son poco agradables para los interesados, y si éstos no las conocen, para sus parientes y amigos. Mitz, particularmente, estaba furiosa; ¡acusar a su amo de haber atraído aquel bólido que amenazaba la seguridad pública...! De hacerle caso, Mr. Dean Forsyth debía perseguir al autor del artículo, y el juez John Proth sabría condenarle a daños y perjuicios, sin hablar de la cárcel, que tema bien merecida.

En cuanto a la pequeña Loo, tomó la cosa en serio y dio la razón al *Whaston Punch*.

—Sí, tiene razón —decía—. ¿Por qué Mr. Forsyth y papá se han consagrado a descubrir ese guijarro del demonio? Sin ellos habría pasado inadvertido, como tantos otros, que no nos han causado ningún mal.

Ese mal, o más bien esa desgracia en que pensaba la niña, era la inevitable rivalidad que iba a existir entre el tío de Francis y el padre de Jenny, con todas sus consecuencias, en vísperas de una unión que debiera estrechar aún más los lazos que unían ya a las dos familias.

Los temores de Miss Loo eran fundados, y lo que debía llegar, llegó. En tanto que los señores Forsyth y Hudelson no habían tenido más que sospechas recíprocas, ningún choque se había producido. Si sus relaciones se habían entibiado, si habían evitado el encontrarse, las cosas al menos no habían ido más lejos. Pero, al presente, desde la nota del observatorio de Boston, era público que el descubrimiento del mismo meteoro pertenecía a los dos astrónomos. ¿Qué iban a hacer? Cada uno de ellos reclamaría para sí la prioridad del descubrimiento. ¿Habría a este propósito discusiones privadas o hasta resonantes polémicas a las que la prensa de Whaston daría seguramente generosa hospitalidad?

No se sabía, y sólo el porvenir podía responder a esas preguntas. Lo cierto, en todo caso, era que ni Mr. Dean Forsyth ni el doctor Hudelson hacían la menor alusión al matrimonio, cuya fecha se acercaba demasiado lentamente para los deseos de ambos prometidos. Cuando delante del uno o del otro se hablaba de ello, siempre habían olvidado alguna circunstancia que les reclamaba en seguida en el observatorio. Aquí era, por lo demás, donde pasaban la mayor parte del tiempo más y más meditabundos y absortos cada vez.

Ambos se agotaban en vanos esfuerzos para calcular los elementos del asteroide; en lo cual habría tal vez medio de esclarecer la cuestión del descubridor. De dos astrónomos iguales, el matemático más activo podía aún obtener el triunfo.

Pero su única observación había sido de demasiado corta duración para dar a sus fórmulas una base suficiente. Otra observación, muchas acaso, serían necesarias antes de que fuese posible determinar con certeza la órbita del bólido. Por esto, y temeroso cada uno de ser aventajado por el otro, Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson vigilaban el cielo con un celo análogo y análogamente estéril. El caprichoso meteoro no reaparecía sobre el horizonte de Whaston, o, si reaparecía, no era posible distinguirlo.

El humor de los dos astrónomos se resentía de la vanidad de sus esfuerzos; no era posible acercarse a ellos. Veinte veces al día montaba en cólera Mr. Dean Forsyth contra «Omicron», que le contestaba en igua' tono. En cuanto al doctor, que se veía forzado a pasarse sus cóleras consigo mismo, no quedaba en falta.

¿Quién, en tales condiciones, se hubiese atrevido a hablar de contrato de matrimonio y de ceremonia nupcial?

Tres días, no obstante, habían transcurrido desde la publicación de la nota enviada a los

periódicos poi el observatorio de Boston. El reloj celeste, cuya aguja es el Sol, hubiera hecho sonar el 22 de abril, si el Gran Relojero le hubiese dotado de un timbre. Todavía una veintena de días y la gran fecha nacería a su vez, si bien Loo, en su impaciencia, pretendía que no estaba en el calendario.

¿Convendría recordar al tío de Francis Gordon y al padre de Jenny Hudelson ese matrimonio, del que ellos no hablaban, como si jamás hubiera de efectuarse? Mrs. Hudelson fue de opinión que era preferible guardar silencio respecto de su marido. Para nada tenía que ocuparse en los preparativos de la boda..., como tampoco se ocuparía en las cosas de su Propio hogar. Cuando llegase el día, Mrs. Hudelson diríale, tranquila y sencillamente:

—Aquí están tu traje, tu sombrero y tus guantes. Es la hora de ir a San Andrés. Dame el brazo y vamonos.

Y él iría seguramente, sin siquiera darse cuenta, a condición, eso sí, de que en aquel preciso momento no llegase a pasar el meteoro ante el objetivo de su telescopio.

Pero si la opinión de Mrs. Hudelson prevaleció en la casa de Moriss Street, si no se puso al doctor en ocasión de explicar su actitud respecto de Mr. Dean Forsyth, éste, por el contrario, hubo de verse rudamente atacado.

Mitz no quiso escuchar nada. Furiosa contra su amo, quería hablarle y poner en claro aquella situación, de tal suerte tirante, que el menor incidente podía provocar una ruptura completa entre ambas familias; y ¿cuáles serían las consecuencias? Matrimonio retrasado, roto tal vez, desesperación de los novios y especialmente de su querido Francis. ¿Qué podría hacer el pobre muchacho tras una ruptura pública que hiciera imposible toda reconciliación?

Así, pues, en la tarde del 22 de abril, hallándose a solas con Mr. Dean Forsyth en el comedor, detuvo a su amo en el momento en que éste se dirigía hacia la escalera de la torre.

Sabido es que Mr. Forsyth tenía miedo de explicarse con Mitz. Él no ignoraba que estas explicaciones no solían terminar en provecho suyo; juzgaba, por ende, más prudente no exponerse a ellas.

En esta ocasión, después de haber echado una rápida mirada al rostro de Mitz, que le hizo el efecto de una bomba cuya mecha está ardiendo y que no tardaría en estallar, Mr. Forsyth, deseoso de ponerse al abrigo de los efectos de la explosión, batióse en retirada hacia la puerta. Pero antes de haberla abierto se encontró con su anciana sirvienta, que se le había interpuesto y clavaba en los suyos temerosos sus ojos irritados.

—Señor —díjole—, tengo que hablar ahora mismo con usted.

—¿Conmigo, Mitz...? El caso es que en este momento apenas si tengo tiempo para escucharte.

—¡Hombre! Tampoco yo tengo mucho tiempo, señor, puesto que tengo que fregar toda la vajilla del almuerzo; pero sus tubos de usted pueden esperar, como pueden esperar mis platos.

—¿Y «Omicron»...? Me parece que me llama.

—¿Su ami Krone...? También él es un Joli Coco. Ya tendrá su ami Krone nuevas mías una de estas mañanas. Puede usted prevenirlo. Como dijo el otro, la bonne entena l'heure et te salue. Repítale esto, palabra por palabra, señor.

—No dejaré de hacerlo, Mitz, claro que no; pero, ¿mi bólido?

—Beau lide? —repitió Mitz—. No sé lo que es eso, pero sea lo que quiera, no debe ser bello un asunto que desde hace algún tiempo le ha puesto a usted una piedra en el sitio del corazón.

—Un bólido, Mitz —explicó pacientemente Mr. Dean Forsyth—, es un meteoro, y...

—¡Ah! —exclamó Mitz—. ¡Es el famoso *met dehors*...! ¡Pues bien; hará lo que el ami Krone, esperará el *met dehors*!

—¡Cómo! —gritó Mr. Forsyth, herido en el punto sensible.

—Por lo demás —repuso Mitz—, el cielo está cubierto, va a llover y no es éste el momento

de divertirse mirando a la Luna.

Esto era cierto, y en aquella persistencia del mal tiempo había bastante para enfurecer a Mr. Forsyth y al doctor Hudelson. Desde hacía cuarenta y ocho horas el cielo estaba cubierto de densas nubes; por el día, ni un rayo de sol, y por la noche ni una radiación de las estrellas. En semejantes condiciones, imposible observar el espacio y volver a ver el bólido tan vivamente disputado. Hasta debía considerarse como probable que las circunstancias atmosféricas no favorecieran tampoco a los astrónomos del Estado de Ohio o del Estado de Pennsylvania, de igual modo que a los demás observatorios del Antiguo y Nuevo Continente. Efectivamente, ninguna nueva nota concerniente a la aparición del meteoro había visto la luz en los periódicos. Verdad era que aquel meteoro no presentaba un interés tal que debiera conmoverse el mundo científico. Tratábase, al fin y al cabo, de un hecho cósmico bastante vulgar, y se necesitaba ser un Dean Forsyth o un Hudelson para espiar el meteoro con aquella impaciencia que en ellos bordeaba ya la rabia.

Mitz, una vez que su amo se convenció de la imposibilidad absoluta de librarse de ella, prosiguió, cruzándose de brazos:.

—Mr. Forsyth, ¿se habría usted olvidado, por casualidad, de que tiene un sobrino que se llama Francis Gordon?

—¡Ah! ¡Ese querido Francis! —respondió Mr. Forsyth, moviendo la cabeza con benevolencia—. No, no le olvido... ¿Cómo está mi buen Francis?

—Muy bien, gracias, señor.

—Creo que hace mucho tiempo que no le veo.

—Efectivamente, desde el almuerzo.

—¿De verdad?

—¿Tiene usted, pues, los ojos en la Luna, señor? —preguntó Mitz, obligando a su amo que se volviese hacia ella.

—No, no, mi buena Mitz... Pero, ¿qué quieres...? Estoy un poco preocupado.

—Preocupado hasta el punto de que parece haber olvidado una cosa muy importante.

—¿Olvidado una cosa importante...? ¿Y cuál es?

—Que su sobrino va a casarse.

—¡Casarse...! ¡Casarse...!

—¿No me pregunta usted de qué matrimonio se trata?

—¡Oh! ¡No, Mitz...! Pero, ¿a qué tienden todas esas preguntas?

—¡Vaya una gracia...! Creo que no hace falta ser brujo para saber que una pregunta se hace para obtener una respuesta.

—¿Una respuesta a propósito de qué?

—A propósito de su conducta, señor, respecto de la familia Hudelson... Porque no ignora usted que existe una familia Hudelson, un doctor Hudelson, que reside en Moriss Street; una Mrs. Hudelson, madre de Miss Loo Hudelson y de Miss Jenny Hudelson, prometida de su sobrino.

A medida que ese nombre de Hudelson se escapaba, adquiriendo cada vez mayor fuerza, de labios de Mitz Mr. Dean Forsyth se llevaba la mano al pecho, al costado, a la cabeza, como si ese nombre fuese dándole golpes en todas partes... Sufría, se sofocaba, la sangre se le subía a la cabeza. Viendo que no contestaba :

—¡Y bien! ¿Me ha oído usted? —insistió Mitz.

—Sí, he oído —exclamó su amo.

—¿Y bien...? —repitió la sirvienta, alzando la voz.

—¿Continúa, pues, pensando Francis en ese matrimonio? —dijo, al fin, Mr. Forsyth.

—¿Que si piensa...? ¡Por supuesto! —afirmó Mitz—. Como piensa en respirar el querido

niño. Como todos nosotros pensamos; como piensa usted mismo, creo yo.
—¿Qué? ¿Mi sobrino continúa decidido a casarse con la hija de ese doctor Hudelson?
—Miss Jenny, si le parece, señor. Pues sí, yo le aseguro que está decidido... Menester sería que hubiese perdido la cabeza para no estarlo. ¿Cómo ni dónde iba a encontrar una novia más gentil, una joven más encantadora?
—Admitiendo —interrumpió Mr. Forsyth— que la hija del hombre que..., del hombre que..., del hombre, en fin, cuyo nombre no puedo yo pronunciar sin que me ahogue..., pueda ser encantadora...
—¡Esto es demasiado fuerte! —exclamó Mitz, desanudándose el delantal, como si fuera a entregarlo.
—Veamos, Mitz, veamos... —murmuró su amo, un poco inquieto ante tan amenazadora actitud.
La vieja sirvienta blandió su delantal, cuyo cordón colgaba hasta el suelo.
—Está todo visto —declaró—. Después de cincuenta años de servicios, prefiero ir a pudrirme en un rincón como un perro sarnoso; pero no permaneceré en casa de un hombre que desgarra su propia sangre. Yo no soy más que una pobre criada, pero tengo también corazón, señor...
—¡Ah, ah...! Mitz —replicó Mr. Forsyth, herido en lo vivo—, ¿ignoras, pues, lo que me ha hecho ese Hudelson?
—¿Y qué es lo que le ha hecho? —¡Pues, me ha robado! —¿Robado?
—Sí, robado; abominablemente robado... —¿Y qué es lo que le ha robado? ¿Su reloj? ¿Su bolsillo...?
—¡Mi bólido!
—¡Ah! ¡Otra vez el beau lidel —replicó la vieja sirvienta, recalcando las palabras de la manera más irónica y más desagradable para Mr. Forsyth—. ¡Hacía mucho tiempo que no se había hablado de su famoso *met dehors*..A Pero, ¿es posible, Dios mío, que se ponga uno en semejante estado por una máquina que se pasea...? ¿Es acaso que su beau lide era de usted más que de Mr. Hudelson? ¿Ha puesto usted por ventura su nombre encima...? ¿Es que no pertenece a todo el mundo, a no importa quién, a mí, a mi perro, si yo tuviese alguno... Gracias al Cielo, no le tengo... ¿Es que lo ha comprado usted con su dinero..., o lo ha heredado tal vez?
—¡Mitz! —gritó Mr. Forsyth, que ya no era dueño de sí mismo.
—¡No hay Mitz! —profirió la sirvienta, cuya exasperación desbordaba—. ¡Caramba! Se necesita ser bestia, como Saturno, para enfadarse con un viejo amigo a propósito de un sucio guijarro que nadie volverá a ver jamás.
—¡Cállate, cállate! —protestó el astrónomo.
—No, señor, no me callaré, y puede usted llamar al bruto de su ami Krone en su ayuda.
—¿ Bruto «Omicron»?
—¡Sí, bruto; y no me hará él callar..., como tampoco nuestro presidente mismo podrá imponer silencio al arcángel que vendrá de parte del Todopoderoso a anunciar el fin del mundo!
Mr. Dean Forsyth quedó absolutamente trastornado al escuchar esa terrible frase; su laringe se había apretado hasta el punto de no dejar paso a la palabra; su glotis, paralizada, no podía emitir un sonido. Aun cuando hubiera querido hablar, despedir a la anciana, pero áspera sirvienta, habríale sido imposible pronunciar una sola palabra.
Mitz, por lo demás, no le hubiese obedecido.
Era tiempo, no obstante, que aquella escena acabase. Mr. Dean Forsyth, comprendiendo que quedaría derrotado, trataba de batirse en retirada, sin que su movimiento se pareciese demasiado a una fuga.

El sol fue quien vino en su ayuda: aclaróse el tiempo de pronto y un vivo rayo de sol penetró a través de los vidrios de la ventana que daba al jardín.

En aquel momento, sin duda alguna, estaba el doctor Hudelson sobre su torrecilla; tal fue el pensamiento que se le ocurrió inmediatamente a Mr. Dean Forsyth. Veía él a su rival, aprovechándose de aquel claro, con el ojo en el ocular de su telescopio, y recorriendo con la mirada las altas zonas del espacio sideral.

No pudo contenerse; aquel rayo de sol hacía sobre él el mismo efecto que un globo lleno de gas; le subía, aumentaba su fuerza ascensional, obligándole a elevarse en la atmósfera.

Mr. Dean Forsyth, olvidándose de todo, dirigióse hacia la puerta.

Por desgracia, Mitz estaba ante ella, y no parecía dispuesta a concederle paso. ¿Se vería, pues, en la necesidad de cogerla por el brazo, entablar una lucha con ella y recurrir a la ayuda de «Omicron»?

No llegó a verse obligado a apelar a estos extremos. La anciana sirvienta, a no dudar, se hallaba rendida y fatigada por el esfuerzo que acababa de hacer. Aun cuando tuviese la costumbre de regañar a su amo, jamás, hasta entonces, había tenido tal impetuosidad.

Fuese el esfuerzo físico gastado en aquella violencia, fuese la gravedad del asunto de la discusión, asunto de los más palpitantes, toda vez que se trataba de la futura felicidad de su querido «niño», el caso es que Mitz sintióse de pronto desfallecer y se dejó caer pesadamente sobre una silla.

Mr. Dean Forsyth, hay que decirlo en su descargo, abandonó al sol, al cielo azul y al meteoro. Acercóse con solicitud a su anciana sirvienta para informarse de lo que le pasaba.

—No sé, señor; tengo, como quien dice, el estómago vuelto del revés.

—¿El estómago vuelto del revés? —murmuró Mr. Forsyth, pasmado por aquella enfermedad, bastante singular en verdad.

—Sí, señor —afirmó Mitz, con una voz dolorida—. Es un nudo que tengo en el corazón.

—¡Hura...! —hizo Mr. Dean Forsyth, cuyo asombro no se vio atenuado.

A todo evento, iba a prestar a la enferma los cuidados más usuales en análogas circunstancias: aflojamiento del corsé, vinagre sobre las sienes, un vaso de agua azucarada...

Pero no tuvo tiempo.

La voz de «Omicron» resonó en lo alto de la torre:

—¡El bólido —gritaba «Omicron»—, el bólido!

Mr. Dean Forsyth olvidóse entonces del resto del universo y se precipitó escaleras arriba.

No había acabado de desaparecer cuando ya Mitz había encontrado la plenitud de sus facultades y se había lanzado tras de su amo. Mientras ascendía rápidamente, saltando de tres en tres los peldaños de la escalera, la voz de su sirvienta lo perseguía vengativa :

—Mr. Forsyth —decía Mitz—, acuérdese usted bien de lo que le digo: el matrimonio de Francis Gordon y de Jenny Hudelson se hará, y se hará en la fecha convenida, exactamente. Se hará, Mr. Forsyth, o —y no dejaba esta alternativa de tener cierto sabor en los labios de Mitz— o yo perderé mi latín.

Mr. Dean Forsyth no contestó, no oyó: dando saltos precipitados, subía la escalera de la torre.

CAPÍTULO VIII
EN EL CUAL LAS POLÉMICAS DE LA PRENSA AGRAVAN LA SITUACIÓN; Y QUE SE TERMINA CON LA CONSIGNACIÓN DE UN HECHO TAN CIERTO COMO INESPERADO

EL es, «Omicron», efectivamente es él! —gritó Mr. Dean Forsyth, tan pronto como hubo aplicado el ojo al ocular de su telescopio.

—El mismo —declaró «Omicron», añadiendo—: y haga el Cielo que el doctor Hudelson no se halle en este momento en su torrecilla.

—O si está, que no pueda encontrar el bólido.

—Nuestro bólido —precisó «Omicron».

—¡Mi bólido! —rectificó Dean Forsyth.

Ambos se equivocaban. El anteojo del doctor Hudelson se hallaba en aquel mismo momento dirigido hacia el Sudeste, región del cielo recorrida entonces por el meteoro. Habíale visto tan pronto como apareció, y lo mismo que la torre, la torrecilla no le perdió de vista hasta el instante en que desapareció entre las brumas del Sur.

Por lo demás, no fueron los astrónomos de Whaston los únicos en señalar el bólido; también lo percibió el observatorio de Pittsburg.

Ese retorno del meteoro constituía un hecho del mayor interés —¡si es que el meteoro mismo ofrece alguno!—. Puesto que permanecía a la vista del mundo sublunar, era que seguía decididamente una órbita cerrada. No era una de esas estrellas errantes que desaparecen después de haber rozado las últimas capas atmosféricas, uno de esos asteroides que se muestran una vez y van luego a perderse a través del espacio, uno de esos aerolitos cuya caída no tarda en seguir a la aparición. No, este meteoro volvía, giraba en torno de la Tierra como un segundo satélite. Merecía, por consiguiente, que se dedicasen a él, y por eso debe disculparse el empeño que en disputárselo ponían Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson.

Obedeciendo el meteoro a leyes constantes, nada se oponía a que se calculasen sus elementos. En todas partes se cuidaban de ello; pero no es necesario decir que en ninguna parte se desarrollaba la actividad que en Whaston. Con todo, para que el problema fuese íntegramente resuelto, necesitábanse aún muchas observaciones.

El primer punto, la trayectoria del bólido, fue determinada cuarenta y ocho horas más tarde por unos matemáticos que no se llamaban Dean Forsyth ni Hudelson.

Esta trayectoria se desarrollaba rigurosamente del Norte al Sur. La débil desviación de 3º 31' señalada por Mr. Dean Forsyth en su carta al observatorio de Pittsburg era sólo aparente, y resultaba de la rotación del Globo terrestre.

Cuatrocientos kilómetros separaban al bólido de la superficie de la Tierra, y su prodigiosa velocidad no era inferior a seis mil novecientos sesenta y siete metros por segundo. Realizaba, pues, su revolución en torno del Globo en una hora, cuarenta y un minutos, cuarenta y un segundos y noventa y tres centésimas, de lo cual podía inferirse, según los inteligentes, que no volvería a pasar por el cénit de Whaston hasta transcurrir ciento cuatro años, ciento sesenta y seis días y veintidós horas.

Este hecho tranquilizó a los habitantes de la ciudad, que tanto temían la caída del malaventurado asteroide. Si caía, no sería encima de ellos, por fortuna para todos.

Pero, ¿por qué ha de caer? (preguntaba el Whaston Morning). No hay por qué admitir el encuentro de un obstáculo en su camino, ni que pueda ser detenido en su raudo movimiento de traslación.

Esto era la evidencia misma.

Seguramente (hizo observar el *Whaston Evening*) ha habido aerolitos que han caído y los hay que caen todavía. Pero éstos, de pequeñas dimensiones por lo general, vagan por el espacio y no caen más que si la atracción terrestre los atrapa al paso.

Esta explicación era exacta y no parecía que pudiese aplicarse al bólido en cuestión, de una marcha tan regular y cuya caída no debía temerse, como no hay que temer la de la Luna.

Bien establecido esto, quedaban aún muchos puntos por aclarar, antes de hallarse perfectamente informados acerca de aquel asteroide, convertido, en suma, en un segundo satélite de la Tierra.

¿Cuál era su volumen? ¿Cuál era su masa, su naturaleza?

Solamente los habitantes de Whaston se consagraron a conocer esas y otras particularidades del meteoro, cuyo descubrimiento se debía a dos respetables personajes de la ciudad.

Por lo demás, tal vez hubiesen terminado por pensar con indiferencia en este incidente cósmico que el *Punch* se empeñaba en llamar «cómico», si los periódicos, con alusiones más o menos claras, no hubiesen dado a conocer la rivalidad de Mr. Dean Forsyth y del doctor Hudelson. Esto dio nuevo incremento a los chismes y comentarios; todo el mundo se apresuró a aprovecharse de esta ocasión de disputa, y la ciudad toda comenzó a dividirse en dos bandos.

A todo esto, la fecha del matrimonio iba acercándose. Mrs. Hudelson, Jenny y Loo, de una parte; Francis Gordon y Mitz, de la otra, vivían en una inquietud creciente. Continuamente estaban temiendo un estallido provocado por el encuentro de los dos rivales, del mismo modo que el encuentro de dos nubes cargadas de potenciales contrarios hace saltar la chispa y brotar el rayo. Sabíase que Mr. Forsyth nq se calmaba y que el furor del doctor Hudelson buscaba todas las ocasiones de manifestarse.

El cielo estaba, por lo general, hermoso, la atmósfera pura, y ambos astrónomos podían, por tanto, efectuar sus observaciones. No les faltaban ocasiones, ya que el bólido reaparecía sobre el horizonte más de catorce veces diarias, y ya que ahora conocían, merced a las determinaciones de los observatorios, el punto preciso hacia el que debían dirigir los objetivos de sus aparatos.

La comodidad de estas observaciones era indudablemente desigual, como lo era la altura del bólido sobre el horizonte; pero tan numerosas eran las veces que éste pasaba, que semejante inconveniente tenía muy poca importancia. Si no volvía ya al cénit matemático de Whaston, donde, por una milagrosa casualidad, se le había visto una primera vez, andaba todos los días tan cerca que era prácticamente lo mismo.

Así, pues, los dos apasionados astrónomos podían embriagarse libremente en la contemplación del meteoro, cruzando raudo el espacio por encima de su cabeza y espléndidamente adornado de una brillante aureola.

Devorábanle ellos con sus miradas; acariciábanle con los ojos. Cada uno de ellos le llamaba con su propio nombre, el bólido Forsyth, el bólido Hudelson. Era su hijo, la carne de su carne. Pertenecíales como el hijo pertenece a sus padres; más aún: como la criatura al Creador. Su vista no cesaba de emocionarles. Sus observaciones, las hipótesis que deducían de su marcha, de su forma aparente, dirigíanlas al observatorio de Pittsburg, y sin olvidarse nunca de reclamar la prioridad de su descubrimiento.

Pronto esta lucha, todavía pacífica, no fue bastante para satisfacer su animosidad. No contentos con haber roto las relaciones diplomáticas, cesando en sus relaciones personales, fueles preciso la batalla franca y la guerra oficialmente declarada.

Un día apareció en el *Whaston Standard* una nota bastante agresiva contra el doctor Hudelson, nota que se atribuyó a Mr. Dean Forsyth. Decía que ciertas gentes tienen demasiado buenos ojos cuando miran a través de los anteojos de otro y que perciben demasiado fácilmente aquello que ha sido percibido ya por alguien más.

En respuesta a esta nota díjose al día siguiente en el *Whaston Evening*, que en punto a anteojos hay algunos, sin duda, que no están bien limpios, y cuyo objetivo está sembrado de pequeñas manchas, que no deben tomarse por meteoros.

Al mismo tiempo, el *Punch* publicaba una caricatura muy parecida de los dos rivales, adornados de alas gigantescas y luchando en velocidad para atrapar a su bólido, figurado por una cabeza de cebra que les sacaba la lengua.

No obstante, aun cuando a consecuencia de esos artículos, de esas alusiones vejatorias, la

situación de ambos astrónomos tendía a agravarse de día en día, no habían tenido todavía ocasión de intervenir en la cuestión del matrimonio. Si no hablaban, dejaban, cuando menos, que las cosas siguiesen su curso normal, y nada autorizaba a admitir que Francis Gordon y Jenny Hudelson no estuviesen unidos en matrimonio en la fecha convenida.

Ningún incidente sobrevino durante los primeros días del mes de abril. Sin embargo, si bien la situación no se agravó, tampoco tuvo ninguna mejora. Durante las comidas en casa de Mr. Hudelson no se hacía la más pequeña alusión al meteoro, y Miss Loo, muda por orden de su madre, rabiaba por no poder tratarle como merecía. Con solo ver la manera que tenía de cortar la chuleta, se comprendía que la niña pensaba en el bólido y que habría deseado poderle reducir a tan pequeños trozos que no quedase la más mínima señal de él. En cuanto a Jenny no trataba de disimular su tristeza; tristeza de la que el doctor no quería darse por enterado. Tal vez no la notaba siquiera; tanto le absorbían sus ocupaciones astronómicas.

Francis Gordon, por supuesto, no aparecía durante esas comidas. Lo único que se permitía era su visita diaria cuando el doctor Hudelson estaba en su torrecilla.

En la casa de Elisabeth Street no eran más alegres las comidas. Mr. Dean Forsyth apenas hablaba, y cuando se dirigía a la anciana Mitz, ésta no respondía más que con un sí o un no, tan seco como lo estaba el tiempo a la sazón.

Una sola vez, el 28 de abril, Mr. Dean Forsyth, en el momento de levantarse de la mesa después del almuerzo, dijo a su sobrino:

—¿Es que tú continúas yendo a casa de los Hudelson?

—¡Ya lo creo, tío! —respondió Francis, con voz firme.

—¿Y por qué no había de ir a casa de los Hudelson? —preguntó Mitz en tono agresivo.

—No es a usted a quien yo hablo, Mitz —gruñó Mr. Forsyth.

—'Pero yo soy la que le respondo, señor. Un perro parla a un obispo.

Mr. Forsyth se encogió de hombros, y se volvió hacia Francis.

—Ya le he contestado yo también. Sí, voy todos los días.

—¿Después de lo que el doctor me ha hecho? —exclamó Mr. Forsyth, airado.

—¿Y qué le ha hecho a usted?

—Se ha permitido descubrir...

—Lo que usted mismo descubrió; lo que todo el mundo tenía el derecho de descubrir... Porque, al fin y al cabo, ¿de qué se trata? De un simple bólido como otros mil que pasan a la vista de Whaston.

—Pierdes el tiempo, hijo mío —intervino Mitz, riendo burlonamente—. Bien claramente ves que tu tío está deslumhrado con su guijarro, del que no debía hacer más caso que del guardacantón que está en la esquina de esta casa.

Así se expresó Mitz en su lenguaje especial. Y Mr. Dean Forsyth, a quien esta réplica tuvo el don de exasperar, dijo, como un hombre que no se da cuenta de lo que dice:

—Pues bien; yo, Francis, te prohibo poner los pies en casa del doctor.

—Siento mucho tener que desobedecer a usted, mi querido tío —declaró Francis Gordon, conservando con gran trabajo su tranquilidad; tanto era lo que le enojaba semejante pretensión —; lo siento, lo siento muchísimo, pero iré.

—Sí, ira —exclamó la vieja Mitz—, aun cuando usted nos haga a todos pedacitos.

Mr. Forsyth desdeñó esta atrevida afirmación.

—¿Persistes, pues, en tus proyectos? —preguntó a su sobrino.

—Sí, tío —afirmó éste.

—¿Y piensas casarte con la hija de ese ladrón?

—Sí, y nada en el mundo me lo impedirá.

—¡Pues nos veremos!

Y dichas estas palabras, las primeras que indicaban la resolución de oponerse al matrimonio, Mr. Dean Forsyth, dejando el comedor, se dirigió hacia la escalera de la torre, cuya puerta cerró con estrépito.

Francis Gordon estaba perfectamente decidido a volver a casa de la familia Hudelson, como de costumbre, cosa ésta que no ofrecía la menor duda. Pero ¿y si, a imitación de Mr. Dean Forsyth, le prohibía el doctor la entrada en su casa? ¿No era de temerlo todo de aquellos dos enemigos, cegados por unos celos recíprocos, un odio de descubridores, el peor de todos los odios?

Cuántos esfuerzos tuvo que hacer aquel día Francis Gordon para ocultar su tristeza, al encontrarse en presencia de Mrs. Hudelson y de sus dos hijas! No quería decir nada de la escena en que acababa de intervenir; ¿a qué aumentar las inquietudes de la familia una vez que se hallaba resuelto a no hacer caso de las advertencias de su tío, admitiendo que fuesen mantenidas por su autor?

¿Podía, en efecto, entrar en el espíritu de un ser razonable la idea de que la unión de dos prometidos pudiera ser impedida o retrasada siquiera, a propósito de un bólido? Aun suponiendo que Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson no quisiesen encontrarse cara a cara durante la ceremonia, nada se habría perdido; se pasarían sin ellos, ya que, después de todo, su presencia no era indispensable. Lo esencial era que no fuese negado su consentimiento..., por el doctor al menos; porque si Francis Gordon no era más que el sobrino de su tío, Jenny era hija de su padre y no podía casarse contra su voluntad. Si después ambos adversarios querían devorarse mutuamente, no por eso habría dejado de realizar su obra matrimonial el reverendo O'Garth en la iglesia de San Andrés.

Como para justificar estos optimistas razonamientos, transcurrieron algunos días sin traer cambio alguno en la situación. El tiempo no dejaba de ser bueno y jamás había estado tan sereno y despejado el cielo de Whaston. Salvo algunas brumas matinales y vespertinas que se disipaban al salir y al ponerse el sol, ni un vapor turbaba la pureza y serenidad de la atmósfera, en medio de la cual realizaba el bólido su curso regular.

¿Será preciso repetir que los señores Forsyth y Hudelson continuaban devorándole con los ojos, que tendían hacia él los brazos como para estrecharle entre ellos y que le aspiraban a plenos pulmones? Hubiera sido ciertamente preferible que el meteoro se hubiese ocultado a sus miradas tras una espesa cortina de nubes, para que su vista no les hubiese excitado más. Por eso, Mitz, antes de meterse en la cama, blandía todas las noches sus puños en dirección al cielo. Vana amenaza: el meteoro continuaba trazando su curva luminosa en medio de un cielo sembrado de estrellas.

Lo que tendía a agravar las cosas era la intervención, más clara y explícita cada día, del público en esta discordia privada. Los periódicos, con vivacidad unos, con violencia otros, tomaban partido por Dean Forsyth o por Hudelson; ninguno permanecía indiferente; desde lo alto de la torre y la torrecilla descendía la querella hasta las mesas de redacción, y eran de prever graves complicaciones. Anunciábase ya que iban a celebrarse reuniones en las que se discutiría el asunto.

Mrs. Hudelson y Jenny experimentaban mucha inquietud al notar esa efervescencia; en vano se esforzaba Loo por tranquilizar a su madre, y Francis Gordon a su prometida; no podía negarse que ambos rivales se remontaban más y más sufriendo la influencia de esas detestables excitaciones. Se referían las frases, falsas o verdaderas, escapadas a Mr. Dean Forsyth; las palabras, verdaderas o falsas, pronunciadas por el doctor Hudelson, y de día en día, de hora en hora la situación se hacía más grave.

En esas circunstancias fue cuando se produjo una explosión que resonó en todo el mundo.

Tratábase sencillamente de una nueva del más singular carácter, que el telégrafo y el teléfono extendieron con su rapidez vertiginosa a través de todas las repúblicas y reinos del Antiguo y del Nuevo Mundo.

Dicha información no procedía de la torrecilla del doctor Hudelson, ni de la torre de Mr. Forsyth, ni del observatorio de Pittsburg, ni del de Boston, como tampoco del de Cincinnati. Aquella vez fue el observatorio de París quien revolucionó al Universo civilizado comunicando a la Prensa, el 2 de mayo, una nota concebida en los siguientes términos;

El bólido señalado a la atención de los observatorios de Cincinnati y de Pittsburg por dos respetables ciudadanos de la ciudad de Whaston, estado de Virginia, y cuya traslación en torno del globo terrestre parece realizarse hasta ahora con una perfecta regularidad, es actualmente estudiado en todos los observatorios del mundo, de día y de noche, por una multitud de eminentes astrónomos.

Si a pesar de este atento examen están por resolver muchas partes del problema, el observatorio de París ha llegado, cuando menos, a obtener la solución de una de ellas y a determinar la naturaleza del meteoro.

Los rayos emanados del bólido han sido sometidos al análisis espectral, y la disposición de sus rayas ha permitido reconocer perfectamente la sustancia del cuerpo luminoso de la que éste está formado.

Su núcleo, que rodea una brillante cabellera y de donde parten los rayos observados, no es en manera alguna de naturaleza gaseosa, sino de naturaleza sólida. No está formado de hierro nativo, como muchos aerolitos, ni se halla constituido por ninguno de los compuestos químicos que constituyen de ordinario esos cuerpos errantes.

Este bólido está formado de oro, de oro puro, y si no puede indicarse su verdadero valor, es porque hasta ahora no ha sido posible medir de una manera aproximada las dimensiones de su núcleo.

Tal era la nota que se dio a conocer al mundo.

Acerca del efecto que semejante noticia produciría, es más fácil de imaginar que de describir. ¡Un globo de oro, una masa de precioso metal, cuyo valor no podía ser sino de muchos millares de millones, circulaba en torno a la Tierra! ¡Qué de ensueños no iba a hacer brotar un acontecimiento tan sensacional! ¡Qué de codicias no iba a despertar en todo el Universo y más particularmente en aquella ciudad de Whaston, a quien correspondía el honor del descubrimiento, y más particularmente todavía en los corazones de sus dos ciudadanos, inmortales ya, que tenían por nombre Dean Forsyth y Sydney Hudelson.

CAPÍTULO IX
EN EL CUAL LOS PERIÓDICOS, EL PUEBLO, MR. DEAN FORSYTH Y EL DOCTOR HUDELSON CELEBRAN UNA ORGIA DE MATEMÁTICAS

¡ERA de oro...! ¡De oro!

El primer sentimiento fue de incredulidad. Para los unos era un error que no tardaría en ser conocido; para los otros, una gran mixtificación imaginada por los bromistas de talento.

Si así fuera, no había duda de que el observatorio de París se apresuraría a desmentir la nota que se le había atribuido falsamente.

Digámoslo en seguida; ese mentís no debía ser dado. Al contrario, los astrónomos de todos los países, repitiendo las experiencias de sus colegas franceses, confirmaron la unanimidad de sus conclusiones. Forzoso hubo de ser, por consiguiente, considerar el extraño fenómeno como un hecho cierto y averiguado.

Aquello fue entonces una locura.

Cuando se produce un eclipse de sol, es sabido que los instrumentos ópticos se venden en cantidades considerables. ¡Imagínese ahora el lector el número de anteojos, gemelos y telescopios que se venderían con ocasión de aquel memorable acontecimiento! Jamás soberano o soberana, jamás cantante o bailarina ilustres fueron tanto y tan apasionadamente anteojados —permítasenos la palabra— como aquel maravilloso bólido, prosiguiendo indiferente y soberbio su marcha regular en lo infinito del espacio.

Él proseguía tan hermoso y se prestaba complaciente a las observaciones. Así Mr. Dean Forsyth y el doctor Sydney Hudelson no abandonaban ya el uno su torre y el otro su torrecilla. Ambos se aplicaban a determinar los últimos elementos del meteoro, su volumen, su masa, sin perjuicio de las particularidades inesperadas que un estudio atento podía revelar. Si era imposible resolver definitivamente la cuestión de la prioridad, ¡qué ventaja para aquel de los dos rivales que lograse arrancarle alguno de sus secretos! ¿No era la cuestión del día la cuestión del bólido?

¡Cuántos cálculos se efectuaron para establecer el número de los millares de millones que representaba el errante bólido! Desgraciadamente, esos cálculos carecían de base, toda vez que continuaban siendo desconocidas las dimensiones del núcleo.

Cualquiera que fuese el valor de ese núcleo no podía en todo caso, dejar de ser prodigioso, y eso bastaba para inflamar las imaginaciones.

Ya el 3 de mayo publicó el *Whaston Standard* a ese respecto una nota que, después de una serie de reflexiones, terminaba así:

Admitiendo que el núcleo del bólido Forsyth-Hudelson se halle constituido por una esfera que mida solamente diez metros de diámetro, esa esfera, si fuese de hierro, pesaría tres mil setecientas setenta y tres toneladas. Pero esa misma esfera, formada únicamente de oro puro, pesaría diez mil ochenta y tres toneladas, y valdría más de treinta y un mil millones de francos.

Así, pues, aun reducido a tan pequeño volumen, el bólido tendría tan enorme valor.

—¿Es posible, señor? —balbució «Omicron», después de haber leído la nota en cuestión.

—No sólo es posible; es cierto —respondió doctoralmente Mr. Dean Forsyth—. Para encontrar este resultado ha bastado multiplicar la masa por el valor medio del oro, o sea tres mil cien francos por kilogramo, cuya masa no es otra que el producto del volumen, que se obtiene de la manera más sencilla mediante una simple fórmula. Dicha fórmula es: $V = \pi D^2 / 6$.

—En efecto —aprobó «Omicron», para quien todo aquello era hebreo.

—Pero —repuso Mr. Dean Forsyth— lo que me enfurece es que el periódico insista en colocar mi nombre al lado del de ese individuo.

Muy probablemente, el doctor hacía por su parte la misma reflexión.

Respecto a Miss Loo, tan desdeñosa mueca se dibujó sobre sus rosados labios cuando leyó la nota del Standard, que los treinta y un mil millones de francos se habrían sentido profundamente humillados.

Sabido es que el temperamento de los periodistas les lleva a sobrepujarse siempre; cuando uno ha dicho dos el otro dice tres, sin pensar siquiera en ello. No causarán, pues, sorpresa que aquella misma tarde el *Whaston Evening* contestase en estos términos, que denunciaban su parcialidad en favor de la torrecilla:

No comprendemos la razón de por qué él Standard se ha mostrado tan modesto en sus evaluaciones. Por nuestra parte, seremos más audaces. Aun permaneciendo dentro de las hipótesis más aceptables, atribuiremos un diámetro de cien metros al núcleo del bólido

Hudelson. Basándonos sobre esta dimensión, se encuentra que el peso de semejante esfera de oro puro sería de diez millones cuatrocientas ochenta y tres mil cuatrocientas ochenta y ocho toneladas, y que su valor pasaría de treinta y un trillones doscientos sesenta mil millones de francos; o sea, de un número de catorce cifras.

Y aún se desprecian los céntimos, observó humorísticamente el *Punch*, al citar esos números prodigiosos, que la imaginación es incapaz de concebir.

El tiempo, no obstante, seguía manteniéndose hermoso, y Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson se obstinaban más que nunca en proseguir sus investigaciones, sostenidos por la esperanza de ser, cuando menos, el primero en determinar con precisión las dimensiones del núcleo asteroidal. Por desgracia, era muy difícil percibir sus contornos en medio de su brillante cabellera.

Sólo una vez, en la noche del 5 al 6, Mr. Dean Forsyth se creyó a punto de conseguirlo. La irradiación había cesado un momento, dejando aparecer ante las miradas un globo de brillo intenso.

—i*Omicron»! —llamó Mr. Dean Forsyth, con voz quebrada por la emoción.

—¡Señor!

—¡El núcleo!

—Sí... Ya lo veo.

—¡Por fin..., ya lo tenemos!

—¡Bueno! —exclamó «Omicron»—. ¡Ya no se le distingue!

—¡No importa, yo le he visto...! ¡Habré tenido esa gloria...! Mañana, a primera hora, un despacho al observatorio de Pittsburg..., y ese miserable Hudelson no podrá pretender esta vez...

¿Era esto una ilusión de Mr. Dean Forsyth, o bien había dejado realmente el doctor Hudelson que se tomase sobre él esa ventaja? Nunca podrá saberse, así como tampoco llegó a enviarse el proyectado despacho al observatorio de Pittsburg.

En efecto; en la mañana del 6 de mayo apareció la nota siguiente en los periódicos de todo el mundo:

El observatorio de Greenwich tiene él honor de poner en conocimiento del público que de sus cálculos y de un conjunto de observaciones satisfactorias, resulta que el bólido señalado por los respetables ciudadanos de Whaston, y que el observatorio de París ha reconocido hallarse compuesto exclusivamente de oro puro, está constituido por una esfera de ciento diez metros de diámetro y un volumen aproximadamente de noventa y seis mil metros cúbicos.

Una esfera tal, en oro, debería pesar más de trece millones de toneladas. El cálculo pone de manifiesto que no es así. El peso real del bólido apenas se eleva a la séptima parte de la cifra precedente, y es sencillamente igual a un millón ochocientas sesenta y siete mil toneladas, peso correspondiente a un volumen de cerca de noventa y siete mil metros cúbicos y a un diámetro aproximado de cincuenta y siete metros.

De las consideraciones que preceden debemos necesariamente inferir, hallándose fuera de duda la composición química del bólido, o bien que existen vastas cavidades en el metal que constituye el núcleo, o, lo que es más verosímil, que ese metal se encuentra reducido a polvo, siendo el núcleo en ese caso de una forma análoga a la de una esponja.

Sea ello lo que quiera, los cálculos y las observaciones permiten precisar más exactamente el valor del bólido. Este valor, al curso actual del oro, no sería inferior a cinco mil setecientos ochenta y ocho millares de millones de francos.

Por lo tanto, si no eran cien metros, como había supuesto el *Whaston Evening*, tampoco eran diez como había admitido el Standard. La verdad se encontraba entre ambas hipótesis; por lo demás, tal como era, sería capaz de satisfacer las más ambiciosas aspiraciones, si el meteoro

no se hallaba destinado a trazar una trayectoria eterna alrededor del globo terrestre.

Cuando Mr. Dean Forsyth conoció el valor de su bólido, gritó:

—Yo soy quien lo ha descubierto, y no ese granuja de doctor Hudelaon; a mí es a quien pertenece, y si llegase a caer sobre la Tierra, yo sería fabulosamente rico.

El doctor Hudelson, por su parte, repetía, tendiendo un brazo amenazador hacia la torre:

—Es un bien mío, es una cosa mía..., es la herencia de mis hijos, que se halla gravitando en el espacio. ¡Si llegase a caer sobre nuestro Globo, me pertenecería en toda propiedad, y yo sería muchas veces millonario!

Francis y Mrs. Hudelson preveían bien la manera como iba a acabar todo aquello. Pero ¿cómo mantener a ambos rivales en una pendiente tan resbaladiza? Imposible conversar tranquilamente con ellos. Parecían haber olvidado el proyectado matrimonio y no pensaban más que en su rivalidad, tan deplorablemente alimentada por los periódicos de la ciudad.

Los artículos de esos periódicos, bastante tranquilos de ordinario, llegaron a manifestarse furiosos, acometedores.

El *Punch*, por su parte, con sus epigramas y sus caricaturas, no cesaba de excitar a ambos enconados adversarios.

Había llegado el caso de temer que Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson quisiesen disputarse el bólido con las armas en la mano y arreglar la cuestión en un duelo a la americana.

Felizmente para la paz del mundo, al paso que ambos maniáticos perdían cada día un poco de su buen sentido, el público iba calmándose por grados. A todo el mundo acababa por imponerse la reflexión bien reucilla de que poco importaba que el bólido fuese de oro y que valiese millares de millones, desde el momento en que no era posible cogerlo.

Era efectivamente cierto que no era posible apoderarse de él. En cada una de sus revoluciones, el meteoro reaparecía con toda exactitud en el punto del cielo indicado por el cálculo. Su velocidad era, pues, uniforme, como desde el principio lo había hecho observar el *Whaston Standard*, y no había, por ende, razón ninguna para que sufriese nunca una disminución cualquiera. En consecuencia, el bólido gravitaría eternamente en el porvenir en torno de la Tierra como había gravitado probablemente desde toda la eternidad.

Estas consideraciones, reproducidas hasta la saciedad por todos los periódicos del Universo, contribuyeron poderosamente a calmar los espíritus. Cada día se fue pensando un poco menos en el bólido, y todos volvieron a sus ocupaciones habituales, no sin exhalar un suspiro de lástima por la imposibilidad de apoderarse del tesoro en el cual tanto se soñaba.

En su número del 9 de mayo hizo el *Punch* constar esa indiferencia, cada vez mayor, del público respecto de lo que pocos días antes tanto le apasionaba, y prosiguiendo la broma del proceso, que, al parecer, juzgaba excelente, expuso nuevas razones para caer sobre los dos inventores del meteoro, a quienes quería que se procesase, condenándoles a daños y perjuicios.

Los interesados ignoraron siempre que les hubiese nunca amenazado un proceso semejante, sin precedentes a buen seguro.

Mientras que los otros humanos volvían de nuevo su atención hacia las cosas de la Tierra, los señores Dean Forsyth y Sydney Hudelson continuaban sumiéndose en el azul y persistían en ojearle con sus obstinados telescopios.

CAPÍTULO X
EN EL QUE SE LE OCURREN HASTA DOS IDEAS A ZEPHYRIN XIRDAL

SE solía decir en el lenguaje familiar: «¿Quién? ¿Zephyrin Xirdal...? ¡Qué tipo!» Tanto en lo

físico como en lo moral era, en efecto, Zephyrin Xirdal un personaje muy singular.

Un cuerpo largo, desmadejado; camisa frecuentemente sin cuello, y siempre sin puños; pantalón en forma de tirabuzón; chaleco al que faltaban dos botones de cada tres; chaquetón inmenso, con los bolsillos llenos de objetos diversos; todo ello muy sucio y cogido al azar de un montón de trajes sueltos; tal era el aspecto general de Zephyrin Xirdal y tal su manera de comprender la elegancia. De sus espaldas, encorvadas como el techo de una cueva, pendían brazos kilométricos, terminados por enormes manos velludas —de una prodigiosa destreza, sin embargo—, a las que su propietario no ponía en contacto con el jabón más que a intervalos indeterminados.

Si la cabeza, como en todo el mundo, era el punto culminante de su persona, era porque no había podido ser de otro modo.

Pero este ser original se vengaba y resarcía ofreciendo a la admiración pública una cara cuya fealdad llegaba hasta la paradoja. Nada, empero, más sugestivo que aquellos rasgos contradictorios. Mentón grueso y cuadrado; boca grande, de labios gordos, bien amueblada con magníficos dientes; nariz ancha; orejas mal formadas, que parecían huir con horror el contacto del cráneo; todo ello sólo de un modo muy indirecto evocaba el recuerdo de Antínoo. Por el contrario, la frente, grandiosamente modelada, de una admirable nobleza de líneas, coronaba aquel semblante extraño, como un templo corona una colina, templo a la altura de los más sublimes pensamientos. Finalmente, para acabar, Zephyrin Xirdal, por debajo de esta amplia frente, abría a la luz del día dos grandes ojos saltones, que expresaban, según la hora y el minuto, la más maravillosa inteligencia o la más prodigiosa estupidez a veces en rápido contraste.

No se apartaba con menos violencia en lo moral de la vulgaridad de sus contemporáneos.

Refractario a toda enseñanza regular, había decretado desde su más tierna edad que se instruiría completamente solo, y sus padres se habían visto obligados a acatar su indomable voluntad; lo cual, al fin y al cabo, no les había resultado del todo mal. A una edad en que uno se arrastra todavía por los bancos de los liceos, Zephyrin Xirdal había concurrido —por divertirse, según él decía —a todas las grandes escuelas, una tras otra; y en esos concursos había obtenido invariablemente el primer puesto.

Esos éxitos, sin embargo, se olvidaban apenas conquistados. Las grandes escuelas habían debido ir borrando sucesivamente de las listas a aquel alumno, que se olvidaba de presentarse a las clases.

Muertos sus padres cuando tenía dieciocho años, quedando así dueño de sus acciones y rico, con unos quince mil francos de renta, Zephyrin Xirdal se apresuró a dar todas las firmas que le pidió su tutor y padrino, el banquero Robert Lecoeur, a quien llamaba «su tío» por una costumbre de la infancia. Libre después de toda clase de cuidados, se instaló en dos habitaciones minúsculas de un sexto piso de la calle Cassette, en París,

Allí permanecía aún a los treinta y un años.

Desde que había instalado allí sus penates, el local no se había agrandado y, no obstante, era prodigiosa la cantidad de cosas que había ido almacenando. Todo mezclado y confundido, distinguíanse máquinas y pilas eléctricas, dínamos, aparatos de óptica, retortas y otros cien aparatos diversos. Montañas de folletos, de libros, de papeles se elevaban desde el suelo hasta el techo, amontonándose a la vez sobre la mesa y sobre la única silla, cuyo respectivo nivel iban elevando simultáneamente, de tal suerte que nuestro erudito no se daba cuenta del cambio cuando sentado sobre la una escribía sobre la otra. Por lo demás, cuando se hallaba demasiado molesto por los papelotes, sin gran fatiga ponía remedio a ese inconveniente; de un revés lanzaba algunos libros al centro de la habitación; luego, tranquilo ya, se ponía a trabajar sobre una mesa perfectamente en orden, toda vez que no quedaba ya en ella nada

absolutamente y se hallaba dispuesta, por consiguiente, para ser objeto de nuevas invasiones.

¿Qué era, pues, lo que hacía Zephyrin Xirdal?

Por regla general, debe reconocerse así, se contentaba con seguir sus ensueños envuelto en el aromático humo de una pipa inextinguible. Pero muchas veces, con intervalos variables, acudía a él una idea. Entonces arreglaba él la mesa a su manera, es decir, desembarazándola de un puñetazo, y se instalaba en ella para no abandonarla hasta terminar el trabajo, durase lo que durase, cuarenta minutos o cuarenta horas. Luego, una vez puesto el punto final, dejaba el papel que contenía el resultado de sus investigaciones sobre la mesa, en la cual ese papel constituía una parte de otra futura pila, que sería destruida como la precedente, cuando llegase la nueva crisis de trabajo.

En el transcurso de esas crisis sucesivas e irregularmente espaciadas, había tocado él un poco de todas las cosas. Matemáticas trascendentales, física, química, fisiología, filosofía, ciencias puras y aplicadas, habían solicitado a su turno su atención. Cualquiera que hubiese sido el problema, habíale abordado siempre con la misma violencia y el mismo frenesí, y sólo lo había abandonado cuando lo había resuelto, a menos que... A menos que otra idea no le atrajese con igual fuerza.

¡Cuántas observaciones ingeniosas o profundas, cuántas notas definitivas sobre las dificultades más arduas de las ciencias exactas o las experimentales, cuántas invenciones prácticas dormían en el montón de papelotes que Zephyrin Xirdal revolvía con un pie, desdeñosamente! Jamás había pensado en sacar partido de aquel tesoro, si no era cuando alguno de sus raros amigos se lamentaba ante él de la inutilidad de una investigación en un sentido cualquiera.

—Esperad —decía entonces Xirdal—; Yo debo de tener algo de eso por aquí encima.

Al mismo tiempo alargaba la mano, y del primer golpe, con un maravilloso acierto, cogía de entre todos aquellos papelotes aquel de sus estudios relativo a la cuestión que se trataba y lo entregaba a su amigo, con el permiso de usar de él a su antojo. Ni una sola vez se le ocurrió la idea de que al obrar así obraba contra sus intereses.

¿Hacer dinero...? ¿Para qué? Cuando necesitaba dinero se iba a casa de su padrino, Monsieur Robert Lecoeur, el cual, si bien había dejado de ser su tutor, continuaba siendo su banquero. Desde que vivía en la calle de Cassette había procedido así. Tener deseos sin cesar renacientes y ser capaz de realizarlos es evidentemente una de las formas de la felicidad, pero no es la única; sin la sombra del más mínimo deseo, Zephyrin Xirdal era completamente feliz.

Aquella mañana del 1.° de mayo, este hombre feliz, sentado con comodidad sobre su única silla, descansando los pies, algunos centímetros más altos que la cabeza sobre el alféizar de la ventana, fumaba una pipa particularmente agradable, distrayéndose en descifrar charadas impresas en un papel en forma de bolsa que le había entregado el tendero envolviendo alguna sustancia alimenticia. Terminada esta operación, y una vez arrojado el papel al montón, tendió indolentemente su mano izquierda del lado de la mesa con el objeto de coger alguna cosa, fuera la que fuese.

Lo que esa mano izquierda halló fue un montón de periódicos. Zephyrin Xirdal cogió al azar uno de esos periódicos, que resultó ser un número del Journal de hacía ocho días. Esa antigüedad no era para espantar a un lector que vivía fuera del espacio y del tiempo.

Dirigió las miradas sobre la primera página; pero, naturalmente, no la leyó; de igual manera recorrió la segunda y todas las demás, hasta llegar a la última, en la que se detuvo interesándose mucho en los anuncios; después, creyendo pasar a la página siguiente, volvió inocentemente a la primera.

Sin darse cuenta, sus miradas cayeron sobre el epígrafe del artículo de redacción, y un destello de inteligencia brilló en sus pupilas, que hasta ese momento sólo habían expresado la

más perfecta imbecilidad.

El destello se acentuó hasta convertirse en llamarada a medida que proseguía y se terminaba la lectura.

—¡Toma...! ¡Toma...! ¡Toma! —murmuró en tres tonos diferentes Zephyrin Xirdal, que se creyó en el deber de proceder a una segunda lectura.

Tenía la costumbre de hablar en voz alta, y hasta de hablar en plural en la soledad de su gabinete; pero esta vez se limitó a su triple exclamación. Poderosamente interesado por la prosa del Journal, continuó en silencio su lectura.

¿Qué era, pues, lo que leía con tanto y tan evidente apasionamiento ?

El último ser de todo el mundo descubría sencillamente entonces el bólido de Whaston y aprendía al propio tiempo su insólita composición, habiendo dado la casualidad de que sus miradas cayeran sobre un artículo que hablaba de aquella fabulosa bola de oro.

—¡Vaya una cosa extraña! —declaró para sí mismo, una vez terminada su segunda lectura.

Permaneció algunos instantes soñando; luego sus pies abandonaron el alféizar de la ventana y se acercó a la mesa. La crisis de trabajo era inminente.

Sin vacilar encontró en medio de todas las demás la revista científica que deseaba, y la abrió en la página que era preciso.

Una revista científica tiene el derecho de ser más técnica que un gran diario; y así, en aquélla aparecían todos los elementos del bólido; trayectoria, velocidad, volumen, masa, naturaleza; con todos los pormenores y el tecnicismo científico correspondiente.

Zephyrin Xirdal se asimiló sin esfuerzo aquel alimento intelectual de naturaleza, sin embargo, bastante indigesta, tras lo cual lanzó una mirada sobre el cielo, comprobando que ninguna nube manchaba su azul.

—Vamos, pues, nosotros a verlo... —murmuró, sin dejar de efectuar con una mano impaciente rápidos cálculos.

Hecho esto, introdujo su brazo bajo un montón de papeles acumulados en uno de los rincones, y con un movimiento al que sólo una larga práctica podía dar tan gran precisión, envió el montón a otro rincón.

—¡Es admirable el orden que tengo! —dijo con evidente satisfacción al ver que, conforme a sus previsiones, quedaba al descubierto un anteojo astronómico, tan cubierto de polvo como una botella centenaria.

Conducir el anteojo ante la ventana, dirigirle hacia el punto del cielo que acababa de determinar por el cálculo, aplicar su ojo al ocular, todo eso no necesitó sino un instante.

—Perfectamente exacto —dijo, tras algunos minutos de observación.

Algunos otros instantes de reflexión, y luego cogió deliberadamente su sombrero y comenzó a bajar sus seis pisos en dirección a la calle de Drouot, a la casa de banca Lecoeur, de la que esa calle se enorgullecía con justicia.

Zephyrin Xirdal sólo conocía una manera de hacer sus trayectos; jamás ómnibus, tranvías ni coches; cualesquiera que fuesen las circunstancias que tenía que recorrer, recorríalas invariablemente a pié.

Pero hasta en este ejercicio, el más natural y el más práctico de todos los deportes, no era posible que dejase de mostrarse original. Con los ojos bajos, balanceando sus anchas espaldas de derecha a izquierda, marchaba a través de la ciudad lo mismo que si hubiese estado en un desierto; con igual seguridad avanzaba, sin fijarse en vehículos ni peatones. Así, ¡cuántas exclamaciones de «bruto», «mal educado», «grosero», proferidas por los paseantes atropellados! ¡Qué de injurias más enérgicas, vociferadas por los cocheros obligados a detener sus carruajes para no atropellarle!

De nada de eso se cuidaba Zephyrin Xirdal. Sin darse cuenta del concierto de maldiciones

que se alzaba tras él, como la estela que forma detrás de un buque en marcha, proseguía imperturbable su camino a grandes pasos, iguales y firmes.

Veinte minutos le bastaron para llegar a la calle Drouot, a la banca Lecoeur.

—¿Está mi tío? —preguntó al ordenanza, que se había levantado al acercarse él.

—Sí, señor Xirdal.

—¿Sólo?

—Sí, señor.

Zephyrin Xirdal empujó la puerta y penetró en el despacho del banquero.

—¡Toma! ¿Eres tú? —preguntó maquinalmente Monsieur Lecoeur al ver aparecer a su sobrino.

—Toda vez que estoy aquí en carne y hueso —respondió Zephyrin Xirdal— me atrevo a afirmar que la pregunta es ociosa y que la respuesta sería superfetatoria.

Monsieur Lecoeur, habituado a las singularidades de su ahijado, a quien consideraba, con razón, como un desequilibrado, aunque en ciertos aspectos genial, echóse a reír de muy buena gana.

—¡Efectivamente! —reconoció—. Pero el haber respondido sí habría sido más breve. Y el objeto de tu visita, ¿tengo derecho de preguntarlo? —Sí, porque...

—¡Inútil! —interrumpió Monsieur Lecoeur—. Mi segunda pregunta es tan superflua como la primera, habiéndome enseñado la experiencia que te veo únicamente cuando tienes necesidad de dinero.

—¡Eh! —objetó Zephyrin Xirdal—. ¿No es usted mi banquero?

—Cierto —concedió Monsieur Lecoeur—; pero tú eres un cliente bien singular. ¿Me permitirás a este propósito que te dé un consejo?

—¡Si eso le resulta agradable...! —Ese consejo es que seas un poco menos económico. ¡Qué diablo!, mi querido amigo, ¿qué haces tú de tu juventud? ¿Tienes idea siquiera del estado de tu cuenta en mi casa? —Ni la más mínima.

—Tu cuenta... es monstruosa sencillamente. Pero, hombre, te dejan tus padres más de quince mil francos de renta, ¡y no llegas a gastar ni cuatro mil!

—¿Sí? —dijo Xirdal, muy sorprendido, al parecer, con la noticia que oía por la vigésima vez.

—Así es; de tal modo que tus intereses van acumulándose; no conozco exactamente tu crédito actual, pero con toda seguridad pasa de cien mil francos. ¿En qué vamos a emplear ese dinero?

—Estudiaré la cuestión —afirmó Zephyrin Xirdal muy seriamente—. Por lo demás, si no sabe usted qué hacer de ese dinero, no tiene que hacer sino desembarazarse de él.

—¿Cómo?

—Dándolo; es muy sencillo.

—¿A quién?

—A cualquiera; ¿qué me importa a mí y qué quiere usted que yo haga?

Monsieur Lecoeur alzó los hombros.

—En fin, ¿qué necesitas hoy? —preguntó—. ¿Doscientos francos, como de costumbre?

—Diez mil francos —respondió Zephyrin Xirdal.

—¿Diez mil francos? —repuso Monsieur Lecoeur, sorprendido—. ¡He ahí una cosa bien rara, hombre! ¿Qué es, pues, lo que quieres hacer tú con diez mil francos? —Un viaje.

—Excelente idea. ¿A qué país?

—No sé nada —declaró Zephyrin Xirdel. Monsieur Lecoeur, muy divertido, miró burlonamente a su ahijado y cliente.

—Es ése —dijo muy serio— un hermoso país. He ahí tus diez mil francos. ¿Es eso todo lo que deseas? —No; necesitaría también un terreno. —¿Un terreno? —repuso el banquero, que

iba, como suele decirse, de sorpresa en sorpresa.
—Un terreno como todos los terrenos; dos o tres kilómetros cuadrados, por ejemplo.
—Un pequeño terreno —afirmó fríamente Monsieur Lecoeur, que preguntó en tono de broma —; Boulevard des Italiens?
—No —respondió Zephyrin Xirdal—. No en Francia.
—¿Dónde, entonces? Habla.
—No sé nada —dijo por segunda vez Zephyrin Xirdal, sin conmoverse lo más mínimo.
Monsieur Lecoeur retenía a duras penas la risa.
—Así al menos hay donde elegir —dijo—. Pero, dime, mi querido Zephyrin, ¿no estarás tú un poco... chiflado, por casualidad? ¿A qué demonios viene todo eso?
—Tengo un negocio en perspectiva —declaró Zephyrin Xirdal, mientras su frente se plegaba bajo el esfuerzo de la reflexión.
—¡Un negocio! —exclamó su tío en el colmo de la extrañeza.
Que aquel loco soñase en negocios era, en efecto, cosa de confundir a cualquiera. —Sí — afirmó Zephyrin Xirdal. —¿Importante?
—¡Bah...! De cinco a seis mil millares de millones de francos.
Esta vez no pudo Monsieur Lecoeur dejar de mirar con inquietud a su ahijado; si no bromeaba, era que estaba loco de veras.
—¿Has dicho...? —preguntó.
—De cinco a seis mil millares de millones de francos —repitió Zephyrin Xirdal, muy tranquilamente.
—¿Estás en tu juicio, Zephyrin? —insistió Monsieur Lecoeur—. ¿Sabes tú que no hay sobre la tierra bastante oro para hacer la centésima parte de esa suma fabulosa?
—Sobre la tierra es posible —dijo Xirdal—; pero en otra parte ya es cosa distinta. —¿En otra parte?
—Sí; a cuatrocientos kilómetros de aquí, según la vertical.
Un rayo de luz atravesó el espíritu del banquero. Informado, como todo el mundo, por los periódicos, que durante tan largo tiempo habían tratado el mismo asunto, creyó haber comprendido. Había comprendido, en efecto.
—¿El bólido? —balbució, palideciendo levemente.
—El bólido —repuso Xirdal tranquilamente.
Si otro que su ahijado se hubiese expresado en aquellos términos, era indudable que Monsieur Lecoeur le habría hecho poner inmediatamente a la puerta; los instantes de un banquero son demasiado preciosos para que le sea permitido gastarlos inútilmente en escuchar locuras. Pero Zephyrin Xirdal no era como todo el mundo. Harto cierto era que la cabeza de éste no se hallaba muy bien equilibrada y que le faltaba algún tornillo, mas no por eso dejaba de contener un cerebro de genio para el que nada era imposible *a priori*.
—¿Quieres tú explotar el bólido? —preguntó Monsieur Lecoeur, mirando a su ahijado cara a cara con profunda curiosidad.
—¿Por qué no? ¿Qué hay de extraordinario en ello?
—Pero ese bólido se halla a cuatrocientos kilómetros del suelo, según acabas de decir tú mismo. Supongo que no tendrás la pretensión de elevarte hasta allá...
—¿Para qué, si puedo hacerle caer?
—¿El medio?
—Yo lo tengo; eso basta.
—¡Lo tienes...! ¡Lo tienes...! ¿Cómo podrás tú obrar sobre un cuerpo tan distante? ¿Dónde tomarás tu punto de apoyo? ¿Qué fuerza pondrás en juego?
—Sería muy largo el explicarle a usted esto —respondió Zephyrin Xirdal—, y, por lo demás,

bien inútil; no comprendería usted una palabra.

—Muy bondadoso —dijo sin enfadarse y dando las gracias Monsieur Lecorue.

A su instancia, consintió, no obstante, su ahijado en dar algunas sucintas explicaciones; explicaciones que el narrador de esta singular historia va a resumir, sin declararse en pro ni en contra de ellas.

Para Zephyrin Xirdal, la materia no es más que una apariencia, y pretende demostrarlo fundándose en ia imposibilidad de conocer su constitución íntima. Puede descomponérsela en partículas, moléculas, y átomos, pero siempre quedará algo, una última fracción respecto de la cual se planteará íntegramente el problema; y o habría que proceder hasta el infinito, o tendría que llegarse a un principio primero que no fuera materia; este primer principio inmaterial es la energía.

¿Qué es la energía? Zephyrin Xirdal confiesa que no sabe nada acerca de eso. No hallándose el hombre en relación con el mundo exterior más que por medio de los sentidos, y siendo los sentidos del hombre sensibles exclusivamente a las excitaciones de orden material, todo lo que no es materia permanece ignorado de él. Si por un esfuerzo de la razón pura puede admitir la existencia de un mundo inmaterial, es imposible que conciba su naturaleza o que se la imagine al menos.

La energía, según Zephyrin Xirdal, llena el Universo y oscila eternamente entre dos límites: el equilibrio absoluto, que solamente podría obtenerse con la repartición uniforme en el espacio, y la concentración absoluta en un solo punto, que se vería en ese caso rodeado de un vacío perfecto.

En oposición con el axioma clásico «nada se crea y nada se pierde», proclama Xirdal que todo se crea y todo se pierde. La sustancia, eternamente destruida, se recompone eternamente; cada uno de sus cambios de estado va acompañado de una irradiación de energía y de una destrucción de sustancia correspondiente.

Esta destrucción existe, aun cuando no pueda ser comprobada. El sonido, el calor, la electricidad, la luz, son una prueba indirecta de ello. Esos fenómenos son materia irradiada, y por medio de ellos se manifiesta la energía liberada, aun cuando bajo una forma grosera aún y semimaterial. La energía pura, sublimada en cierta suerte, sólo puede existir más allá de los confines de los mundos materiales. La manifestación de esa energía y de su tendencia a una condensación siempre mayor es la atracción.

Tal es la teoría que Zephyrin Xirdal exponía.

—Sentado esto —concluyó diciendo Xirdal, como si acabase de emitir las proposiciones más sencillas—, basta con que yo liberte una pequeña cantidad de energía y la dirija sobre tal o cual punto del espacio que me convenga, para que sea dueño de ejercer una influencia sobre un cuerpo próximo, sobre todo si ese cuerpo es de poca importancia, que también él tenga una cantidad considerable de energía. ¡Esto es elemental!

—Y ¿tienes tú el medio de liberar esa energía? —preguntó Monsieur Lecoeur.

—Tengo, lo cual viene a ser lo mismo, el medio de abrirle un paso, quitando ante él todo lo que es sustancia y materia.

—¡En ese caso —exclamó Monsieur Lecoeur— podrías trastornar tú toda la mecánica celeste!

No pareció Zephyrin Xirdal turbado ante la enormidad de semejante hipótesis.

—Actualmente —reconoció con una modesta sencillez—, la máquina que yo he construido no puede darme más que resultados mucho más débiles. Es, no obstante, suficiente para dar movimiento e impulso a un bólido de algunos millares de toneladas.

—¡Amén! —terminó diciendo Monsieur Lecoeur, que conmenzaba a sentirse conmovido—. ¿Pero, ¿dónde piensas hacer caer a tu bólido?

—En mi terreno.
—¿Qué terreno?
—El que habrá de comprarme usted cuando yo haya hecho los cálculos necesarios. Ya le escribiré acerca de este particular. Por supuesto, elegiré, en lo que posible sea, una región casi desierta en que esté barato el suelo; y puede ocurrir que haya dificultades para el acta de venta; no soy completamente libre en la elección, y puede suceder que el país no sea de muy cómodo acceso.
—Eso es asunto mío —dijo el banquero—. Yo respondo de todo a este respecto.
Con esta seguridad y con los diez mil francos puestos en un paquete en su bolsillo, volvióse a grandes pasos a su casa Zephyrin Xirdal, y una vez encerrado en ella, sentóse a su mesa, previamente desembarazada, de un revés, como siempre.
La crisis de trabajo se hallaba indudablemente en su período decisivo.
Toda la noche se la pasó encarnizado en sus cálculos, pero al llegar la mañana estaba descubierta la solución. Había determinado la fuerza que era necesario aplicar al bólido, las horas en las que debía aplicarse esta fuerza, las direcciones que convenía darle, el lugar y la fecha de la caída del meteoro.
Tomó en seguida la pluma, escribió a Monsieur Lecoeur la carta prometida, bajó a depositarla en el buzón y volvió a encerrarse en su habitación.
Cerrada la puerta, aproximóse a uno de los rincones, al mismo donde había arrojado la víspera con tan admirable precisión el montón de papeles que cubría el anteojo. Tratábase a la sazón de llevar a cabo la operación inversa. Metió el brazo en el montón de papelotes y los envió, al sitio de donde habían llegado.
Tuvo esto como resultado el hacer aparecer a la luz del día una caja negruzca, que Xirdal levantó sin esfuerzo, transportándola al centro de la habitación, frente a la ventana.
Nada de particular había en el aspecto de aquella caja, un sencillo cubo de madera pintado de color oscuro. En el interior sólo había carretes intercalados entre una serie de ampollas de vidrio, cuyas agudas extremidades estaban unidas de dos en dos por hilos de cobre. Sobre la caja, al aire libre, se descubría un reflector metálico con una última ampolla doblemente fusiforme, que ningún conductor material unía a las demás.
Con ayuda de instrumentos de precisión, orientó Zephyrin Xirdal el reflector metálico en el sentido riguroso que le indicaban sus cálculos de la noche anterior; luego, habiendo comprobado que todo se hallaba en orden, colocó en la parte interior de la caja un tubito que brillaba con vivos destellos. A medida que iba realizando esas operaciones, hablaba, según su costumbre, como si hubiera querido hacer admirar su elocuencia a un imponente auditorio.
—Esto, señores —decía—, es el Xirdaliwn, cuerpo cien mil veces más radiactivo que el radio. Advertiré, dicho sea entre nosotros, que si yo uso este cuerpo es un poco para la galería. No es que perjudique, pero la tierra irradia bastante energía para que resulte superfluo añadirle nada. Es un grano de sal en el mar. Sin embargo, un poco de mise en scéne no sienta mal, a mi juicio, en una experiencia de esta naturaleza.
Mientras hablaba, había cerrado la caja, unida por medio de dos cables con los elementos de una pila colocada sobre un estante.
—Las corrientes neutras helicoidales —continuó—, por ser neutras, tienen naturalmente la propiedad de rechazar todos los cuerpos sin excepción, hállense esos cuerpos más o menos electrizados. Por otra parte, siendo helicoidades, adoptan una forma helicoidal; hasta un niño comprendería esto...
Cerrado el circuito, dejóse oír un suave rumor en la caja, y una luz azulada brotó de la ampolla exterior. Casi en seguida tomó esta ampolla un movimiento de rotación, que, lento al principio, fue acelerándose de segundo en segundo hasta llegar pronto a ser absolutamente

vertiginoso.

Zephyrin Xirdal contempló durante algunos momentos aquella ampolla y después, su mirada, siguiendo una dirección paralela al eje del reflector metálico, se perdió en el espacio.

A primera vista no parecía que la acción de la máquina se revelase por ningún signo material; pero observando atentamente, habría podido notarse un fenómeno bastante singular. Las tenues partículas de polvillo en suspensión en la atmósfera se habían puesto en contacto con los bordes del reflector metálico, y giraban con violencia, formando un cono truncado, cuya base se apoyaba sobre la circunferencia del reflector, y a los dos o tres metros de la máquina este cono se convertía en un cilindro de algunos centímetros de diámetro, y ese cilindro de polvo persistía en el exterior, al aire libre, a pesar de una brisa bastante viva, hasta el momento en que desaparecía en las lejanías.

—Tengo el honor, señores, de anunciaros que todo marcha perfectamente —formuló Zephyrin Xirdal, sentándose sobre su única silla y encendiendo una gran pipa.

Media hora más tarde detenía el funcionamiento de la máquina, que volvió a poner en marcha muchas veces en aquel día y en los siguientes, teniendo cuidado de dirigir el reflector en cada una de las experiencias hacia un punto diferente del espacio. Durante diecinueve días procedió de esta suerte con absoluta precisión.

Acababa el día vigésimo de poner su máquina en acción y de encender su fiel pipa, cuando el demonio de las invenciones se apoderó una vez más de su cerebro. Una de las consecuencias de esa teoría de la destrucción perpetua de la materia, que sucintamente había expuesto a Monsieur Robert Lecoeur, se impuso a su espíritu De repente, como le acontecía de ordinario, acababa de concebir el principio de una pila eléctrica capaz de regenerarse a sí misma por virtud de reacciones sucesivas, la última de las cuales reduciría los cuerpos descompuestos a su estado primitivo. Semejante pila funcionaría evidentemente hasta la desaparición total de las sustancias empleadas, y hasta su transformación íntegra en energía. Era prácticamente el movimiento continuo.

—¡Canario...! ¡Pero...! ¡Canario! —balbució Zephyrin Xirdal, presa de gran emoción.

Reflexionó, como él sabía reflexionar, es decir, proyectando sobre un solo punto toda la fuerza vital de su organismo.

—Basta de objeciones —dijo al fin, traduciendo en voz alta el resultado de su esfuerzo interior—. Preciso es ensayar al instante.

Zephyrin Xirdal cogió su sombrero, bajó sus seis pisos y se precipitó en casa de un carpintero, a quien explicó de un modo claro y terminante lo que deseaba.

Dada la explicación con orden de que lo ejecutaran sobre la marcha, fuese a casa de un fabricante de productos químicos, donde era muy conocido; eligió allí veintisiete botecillos, que el empleado envolvió en un paperfuerte, atando el todo con una cuerda resistente.

Terminado el embalaje, disponíase Zephyrin Xirdal a penetrar en su casa, con el paquete en la mano, cuando a la puerta misma de la tienda hallóse frente a frente con uno de sus raros amigos, bacteriólogo de positivo mérito. Xirdal, abstraído en sus sueños, no vio al bacteriólogo, pero éste vio a Xirdal.

—¡Hola, Xirdal! —exclamó, entreabiertos los labios, con una alegre sonrisa—. ¡Vaya un encuentro!

A esta voz bien conocida, el interpelado consintió en abrir los ojos sobre el mundo exterior.

—¡Hola! —repitió como un eco—. ¡Marcel Leroux!

—El mismo, amigo Xirdal.

—¿Y qué tal...? Contentísimo de verle, ya lo sabe.

—Pues estoy como un hombre que se halla a punto de tomar el tren. Tal y como usted me ve, con este saquito en bandolera, en el cual llevo tres pañuelos y varios otros artículos por el

estilo, corro a la playa a darme un hartazgo de aires puros por ocho días. —¡Muy bien hecho! —exclamó Zephyrin Xirdal.

—De usted depende hacer lo mismo. —Tiene usted razón.

—A menos que no se halle en este momento retenido en París.

—En manera alguna.

—¿No tiene usted nada que hacer? ¿No hay ninguna experiencia pendiente...?

Xirdal buscó con la mejor buena fe en sus recuerdos.

—Nada absolutamente —contestó.

—En ese caso, véngase usted; no le vendrá mal ocho días de vacaciones; ¡qué bien lo pasaríamos!

—Sin contar —interrumpió Xirdal— que podría aprovecharme de ello para dilucidar un punto que me preocupa, a propósito de las mareas. Hállase esto ligado con problemas generales que tengo en estudio. En ello precisamente estaba yo pensando en el momento de encontrarnos —afirmó con la mayor sinceridad. —¿Viene usted entonces? —Sí.

—En marcha, pues... Pero ahora pienso que tendríamos que pasarnos antes por su casa..., y no sé si la hora del tren...

—Es inútil; yo tengo aquí todo lo que me hace falta.

Y el distraído mostraba con la mirada el paquete de los veintisiete botecillos.

—¡Perfectamente! —dijo alegremente Marcel Leroux.

Ambos amigos se pusieron en marcha a grandes pasos, en dirección de la estación del ferrocarril.

—Usted comprende, mi querido Leroux; yo supongo que la tensión superficial...

Unas personas que se cruzaron con ellos obligaron a ambos amigos a separarse uno de otro, y el resto de la frase de Xirdal se perdió en el barullo de los carruajes.

Importábale esto muy poco a Zephynn Xirdal, que prosiguió imperturbable su explicación, dirigiéndose sucesivamente a una serie de transeúntes, quienes le miraban con gran sorpresa. No se daba de ello cuenta el orador, y persistía en discurrir con elocuencia, sin dejar de hender las olas humanas del océano parisiense.

Y durante este tiempo, mientras que Xirdal, abstraído en su nueva chifladura, se alejaba a grandes pasos hacia el tren, que le llevaría lejos de la ciudad, en la calle Cassette, en una habitación de sexto piso, una caja negruzca, de aspecto inofensivo, continuaba moviéndose discretamente; un reflector metálico continuaba proyectando su luz azulada, y el cilindro de polvillo continuaba arrollándose, tan rígido y tan frágil, en el espacio desconocido.

Abandonada a sí misma la máquina, que Zephiryn Xirdal había olvidado detener, ignorando a la sazón hasta su existencia, proseguía ciegamente su oscuro y misterioso trabajo.

CAPÍTULO XI
EN EL QUE MR. DEAN FORSYTH Y EL DOCTOR HUDELSON EXPERIMENTAN UNA VIOLENTA EMOCIÓN

YA estaba perfectamente conocido el bólido. Con el pensamiento cuando menos, se le había dado la vuelta. Habíase determinado su órbita, su velocidad, su volumen, su masa, su naturaleza, su valor. Ya ni siquiera causaba inquietud, puesto que, siguiendo su trayectoria con un movimiento uniforme, no se hallaba destinado a tocar nunca sobre la tierra. Nada más natural por consiguiente, que la atención pública dejase de fijarse en aquel meteoro inaccesible, que había perdido todo su misterio.

Sin duda que, en los observatorios, algunos astrónomos lanzaban todavía, de tiempo en tiempo, una mirada rápida sobre la esfera de oro que gravitaba por encima de sus cabezas,

pero se apartaban de él en seguida, para fijarse en otros problemas del espacio.

La Tierra poseía un segundo satélite; he ahí todo. Pero que ese satélite fuese de hierro o de oro, ¿qué podía eso importar a los sabios, para quienes el mundo apenas es otra cosa que una abstracción matemática?

El tiempo, que se mantenía espléndido, favorecía de un modo deplorable su manía, permitiéndoles percibir el astro errante una docena de veces cada veinticuatro horas. Que debiese o no caer sobre la Tierra, las insólitas particularidades del meteoro, que le hacían único y para siempre célebre, aumentaban más todavía su enfermizo deseo de ser declarados cada uno de ellos el único descubridor.

En semejantes condiciones, locura era intentar una reconciliación de ambos rivales, entre los cuales, por el contrario, se alzaba cada día una nueva barrera de odio. Ni Mrs. Hudelson ni Francis Gordon se hacían ilusiones sobre el particular.

Estaba, no obstante, escrito que aquella situación, ya grave, se complicaría más aún.

La tarde del 11 de mayo, Mr. Dean Forsyth, que, como de costumbre, miraba por el telescopio, se apartó bruscamente del instrumento, lanzando una exclamación ahogada, y tomó unas cuantas notas sobre un papel, volviendo luego al aparato y a tomar nuevas notas, continuando en este manejo hasta la desaparición del bólido del horizonte.

En tal momento, tan pálido estaba Mr. Dean Forsyth y con tantos esfuerzos respiraba, que «Omicron», creyendo a su amo enfermo, se precipitó en su socorro. Pero éste le apartó con un gesto y, con el paso incierto de un borracho, refugióse en su gabinete de trabajo, en donde se encerró bajo doble vuelta de llave.

Desde entonces no se había vuelto a ver a Mr. Dean Forsyth; durante más de treinta horas había permanecido sin comer ni beber. Una sola vez había logrado Francis forzar la puerta, permaneciendo en su umbral al observar el deplorable estado en que se encontraba su tío.

—¿Qué me quieres? —había dicho Mr. Dean Forsyth.

—Pero, tío —había dicho Francis— hace ya veinticuatro horas que está usted encerrado... ¡Permítanos, cuando menos, que le traigamos de comer!

—No necesito nada —había respondido Mr. Dean Forsyth—, si no es silencio y tranquilidad, y te suplico, como un verdadero favor, que no turbes mi soledad.

Ante semejante respuesta, formulada con invencible firmeza, y al propio tiempo con una suavidad a la que no estaba acostumbrado Francis, no había tenido este último valor para resistir. Habría sido, por lo demás, bastante difícil lo contrario, ya que con aquellas últimas palabras el astrónomo había vuelto a encerrarse y Francis se había retirado sin saber nada.

En la mañana del 13 de mayo, antevíspera del matrimonio, exponía Francis por la vigésima vez esta nueva causa de cuidados a Mrs. Hudelson, que le escuchaba suspirando.

—No puedo comprender nada de lo que pasa —dijo al fin—. Es de creer que Mr. Forsyth y mi marido se han vuelto locos.

—¡Cómo! —exclamó Francis—. ¿Su marido...? ¿Habíale ocurrido también algo al doctor?

—Sí —dijo Mrs. Hudelson—. Aun cuando se hubieran puesto de acuerdo, no obrarían de otro modo. Para mi marido la crisis ha comenzado más tarde; he ahí todo; sólo desde ayer mañana está encerrado en su despacho. Desde ese momento nadie le ha visto, y puede usted imaginarse nuestras inquietudes.

—Es para volverse loco —exclamó Francis.

—Lo que me dice de Mr. Forsyth —repuso Mrs. Hudelson—, me hace creer que ambos habrán hecho a la vez alguna observación a propósito de su maldito bólido.

—¡Ah, si en mi mano estuviera! —intervino Loo. —¿Qué haría mi querida hermanita? —preguntó Francis Gordon.

—¿Que qué haría...? Pues muy sencillo: enviaría a esa estúpida bola de oro a pasearse tan

lejos que ni los mejores anteojos pudieran descubrirla.

Tal vez, en efecto, la desaparición del bólido habría vuelto la calma a Mr. Forsyth y al doctor Hudelson. ¿Quién sabe si, ausente el bólido para no volver, no se curarían de repente sus absurdos celos?

Pero no parecía que debiera producirse esta eventualidad. El bólido estaría allí el día del matrimonio, lo estaría después y lo estará siempre, hasta la consumación de los siglos, puesto que gravitaba con una regularidad constante sobre su imperturbable órbita.

—En fin —dijo Francis—, ya veremos. Antes de cuarenta y ocho horas habrá que tomar un partido definitivo, y entonces sabremos a qué atenernos.

Al volver a la casa de Elisabeth Street pudo creer, por lo demás, que el nuevo incidente no tendría nuevas consecuencias funestas. Mr. Dean Forsyth había, en efecto, salido de su aislamiento y devorado silenciosamente una copiosa comida y a la sazón dormía a pierna suelta, mientras que «Omicron» desempeñaba en la ciudad una comisión de su amo.

—¿Viste tú a mi tío antes de acostarse? —preguntó Francis a Mitz.

—Como te estoy viendo a ti —respondió ésta—, toda vez que fui yo quien le sirvió la comida.

—¿Tenía hambre?

—Un hambre canina. Nada absolutamente dejó del almuerzo.

—¿Y cómo estaba?

—No del todo mal, salvo que estaba pálido como un espectro y con los ojos enrojecidos. Yo le aconsejé que se los lavase con agua borricada. Pero creo que ni me oyó siquiera.

—¿No dijo nada para mí?

—Ni para ti ni para nadie. Comió sin despegar los labios y marchó a acostarse después de enviar al ami Krone al *Whaston Standard*.

—¡Al *Whaston Standard*! —exclamó Francis—. Apostaría que es para comunicarle el resultado de su trabajo. ¡Otra vez van a comenzar las polémicas de prensa...! ¡No nos faltaba más que eso!

Con desolación leyó Francis al día siguiente la comunicación al periódico, comprendiendo que un nuevo alimento se daba con ella a la funesta rivalidad tan perjudicial para los intereses de su corazón. Y esa desolación aumentó, cuando vio que ambos rivales habían coincidido una vez más en sus juicios, pues mientras el Standard publicaba la nota de Mr. Dean Forsyth, el Whaston Morning publicaba una nota semejante del doctor Hudelson. Seguía, pues, aquella lucha encarnizada, en la que ninguno de los combatientes había conseguido la menor ventaja.

Al mismo tiempo que Francis, todo Whaston, y al mismo tiempo que Whaston, todo el mundo, conocieron la sorprendente nueva dada al público por los astrónomos de Elisabeth Street y de Moriss Street, que fue asunto de los más apasionados comentarios en ambos hemisferios.

Mr. Dean Forsyth y el doctor Sydney Hudelson comenzaban por exponer que sus continuas observaciones les habían permitido notar una incontestable perturbación en la marcha del bólido. Su órbita, hasta entonces exactamente Norte-Sur, había ahora derivado ligeramente hacia Nordeste-Sudoeste. Por otra parte una modificación mucho más importante había sido comprobada en lo relativo a su distancia de la Tierra, distancia que, ligera, pero incontestablemente, se había reducido, sin que se aumentase la velocidad de traslación. De esas observaciones, y de los cálculos que habían sido su consecuencia, inferían ambos astrónomos que el meteoro, en lugar de seguir una órbita eterna, caería forzosamente sobre la Tierra, en un punto y una fecha, que al presente era ya posible precisar.

Si hasta aquí se hallaban de acuerdo Mr. Forsyth y el doctor Hudelson, dejaban de estarlo en lo demás. Mientras que las sabias ecuaciones del uno le llevaban a predecir que el bólido

caería el 28 de junio en la extremidad Sur del Japón, las ecuaciones igualmente sabias del otro le obligaban a afirmar que esta caída se produciría el 7 de julio en un punto de la Patagonia.

¡He ahí la manera que tienen de entenderse los astrónomos! ¡Qué el público eligiera lo que tuviese por conveniente!

Por el momento el público no pensaba en elegir. Un solo hecho le interesaba, y era que el asteroide caería y con él millones que paseaban en el espacio; esto era lo esencial.

Las consecuencias de semejante acontecimiento eran el tema de todas las conversaciones.

En lo que concierne a Francis, experimentó una verdadera desesperación. ¿Qué le importaban aquellos millones? El único bien que deseaba era a su amada Jenny.

Corrió a la casa de Moriss Street. También allí se conocía la funesta nueva y se comprendían sus lamentables consecuencias. La riña violenta y sin remedio era inevitable entre los dos insensatos que se atribuían derechos sobre un astro del cielo, ahora que al amor propio profesional se unía el interés material.

¡Cuántos suspiros exhaló Francis al estrechar las manos de Mrs. Hudelson y de sus amables hijas! ¡Qué estallidos de cólera se permitió la inquieta Loo! ¡Cuántas lágrimas vertió la encantadora Jenny, lágrimas que ni su madre, ni su hermana, ni su novio, pudieron secar, ni aun habiéndole este último jurado eterna fidelidad y esperar hasta que se gastase el último céntimo de aquellos millones por el propietario definitivo del fabuloso meteoro; juramento imprudente que, según todas las apariecias, le condenaba a un celibato eterno!

CAPÍTULO XII
EN EL CUAL SE VE A MRS. ARCADIA STANFORT ESPERAR, A SU VEZ, NO SIN UNA GRAN IMPACIENCIA; Y EN EL QUE MR. JOHN PROTH SE DECLARA INCOMPETENTE

EL juez John Proth, aquella mañana, estaba asomado a su ventana, mientras que su sirvienta Kate iba y venía por la habitación. Que el bólido pasase o no por encima de Whaston era cosa que le tenía completamente sin cuidado; sin género alguno de preocupaciones, recorría él con la mirada la plaza de la Constitución, sobre la que se abría la puerta de su pacífica morada.

Pero lo que Mr. Proth juzgaba sin interés, no dejaba de tener alguna importancia para Kate.

—Así, pues, señor, ¿sería de oro? —preguntó ella, deteniéndose ante su amo.

—Así parece —contesto el juez.

—No tiene trazas la cosa de producirle gran efecto.

—Exacto.

—Y, sin embargo, si es de oro debe valer muchos millones.

—Millones y millares de millones, Kate... Sí; son unos cuantos millares de millones los que se pasean por encima de nuestra cabeza.

—¡Y que van a caer, señor'

—Así ío dicen, Kate.

—No obstante...

—¿Se imagina usted siquiera, Kate, lo que es un millar de millones?

—Es... Es...

—Mil veces un millón.

—¡Tanto...!

—Sí, Kate, y aunque viviese cien años no tendría tiempo de contarlo, aun cuando emplease en ello diez horas diarias...

—¿Es posible, señor?

—Es cierto.

La sirvienta permaneció como espantada ante el pensamiento de que un siglo no bastaría para contar aquella cantidad. En seguida cogió de nuevo su escoba y su plumero y reanudó su tarea. Pero en cada instante se detenía como sumida en su reflexiones.

—¿Y cuánto tocaría de eso a cada uno?

—¿De qué Kate?

—Del bólido, señor, si se le distribuyese por igual entre todo el mundo.

—Hay que calcularlo, Kate.

El juez cogió un papel y un lápiz.

—Admitiendo —dijo— que la Tierra tenga mil quinientos millones de habitantes, tocaría..., tocaría tres mil ochocientos cincuenta y nueve francos y veinte céntimos por cabeza.

—¿Nada más? —preguntó Kate desilusionada.

—Nada más —afirmó John Proth, mientras Kate miraba el cielo con ojos soñadores.

Cuando descendió de nuevo a la Tierra, percibió a la entrada de Exeter Street un grupo de dos personas, sobre el que llamó la atención de su amo.

—Mire, señor, las dos señoras que esperan allí.

—Ya las veo, Kate.

—Observe a una de ellas, la mayor... Aquella que da señales de impaciencia.

—Se impacienta, en efecto... Pero yo no sé quién es esa señora.

—¡Cómo, señor! ¡Es aquella que vino a casarse ante usted hace dos meses, sin bajarse del caballo!

—¿Miss Arcadia Walker? —preguntó John Proth.

—Mrs. Stanfort, ahora.

—Ella es, en efecto.

—¿Qué viene a hacer aquí esa señora?

—Lo ignoro en absoluto —respondió Mr. Proth—, y añado que no daría un céntimo por saberlo.

—¿Tendrá nuevamente necesidad de nuestros servicios?

—No es probable, no hallándose como no se halla permitida la bigamia en el territorio de la Unión —dijo el juez, cerrando la ventana—. Por lo demás, y sea de ello lo que quiera, no debo olvidar que es la hora de irme al Palacio de Justicia, donde se ventila hoy un asunto importante, relativo, precisamente, al bólido que tanto alboroto arma. De modo que si esa señora viniera a presentarse en mi casa, dígale usted esto.

Sin dejar de hablar, Mr. John Proth había hecho sus preparativos para la marcha. Con un paso tranquilo bajó la escalera, salió por la puertecilla que daba a Potomac Street y desapareció en el Palacio de Justicia, que se alzaba precisamente enfrente de su casa, al otro lado de la calle.

No se había equivocado la sirvienta; era ella, en efecto, Mrs. Arcadia Stanfort, quien se encontraba aquella mañana en Whaston con Bertha, su doncella. Ambas iban y venían con un paso impaciente, siguiendo con las miradas la pendiente de Exeter Street. Diez golpes sonaron en el reloj municipal. —¡Y decir que no está todavía aquí! —exclamó Mrs. Arcadia.

—Tal vez se haya olvidado del día de la cita —sugirió Bertha.

—¡Olvidado! —dijo la señora con indignado acento. —A menos —repuso Bertha— que no haya reflexionado.

—¡Reflexionado! —repitió por segunda vez su ama, aún más indignada.

La camarera dio algunos pasos por Exeter Street.

—¿No le ves? —preguntó Mrs. Arcadia al cabo de algunos minutos.

—No, señora.

—¡Esto es demasiado fuerte!

Volvióse entonces a mirar del lado de la plaza.

—¡No...! ¡Nadie aún...! ¡Nadie! —repetía—. ¡Hacerme esperar... después de lo convenido entre nosotros...! Y, sin embargo, no me equivoco, es hoy dieciocho de mayo...

—Sí, señora.

—¡Y van a ser las diez y media!

—Dentro de diez minutos.

—Pues bien: que no se figure que va a agotar mi . paciencia... Me estaré aquí todo el día y más aún si es necesario.

Las gentes de la plaza de la Constitución hubieran podido notar las idas y venidas de esta joven señora, como habían notado dos meses antes las impaciencias del caballero que la aguardaba entonces para conducirla ante el magistrado. Pero ahora, todos, hombres, mujeres y niños, pensaban en una cosa muy distinta... Una cosa en la que en toda Whaston era seguramente Mrs. Arcadia la única que no pensaba. Nadie se preocupaba más que del maravilloso meteoro, de su paso por el cielo, de su caída anunciada para días fijos, aun cuando diferentes, por los dos astrónomos de la ciudad. Los grupos reunidos en la plaza de la Constitución, los criados de servicio o a la puerta de los hoteles apenas se inquietaban ante la presencia de Mrs. Stanfort.

Esta tenía indudablemente cuidados distintos de lo del bólido.

—¿No le ves, Bertha? —repetía.

—No, señora.

En ese momento, algunos gritos se alzaron en la extremidad de la plaza; los transeúntes se precipitaron en aquella dirección. Al propio tiempo las ventanas de los hoteles se llenaban de curiosos.

—¡Ahí está...! ¡Ahí está...!

Tales eran las palabras que corrían de boca en boca. Y de tal modo respondían esas palabras a los deseos de Mrs. Arcadia Stanfort, que ésta dijo: «¡Por fin!», como si se hubiesen dirigido a ella.

—No es por usted, señora, por quien se grita —hubo de decirle su doncella.

Todas las cabezas se alzaban hacia el cielo. ¿Era el famoso bólido, que hacía su aparición por encima de la ciudad?

No; a aquella hora cruzaba el espacio en el otro hemisferio; y aunque así no hubiese sido, no habría podido descubrirse a simple vista en pleno día.

¿A quién, pues, se dirigían las aclamaciones de la muchedumbre?

—¡Señora, es un globo! —exclamó Bertha—. ¡Mírele usted...! Asoma por detrás de la torre de San Andrés.

Descendiendo lentamente de las capas superiores de la atmósfera, un aeróstato aparecía, en efecto, saludado por los acogedores aplausos de la muchedumbre. ¿Por qué esos aplausos? ¿Ofrecía aquella ascensión algún interés particular? ¿Había razones para que el público le hiciese aquel recibimiento?

Sí, en verdad.

La tarde del día anterior habíase elevado el globo de una ciudad próxima, llevando a bordo al célebre aeronauta Walker Vragg, acompañado de un ayudante; y aquella ascensión no tenía otro fin que el de intentar una observación del bólido en condiciones más favorables. Tal era la causa de la emoción de la multitud, ávida de conocer los resultados de esa original tentativa.

Un viento ligero empujaba al aeróstato por encima de Whaston y la población se propom'a hacer a sus tripulantes una recepción triunfal.

Continuando el globo su tranquilo descenso, tomó tierra en medio precisamente de la plaza de la Constitución. Cien brazos se cogieron inmediatamente a la navecilla, mientras Walker

Vragg y su ayudante echaban pie al suelo.
El ayudante avanzó con un paso rápido hacia la impaciente Mrs. Arcadia Stanfort.
Cuando estuvo cerca de ella:
—Heme aquí, señora —dijo inclinándose.
—A las diez y treinta y cinco —dijo con un tono seco Mrs. Arcadia Stanfort, señalando con el dedo el reloj municipal.
—Y nuestra cita era para las diez y media, ya lo sé —dijo el recién llegado con deferente cortesía—; pero le ruego que me excuse, ya que los aeróstatos no obedecen siempre a nuestra voluntad con la puntualidad que sería de desear.
—¿No me he equivocado, pues...? ¿Era usted realmente quien venía en ese globo con Walker Vragg?
—Yo era, en efecto.
—¿Me explicará usted...?
—Nada más sencillo. Parecióme original, he ahí todo, el llegar de esta manera a nuestra cita. Así, pues, compré, a fuerza de dólares, un sitio en la navecilla, con la promesa de Walker Vragg de dejarme aquí a las diez y media en punto. Creo que bien puede disculpársele el haberse equivocado solamente en cinco minutos.
—Sí —contestó Mrs. Arcadia Stanfort—, puede disculpársele, ya que está usted aquí. ¿No habrán cambiado sus intenciones, creo yo?
—En manera alguna.
—¿Su opinión es que obraremos con gran prudencia renunciando a la vida en común?
—Esa es mi opinión.
—La mía es que no estamos hechos el uno para el otro.
—Soy de la misma opinión.
—Ciertamente, Mr. Stanfort, que yo me hallo muy lejos de desconocer sus excelentes cualidades...
—Las de usted las aprecio yo en su justo valor.
—Puede uno estimarse y no agradarse; la estimación no es el amor. La estimación no sería bastante para hacernos soportar una tan gran incompatibilidad de caracteres.
—Habla usted como un libro.
—Evidente es que si nosotros nos hubiésemos amado...
—Sería todo muy diferente.
—Pero no nos amamos.
—Perfectamente; exacto.
—Nos casamos sin conocernos y hemos tenido algunas desilusiones recíprocas... ¡Ah, si nosotros nos hubiésemos prestado algún señalado servicio capaz de herir nuestra imaginación, tal vez las cosas no serían lo que actualmente son!
—Desgraciadamente, no ha sucedido así. Usted no ha tenido que sacrificar su fortuna para evitar la ruina.
—Lo habría hecho, Mr. Stanfort. Por su parte, no le ha sido dado el salvarme la vida con riesgo de la suya propia.
—En lo que no habría vacilado un punto, Mrs. Arcadia.
—Estoy convencida de ello, pero no se ha presentado la ocasión.
—Extraños éramos el uno para el otro y extraños hemos continuado siendo.
—Deplorablemente exacto.
—Habíamos creído tener los mismos gustos, en lo que concierne a los viajes, por lo menos...
—Y jamás hemos podido ponernos de acuerdo acerca de la dirección que deberíamos tomar.
—En efecto; cuando yo deseaba que nos dirigiésemos hacia el Sur, el deseo de usted era que

nos dirigiésemos hacia el Norte.
—Y cuando mi intención era la de,ir hacia el Oeste, la de usted era la de ir hacia el Este.
—La cuestión del bólido ha hecho desbordar la copa.
—Así es.
—Porque usted continuará decidido, supongo yo, a colocarse al lado de Mr. Dean Forsyth.
—Absolutamente decidido.
—¿Y a marchar al Japón para asistir a la caída del meteoro?
—En efecto.
—Ahora bien; como yo, por mi parte, estoy resuelta a seguir la opinión del doctor Sydney Hudelson...
—Y marchar a la Patagonia...
—No hay reconciliación posible.
—No la hay.
—Sólo, pues, nos queda una cosa que hacer.
—Una sola.
—La de dirigirnos a casa del juez.
—Estoy dispuesto.
Los dos en fila, y a distancia de unos tres pasos, se dirigieron a la casa de Mr. Proth, seguidos a respetuosa distancia por Bertha, la doncella.
La vieja Kate estaba a la puerta.
—¿Mr. Proth? —preguntaron a la vez los Stanfort.
—Está ausente —respondió Kate.
—¿Por mucho tiempo? —preguntó Mrs. Stanfort.
—Hasta la hora de comer.
—¿Y come...?
—A la una.
—Volveremos a la una —dijeron Mr. y Mrs. Stanfort al unísono, alejándose. Llegados al centro de la plaza, hicieron alto un instante en ella.
—Tenemos que perder dos horas —dijo la señora Arcadia Stanfort.
—Dos horas y cuarto —dijo, precisando algo más, Mr. Seth Stanfort.
—¿Le agradaría a usted que pasásemos juntos esas dos horas?
—Si usted consiente en ello...
—¿Qué diría usted de un paseo por las orillas del Potomac?
—Iba a proponérselo.
Marido y mujer comenzaron a alejarse en la dirección de Exeter Street, mas se detuvieron a los tres pasos.
—¿Me permitirá usted una observación? —dijo Mr. Stanfort.
—La permito —respondió Mrs. Arcadia.
—Haré entonces constar que estamos de acuerdo; es la primera vez, Mrs. Arcadia.
—Y la última —respondió ésta reanudando la marcha.
Para llegar al principio de Exeter Street, tuvieron que pasar a través de la muchedumbre, que seguía rodeando el globo aerostático; y si no era más densa esa muchedumbre, si todos los habitantes de Whaston no se hallaban reunidos en la plaza de la Constitución, era porque una atracción más sensacional absorbía entonces a gran parte del público, que desde las primeras horas de la mañana se había situado en el Palacio de Justicia, donde había de discutirse la causa más gigantesca en el pasado y en el porvenir.
Cierto que el delirio de las multitudes pareció llevado a sus límites extremos cuando el observatorio de París hizo conocer que el bólido era de oro puro; pero ese delirio no puede

compararse al que se manifestó en todos los puntos de la tierra cuando Mr. Dean Forsyth y Mr. Sydney Hudelson afirmaron categóricamente que el asteroide caería.

Pero entre todos los locos, los mayores a buen seguro fueron los autores de la emoción que sacudía la tierra.

Hasta aquel momento ni Mr. Dean Forsyth ni el doctor Hudelson habían entrevisto semejante eventualidad. Si con tanto ardor habían reclamado la prioridad en el descubrimieno del bólido, no era a causa de su valor, sino porque se le diera su respectivo nombre al meteoro.

La situación cambió por completo cuando comprobaron la desviación del asteroide. Una cuestión más candente que las otras se impuso en seguida a su espíritu.

¿A quién pertenecería el bólido después de su caída?

—¡A mí! —había dicho sin vacilar Mr. Dean Forsyth—; ¡a mí, que fui el primero en señalar su presencia en el horizonte de Whaston!

—¡A mí! —había exclamado con igual convicción el doctor Hudelson—, toda vez que soy el autor de su descubrimiento!

No habían dejado de hacer valer en la Prensa estas pretensiones, contradictorias e inconciliables. Durante dos días los periódicos de Whaston habían llenado sus columnas con la prosa furiosa de los dos adversarios. Lanzáronse éstos a la cabeza los epítetos más malsonantes a propósito del bólido inaccesible, que parecía verdaderamente burlarse de ellos desde las alturas.

Compréndese que en semejantes condiciones no era posible tratar del proyectado matrimonio. Así, la fecha del 15 de mayo pasó sin que Francis y Jenny hubiesen dejado de ser prometidos.

¿Hallábanse siquiera en condiciones de poderse llamar prometidos? Mr. Dean Forsyth había respondido textualmente a su sobrino, que había hecho una última tentativa:

—Tengo yo al doctor por un miserable, y jamás daré mi consentimiento para tu matrimonio con la hija de un Hudelson.

Y casi a la misma hora el susodicho doctor Hudelson cortaba las lamentaciones de su hija, y se expresaba en los siguientes términos:

—El tío de Francis es un malvado, y jamás mi hija se casará con el sobrino de un Forsyth.

Esto era terminante y categórico, y no quedaba otro remedio que resignarse.

El injuriarse no constituye, empero, una solución. Cuando se está en desacuerdo, no hay sino obrar como todo el mundo en semejante caso y remitir el asunto a la Justicia. Esto es lo mejor; este es el único medio de zanjar diferencias.

Ambos antagonistas habían acabado por convenir en ello.

A eso se debió que el 16 de mayo una citación para comparecer ante el tribunal del estimable Mr. John Proth, al día siguiente, había sido dirigida por Mr. Dean Forsyth al doctor Hudelson, y una citación idéntica había sido inmediatamente enviada por el doctor Hudelson a Mr. Dean Forsyth; y por esto, aquella mañana del 17 de mayo, una enorme multitud había invadido el tribunal.

Mr. Dean Forsyth y el doctor Sydney Hudelson se hallaban presentes. Recíprocamente citados ante el juez, ambos rivales se encontraban frente a frente.

Muchos negocios habían sido ya despachados, y las partes habían abandonado la sala.

—El negocio siguiente —ordenó el juez.

—Forsyth contra Hudelson y Hudelson contra Forsyth —proclamó el escribano.

—Que se acerquen esos señores.

Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson avanzaron hasta salir fuera del grupo de los respectivos partidarios que les escoltaban.

—¿De qué se trata, señores? —preguntó el juez Proth.

Mr. Dean Forsyth fue el primero en hablar:
—Yo acudo a hacer valer mis derechos.
—Y yo los míos —interrumpió Mr. Hudelson.
—Ruégoles, señores, que tengan la bondad de explicarse uno después de otro. Ateniéndome al orden alfabético, concedo la palabra a Mr. Forsyth; Mr. Hudelson responderá en seguida a su gusto.
Mr. Dean Forsyth fue, por lo tanto, el primero en exponer el asunto, mientras el doctor, sólo a costa de grandes esfuerzos, lograba contenerse. Refirió de qué modo el día 16 de marzo, a las siete, treinta y siete minutos y veinte segundos de la mañana, hallándose en observación en su torre de Elisabeth Street, había descubierto un bólido, atravesando el cielo de Norte a Sur; cómo había seguido a ese meteoro durante todo el tiempo que fue visible, y cómo, en fin,

algunos días más tarde había enviado una carta al observatorio de Pittsburg para señalar ese descubrimiento y establecer la prioridad.
El doctor Hudelson, cuando le tocó el turno de hablar, dio, por supuesto, una explicación idéntica, de tal suerte, que el tribunal, después de oír a ambos, no debía quedar mejor enterado que antes.
Parecía, no obstante, que lo estaba bastante, toda vez que Mr. Proth no pidió ninguna explicación complementaria. Reclamó sencillamente silencio y, cuando lo obtuvo, dio lectura del juicio, que había redactado mientras hablaban los dos adversarios.
Considerando por una parte —decía este juicio— que Mr. Dean Forsyth declara haber descubierto un bólido que atravesaba la atmósfera por encima de Whaston el día 6 de marzo, a las siete, treinta y siete minutos y veinte segundos de la mañana;
Considerando, por otra parte, que Mr. Hudelson declara haber visto el mismo bólido a la misma hora, al mismo minuto y al mismo segundo...
—¡Sí...! ¡Sí! —gritaron los partidarios de Mr. Forsyth, golpeando el suelo con el pie.
Pero visto que la instancia reposa sobre una cuestión de minutos y de segundos y que es de orden exclusivamente científico;
Por tal motivo nos declaramos incompetentes y condenamos a ambas partes solidariamente a las costas.
Era evidente que el magistrado no podía responder de otra manera.
Pero ni los litigantes ni sus partidarios respectivos creían que el asunto debía terminar de esa suerte. Si el juez Proth había esperado verse libre con una declaración de incompetencia, le fue preciso renunciar a esa esperanza.
Dos voces dominaron el murmullo unánime que había acogido la lectura del juicio.
—¡Pido la palabra! —gritaban a un tiempo los señores Forsyth y Hudelson.
—Aun cuando no tenga por qué volver de mi acuerdo —respondió el magistrado, con aquel tono amable que nunca abandonaba, ni aun en las circunstancias más graves—, concedo de buen grado la palabra a Mr. Dean Forsyth y al doctor Hudelson, a condición de que ambos consentirán en no usar de ella sino uno después de otro.
Mr. Proth comprendió que lo más prudente era dejarlos despacharse a su sabor y prestó oído como mejor pudo, llegando de esta suerte a comprender el sentido de la nueva argumentación. No se trataba ya de una cuestión astronómica, sino de una cuestión de intereses, de una reivindicación de propiedad. En una palabra, toda vez que el bólido había de caer, ¿a quién pertenecería? ¿Sería a Mr. Dean Forsyth? ¿Sería al doctor Hudelson?
—¡A Mr. Forsyth! —gritaban los partidarios de la torre.
—¡Al doctor Hudleson! —gritaron a su vez los partidarios de la torrecilla.
El juez Proth reclamó silencio, y, una vez obtenido, dijo:

—Señores, me permitirán ante todo danés un consejo: en el caso de que, como creen, el bólido caiga efectivamente...

—¡ Caerá! —repitieron a una los partidarios de Mr. Dean Forsyth y del doctor Hudelson.

—¡Sea! —concedió el magistrado con una condescendiente cortesía, de la que ni aun en América da siempre muestras la magistratura—. Por mi parte, no veo en ello inconveniente, y tan sólo deseo que no llegue a caer sobre las flores de mi jardín para evitar una hecatombe.

Algunas sonrisas corrieron entre los asistentes.

—En ese caso —prosiguió el paternal magistrado—, y ya que se trata de una cantidad tan enorme, yo les invito a que se la repartan.

—¡Jamás!

Esta palabra, tan claramente negativa, estalló por tod.as partes.

Con su conocimiento de las debilidades humanas, no quedó muy sorprendido Mr. John Proth de que su consejo, por prudente y acertado que fuera, tuviese en contra suya la unanimidad de los asistentes. No por ello se desconcertó, y esperando nuevamente a que se calmasen la agitación y el tumulto, tan pronto como le fue posible hacerse oír, dijo:

—Puesto que toda conciliación es imposible, el tribunal va a emitir su juicio.

A estas palabras produjose, como por encanto, un profundo silencio y ninguno se permitió interrumpir a Mr. Proth, que dictaba tranquilamente a su escribano:

El Tribunal,

Oídas las partes en sus quejas y conclusiones;

Visto que las alegaciones producidas tienen igual valor de una y otra parte y se hallan apoyadas sobre las mismas pruebas;

Visto que del descubrimiento de un meteoro no se deriva necesariamente un derecho de propiedad; que la Ley nada dice a este respecto y que en defecto de la Ley no existe argumento análogo en la Jurisprudencia;

Que aun cuando se hallase fundado ese pretendido derecho de propiedad podría dar lugar en realidad a insuperables dificultades;

Visto, en fin, que la instancia recae sobre un hecho hipotético que puede no realizarse;

Que el meteoro puede, por otra parte, caer en él seno de los mares, que cubren las tres cuartas partes de la superficie del globo terrestre;

Que en uno y otro caso no habría lugar a discutir por ausencia de materia en litigio;

Por estos motivos,

Dilata el sentenciar hasta después de la caída efectiva y debidamente comprobada del bólido en cuestión.

—Punto —terminó Mr. Proth, que se alzó al propio tiempo de su silla.

La audiencia estaba terminada.

El auditorio había quedado bajo la impresión de los acertados considerandos de Mr. Proth. No era imposible, en efecto, que el bólido cayese en el fondo de los mares. Por otra parte, ¿a qué «dificultades insuperables» se refería el juez?

Todo esto hacía reflexionar, y la reflexión devuelve de ordinario la calma y la tranquilidad a los espíritus excitados.

Es de suponer que Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson no reflexionaban, porque ellos al menos no se tranquilizaban; muy lejos de ello. Desde los extremos de la sala se amenazaban mutuamente con los puños y arengaban a sus respectivos partidarios.

—No calificaré yo este juicio —clamaba Mr. Dean Forsyth con voz estentórea—. ¡Es completamente insensato!

—¡Este juicio es absurdo! —gritaba al propio tiempo Mr. Hudelson.

—¡Decir que mi bólido no caerá...!

—¡Dudar de la caída de mi bólido...!
—¡Caerá donde yo he dicho...!
—¡Yo he señalado el lugar de su caída...!
—Y ya no se me hace justicia...
—En vista de que no hay aquí justicia...
—Iré a defender mis derechos hasta el fin, y parto esta misma tarde...
—Sostendré mi derecho hasta el último extremo, y hoy mismo me pongo en camino.
—Para el Japón —dijo Mr. Dean Forsyth.
—Para la Patagonia —agregó a su vez el doctor Hudelson.
—¡Hurra! —respondieron a un mismo tiempo los hombres de los dos campos contrarios.

Cuando todo el mundo estuvo fuera, la muchedumbre se dividió en dos grupos, a los que se unieron los curiosos que no habían podido encontrar sitio en la sala de audiencia.

Aquello fue un verdadero tumulto; gritos, provocaciones y amenazas enconadas de una y otra parte. Y no habrían estado lejos, sin género alguno de duda, las vías de hecho, porque era bien claro que los partidarios de Mr. Dean Forsyth querían nada menos que linchar a Mr. Hudelson; y los partidarios de éste estaban ansiosos de linchar a Mr. Dean Forsyth, lo cual hubiera sido indudablemente una manera ultraamericana de terminar de una vez el enojoso asunto...

Mas, por fortuna, las autoridades habían tomado sus precauciones. Numerosos policías intervinieron, con tanta resolución como oportunidad, y separaron a los combatientes.

Apenas fueron separados unos de otros los adversarios, cuando su cólera, un poco superficial, desapareció.

Como necesitaban, sin embargo, un pretexto para hacer el mayor estrépito posible, si cesaron sus gritos contra el jefe del partido que no contaba con sus preferencias, continuaron lanzándolos en honor de aquel cuya bandera habían adoptado y hecho suya.

—¡Hurra por Dean Forsyth!
—¡Hurra por Hudelson!

Pronto estas exclamaciones se fundieron en un solo grito:

—¡A la estación! —gritaron ambos bandos de acuerdo.

Los policías dejaban hacer con indiferencia, hallándose ya descartado todo temor de perturbaciones graves. Ningún riesgo había, en efecto, en que sobreviniese una colisión entre los dos cortejos, uno de los cuales conducía triunfalmente a Mr. Dean Forsyth a la estación del Oeste, primera etapa para el Japón; y el otro escoltaba, no menos triunfalmente, al doctor Sydney Hudelson a la estación del Este, término de la línea de Nueva York, en donde él se embarcaría para la Patagonia.

Poco a poco fueron decreciendo las vociferaciones de ambos grupos, hasta que se extinguieron por completo en la lejanía.

Mr. John Proth, que desde el umbral de su puerta se había entretenido en mirar a la vociferante multitud, pensó entonces que era ya hora de almorzar, e hizo un movimiento para entrar en su casa.

En aquel momento fue abordado por un caballero y una señora que habían avanzado hasta él.

—Una palabra, señor juez —dijo el caballero.
—A la disposición de usted, Mr. y Mrs. Stanfort —respondió el juez con amabilidad.
—Señor —continuó Mr. Stanfort—, cuando, hace dos meses, comparecimos ante usted, fue para contratar nuestro matrimonio.
—Y yo me felicito de haberles conocido en tal ocasión.
—Hoy nos presentamos ante usted, señor juez, para divorciarnos...

El juez, como hombre de experiencia, comprendió que no era aquél momento de intentar una

reconciliación.
—No me felicito menos de esta nueva ocasión de renovar nuestro conocimiento.
Ambos comparecientes se inclinaron.
—Tengan la bondad de pasar —propuso el magistrado.
—¿Es necesario? —preguntó Mr. Seth Stanfort como lo había hecho dos meses antes.
Y lo mismo que dos meses antes, el juez respondió flemáticamente:
—En manera alguna.
Imposible ser más acomodaticio.
—¿Traen ustedes las actas en regla? —inquirió el juez.
—He aquí las mías —dijo Mrs. Stanfort.
—He aquí las mías —agregó Mr. Stanfort.
Cogió Mr. Proth los papeles, los examinó, asegurándole de que estaban en debida forma, y se limitó a responder:
—Y he aquí el acta de divorcio impresa; no hay que hacer otra cosa que inscribir los nombres y firmar. Pero no sé si podremos nosotros aquí...
—Permítame proponerle esta estilográfica perfeccionada —intervino Mr. Stanfort, tendiendo el instrumento al juez.
—Y este cartón, que hará perfectamente oficio de carpeta —agregó Mrs. Stanfort, cogiendo aquél de manos de su doncella.
—Tienen ustedes respuesta para todo —dijo el juez, que comenzó a llenar los huecos del acta impresa.
Terminado este trabajo, presentó la pluma a Mrs. Stanfort.
Sin una sola observación, sin que la más ligera vacilación hiciera temblar su mano, Mrs. Stanfort firmó con su nombre; Arcadia Walker.
Con la misma sangre fría, Mr. Stanfort firmó después que ella.
Luego, lo mismo que dos meses antes, presentando cada uno de ellos un billete de quinientos dólares:
—Como honorarios —dijo de nuevo Mr. Stanfort.
—Para los pobres —replicó Mrs. Arcadia Walker.
Sin detenerse un instante, se inclinaron ante el magistrado, se saludaron recíprocamente y se alejaron sin volver la cabeza, subiendo el uno hacia el Faubourg de Wilcox, y la otra en una dirección opuesta.
Cuando hubieron desaparecido, Mr. John Proth entró definitivamente en su casa, en la que le esperaba el almuerzo largo tiempo hacía.
—¿Sabe usted, Kate, lo que yo debería poner encima de mi puerta? —dijo a su vieja sirvienta, al mismo tiempo que se ponía la servilleta bajo la barba.
—No, señor.
—Pues debería poner lo siguiente: «Aquí se casa a las gentes a caballo y se las divorcia a pie.»
Y sin más, atacó la comida.

CAPÍTULO XIII
DONDE SE VE SURGIR, COMO LO PREVINO EL JUEZ JOHN PROTH, UN TERCER LADRÓN, MUY PRONTO SEGUIDO DE UN CUARTO

No es necesario pintar el profundo dolor de la familia Hudelson y la desesperación de Francis Gordon. Seguro e indudable es que no habría éste vacilado en romper con su tío, en pasarse sin él y en desafiar su cólera y sus inevitables consecuencias. Pero lo que podía respecto de

Mr. Dean Forsyth no le era posible respecto del doctor Sydney Hudelson.

Mrs. Hudelson había intentado en vano obtener el consentimiento de su marido y hacerle volver sobre su acuerdo; ni sus súplicas ni sus reproches hicieron vacilar al doctor. Loo, la misma pequeña Loo, se había visto implacablemente rechazada a pesar de sus ruegos, de sus caricias y de sus impotentes lágrimas.

Para lo sucesivo, ni aun se podía ya volver a empezar nuevas gestiones ni a hacer otras tentativas, ya que lo mismo el tío del uno que el padre de la otra, definitivamente atacados de locura, habían partido para lejanos países.

¡Cuan inútil, no obstante, era esta doble partida! ¡Cuan inútil el divorcio de que había sido causa determinante para Mr. Seth Stanfort y Mrs. Arcadia Walker las afirmaciones de los dos astrónomos!

Si esos cuatro personajes se hubiesen impuesto tan sólo veinticuatro horas de reflexión, su conducta habría sido seguramente por completo distinta.

En la mañana del siguiente día publicaron, en efecto, los periódicos de Whaston y de otros puntos, con la firma de J. B. K. Lowenthal, director del observatorio de Boston, una nota que variaba extraordinariamente la situación.

Nada tierna era esta nota para las dos glorias whastonianas; y se hallaba concebida en los siguientes términos :

Una comunicación, hecha en los días últimos por dos aficionados de la ciudad de Whaston, ha conmovido profundamente al público. Creemos deber restablecer las cosas en su verdadero y lógico punto.

Se nos permitirá, en primer término, deplorar que comunicaciones de tal gravedad sean hechas a la ligera, sin haber sido previamente sometidas a la comprobación de verdaderos sabios, que no faltan.

Muy glorioso es, sin duda, ser el primero en descubrir un cuerpo celeste que tiene la complacencia de atravesar el campo de un anteojo dirigido hacia el cielo. Pero ese favorable azar no tiene la virtud de transformar de repente a simples aficionados en matemáticos de profesión.

Exacto es, efectivamente, que el bólido de que toda la Tierra se ocupa actualmente ha experimentado una perturbación. Los señores Forsyth y Hudelson han padecido la grave equivocación de contentarse con una sola observación y de basar sobre ese dato incompleto cálculos que, además, son falsos. Teniendo solamente en cuenta la perturbación, que ellos pudieron comprobar en la tarde del 11 ó en la mañana del 12 de mayo, se llegaría a resultados completamente diferentes de los suyos. Pero hay más. La perturbación en la marcha del bólido ni comenzó ni acabó en tos días 11 y 12 de mayo. La primera perturbación se remonta al día 10 de mayo, y se produce aún a la hora presente.

Esa perturbación, o más bien, esas perturbaciones sucesivas, han tenido como resultado, de una parte, aproximar el bólido a la superficie de la Tierra, y de otra, hacer desviar su trayectoria.

Esta doble modificación no se ha realizado de una sola vez, sino que es, por él contrario, el resultado de cambios muy pequeños, que no han cesado de añadirse unos a otros desde el día 10 de este mes.

Ha sido imposible hasta ahora descubrir las razones de la perturbación que el bólido ha experimentado; nada hay en el cielo que sea de naturaleza propia para explicarla. Las investigaciones continúan acerca de este punto, y no cabe dudar de que en un plazo breve darán resultados satisfactorios.

Sea de ello lo que quiera, es cuando menos prematuro anunciar la caída de este bólido y el fijar *a fortiori* el sitio y la fecha de esta caída. Es evidente e indudable que si la causa

desconocida que influye en él bólido continúa obrando en el mismo sentido, dicho bólido acabará por caer, pero nada hay hasta ahora que autorice a afirmar que será así. Actualmente su velocidad relativa ha aumentado por leyes lógicas, puesto que describe una órbita más pequeña.

No tendría, por consiguiente, ninguna tendencia a caer, en el caso de que la fuerza que lo solicita dejase de serle aplicada.

En todo caso, seria de todo punto imposible precisar hoy la fecha y él sitio de su caída.

En resumen, nuestras conclusiones son: la caída del bólido parece probable, pero no cierta. En todo caso, no es inminente.

Aconsejamos, pues, la calma ante una eventualidad que es sólo hipotética, y cuya realización, por añadidura, puede no conducir a ningún resultado práctico.

Por lo demás, tendremos al público al corriente de los acontecimientos.

¿Tuvieron conocimiento Mr. Seth Stanfort y Mrs. Arcadia Walker de las conclusiones de Lowenthal?

Este punto permanece en la oscuridad.

En lo que concierne, a Mr. Dean Forsyth y al doctor Sydney Hudelson, el primero recibió la noticia en San Luis, Estado de Missouri; y el segundo en Nueva York. Ambos enrojecieron de vergüenza.

Por cruel que su humillación fuera, no tenían más remedio que inclinarse; no se discute con un sabio como Lowenthal.

Volviéronse, pues, con las orejas gachas a Whaston, sacrificando los billetes, que ya tenían pagados, para San Francisco el uno y hasta Buenos Aires el otro.

De vuelta a sus domicilios respectivos, subieron impacientes a su torre el uno y el otro a su torrecilla. Poco tiempo les bastó para comprender que el director del observatorio de Boston tenía razón sobradísima, ya que muy a duras penas lograron encontrar su bólido vagabundo y al cual no descubrieron en el sitio en que, según sus cálculos, debía encontrarse, lo cual probaba claramente que se habían equivocado de medio a medio.

Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson no tardaron en experimentar los efectos de su lastimoso error. ¿Dónde eran idos aquellos brillantes cortejos que les habían conducido triunfalmente a la estación? Indudable era que el favor público se había retirado de ellos.

¡Qué doloroso hubo de parecerles, después de haber saboreado a grandes sorbos la popularidad, el verse de súbito privados de aquel brebaje embriagador!

Pero un más grave cuidado se impuso pronto a su atención.

Como lo había predicho el juez John Proth con palabras encubiertas, un tercer competidor se alzaba frente a ellos.

Al principio fue un rumor sordo que corrió en la muchedumbre; luego en muy pocas horas ese sordo rumor se convirtió en una noticia oficial, anunciada a son de trompeta urbi et orbi.

Difícil, muy difícil de combatir era ese tercer ladrón que reunía en su persona a todo el Universo civilizado. Si Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson no hubieran estado ciegos, habrían previsto lo que tenía que ocurrir, y se habrían evitado un proceso ridículo, pensando que todos los gobiernos se interesarían por un acontecimiento que podía ser causa de la más terrible revolución financiera. No se habían hecho ese razonamiento tan natural y sencillo y el anuncio de la reunión de una Conferencia internacional les llenó de sorpresa.

Corrieron a adquirir informaciones. La noticia era rigurosamente exacta; hasta se designaban ya los miembros de la futura Conferencia que se reuniría en Washington. Los gobiernos, no obstante, apremiados por las circunstancias, habían decidido que, sin esperar a los delegados, se celebrarían en Washington reuniones preparatorias entre los diversos diplomáticos acreditados cerca del Gobierno americano. Los delegados extraordinarios llegarían después.

Todas las naciones del mundo habían designado sus delegados, desde Rusia y China, representadas, respectivamente por Monsieur Iván Saratoff y por su excelencia Li-Mao-Tchi, hasta las repúblicas de San Marino y de Andorra, cuyos intereses defendían los señores Beveragi y Ramontcho, respectivamente.

La primera reunión preparatoria tuvo efecto el 25 de mayo, en Washington.

Dio principio por arreglar ne varietur la cuestión Forsyth-Hudelson, lo que no exigió más que cinco minutos. En vano insistieron esos señores para que se les oyera; se les despidió como a intrusos.

Puede calcularse su ira cuando regresaron a Washington. Pero la verdad nos obliga a decir que sus recriminaciones quedaron sin eco; en toda la prensa, que durante largo tiempo les había cubierto de flores, no se encontró un solo periódico que tomara su defensa.

«¿Qué venían a hacer a Washington esos dos fantoches...? Que habían sido los primeros en señalar el meteoro..., y eso, ¿qué...? ¿Les daba esa circunstancia algún derecho...? ¿Tenían algo que ver ellos en su caída...? ¡No había ni que discutir siquiera tan ridiculas pretensiones!»

He aquí como al presente se expresaba la prensa.

Sic transit gloria mundi!

Arreglada esta cuestión, como se ha dicho, principiaron los trabajos serios.

Consagráronse, en primer término, muchas sesiones para formar la lista de los estados soberanos a quienes se reconocería el derecho de asistir a la Conferencia, y este punto produjo bastantes discusiones, lo cual prometía para el porvenir.

Según había dicho, J. B. K. Lowenthal daba regularmente todos los días noticias del bólido, bajo forma de breves notas comunicadas a la prensa.

Nada de particular habían ofrecido hasta entonces esas notas, que se limitaban a informar al mundo de que la marcha del meteoro continuaba experimentando cambios muy pequeños, cuyo conjunto hacía la caída más y más probable, sin que se pudiese, no obstante, conceptuarla todavía como segura.

Pero la nota publicada el día 1.° de junio fue notablemente distinta de todas las precedentes.

No sin alguna emoción —decía— ponemos en conocimiento del público los extraños fenómenos de que hemos sido testigos, hechos que tienden a destruir las bases de la ciencia astronómica.

Nuestras comunicaciones anteriores han informado al público de que la marcha del bólido de Whaston m ha experimentado perturbaciones sucesivas y sin interrupción, cuya causa y ley ha sido imposible precisar hasta ahora. No dejaba ese hecho de ser muy anormal; pero aun cuando fuesen anormales, no por ello eran contrarias a los datos de la ciencia, y si su causa permanecía desconocida, podíamos acusar de ello a la imperfección de nuestros métodos de análisis.

Pero hoy no sucede ya lo mismo. Desde anteayer, 30 de mayo, la marcha del bólido ha sufrido nuevas perturbaciones, y estas perturbaciones se hallan en absoluta contradicción con nuestros conocimientos teóricos mejor cimentados.

Esto quiere decir que debemos perder la esperanza de encontrar jamás una explicación plenamente satisfactoria de ello, no siendo aplicables en este caso los principios que tenían fuerza de axiomas y sobre los cuales reposan y han reposado siempre nuestros cálculos.

El menos hábil de los observadores ha podido fácilmente observar que en la tarde del 30 de mayo el bólido, en vez de continuar aproximándose a la Tierra como venía haciéndolo sin interrupción desde el día 10 de mayo, habíase, por el contrario, alejado sensiblemente.

Ya este brusco fenómeno tenía algo de incomprensible, cuando ayer, 31 de mayo, en el cuarto paso del meteoro, después de la puesta del Sol, vímonos obligados a consignar que su

órbita, que desde hacía veinticuatro horas tendía a ser cada vez más Nordeste-Sudoeste, había vuelto a su modo de ser primero; mientras que su distancia a la Tierra no había cambiado desde la víspera.

Tal es la situación actual.

En nuestra primera nota habíamos nosotros dicho que la caída, incierta aún, debía considerarse, cuando menos, poco probable. Actualmente no osamos ya ser tan afirmativos, y preferimos limitarnos a confesar modestamente nuestra ignorancia.

Si un anarquista hubiese arrojado una bomba en medio de la octava reunión preparatoria, no habría alcanzado un efecto comparable al obtenido por esta nota. Los periódicos que la insertaron llenaron columnas enteras con reflexiones y comentarios. La tarde entera se pasó en conversaciones y en cambios de puntos de vista, con gran perjuicio de los laboriosos trabajos de la Conferencia.

Los días siguientes fue aún peor.

Las notas de Lowenthal iban, en efecto, sucediéndose, y cada vez eran más sorprendentes. El bólido parecía danzar un baile sin orden ni medida. Tan pronto su órbita se inclinaba tres grados al Este como se desplazaba cuatro hacia el Oeste. Si en una de sus apariciones sobre el horizonte parecía haberse aproximado algo a la Tierra, habíase alejado en la otra muchos kilómetros.

Aquello era para volverse loco.

Esta locura invadía poco a poco la Conferencia Internacional. Inciertos acerca de la utilidad práctica de sus discusiones, los diplomáticos trabajaban sin ganas y sin ninguna voluntad firme de terminar.

El tiempo, no obstante, iba deslizándose, y de los diversos puntos del mundo fueron llegando los delegados de las naciones.

Los miembros de la reunión preparatoria determinaron, por fin, que fueran cincuenta y dos los estados cuyos representantes serían admitidos a las sesiones.

Era tiempo de que las reuniones preparatorias llegasen a esa conclusión. Los delegados de los cincuenta y dos estados admitidos a participar en las deliberaciones, se encontraban ya en una gran mayoría en Washington y los otros iban llegando todos los días.

La Conferencia Internacional se reunió por primera vez el día 10 de junio, a las dos de la tarde, bajo la presidencia del de más edad, que resultó ser Monsieur Soliés, profesor de oceanografía y delegado del principado de Monaco.

Procedióse inmediatamente a la constitución de la mesa definitiva.

En el primer escrutinio, la presidencia fue concedida, como deferencia, al país en que se encontraban, a Mr. Harvey, jurisconsulto eminente, que representaba a Estados Unidos.

La vicepresidencia fue más disputada recayendo finalmente en Rusia, en la persona de Monsieur Saratoff.

Los delegados franceses, ingleses y japoneses fueron designados en seguida como secretarios.

Cumplidas estas formalidades, el presidente pronunció una alocución muy cortés, que fue muy aplaudida también, anunciando luego que iba a procederse al nombramiento de tres subcomisiones que se encargarían de buscar el mejor método de trabajo, desde el triple punto de vista demográfico, económico y jurídico.

Acababa de comenzar la votación, cuando un ujier subió al estrado presidencial y puso un telegrama en manos de Mr. Harvey.

Leyólo éste, y a medida que lo iba leyendo su semblante expresaba la más profunda extrañeza.

Tras un instante de reflexión alzó desdeñosamente los hombros, lo que no fue obstáculo para

que, tras nueva reflexión, tocase la campanilla a fin de fijar la atención de sus colegas.
Restablecido el silencio:
—Señores —dijo Mr. Harvey—, creo deber participaros que acabo de recibir este telegrama. No me cabe la menor duda de que es la obra de un bromista de mal género o de un loco; daré, con todo, lectura del telegrama, que, además, no viene firmado:
Señor presidente:
Tengo el honor de informar a la Conferencia Internacional que el bólido, que debe constituir el objeto de sus discusiones, no es res nullius, toda vez que es de mi propiedad personal.
Ño tiene, por consiguiente, ninguna razón de ser la Conferencia Internacional, y si persiste en celebrar sesiones, sus trabajos se hallan de antemano condenados a la esterilidad.
Por mi voluntad es por lo que él bólido se aproxima a la tierra, es en mi casa donde caerá, y es, por consiguiente, a mí a quien pertenece.
—¿Y ese telegrama no está firmado? —inquirió el delegado inglés.
—No lo está.
—En esas condiciones, no debe tenérsele en cuenta —declaró el representante de Alemania.
—Esta es mi opinión —aprobó el presidente—; y creo responder al sentimiento unánime de mis colegas clasificando pura y simplemente este documento en los archivos de la Conferencia... ¿Es esa vuestra opinión, señores? ¿Nadie se opone...? Continúa la sesión.

CAPÍTULO XIV
EN EL CUAL LA VIUDA THIBAUT, TOCANDO INCONSIDERABLEMENTE LOS MAS ELEVADOS PROBLEMAS DE LA MECÁNICA CELESTE, PRODUCE GRANDES INQUIETUDES AL BANQUERO ROBERT LECOEUR

SEGÚN algunos buenos espíritus, el progreso de las costumbres traerá, poco a poco, la desaparición de las sinecuras. Nosotros les creemos bajo su palabra; pero, en todo caso, había una, al menos en la época de los singulares acontecimientos que aquí relatamos.
Esta sinecura era de la propiedad de la viuda Thibaut, antigua carnicera, que tenía a su cargo el cuidado de la casa de Monsieur Zephyrin Xirdal.
El servicio de la viuda Thibaut consistía, en efecto, única y exclusivamente, en arreglar la habitación de este sabio desequilibrado. Ahora bien: hallándose el mobiliario de esta habitación reducido a su más mínima expresión, su conservación y cuidado no podía compararse a un decimotercero trabajo de Hércules. En cuanto a lo restante del alojamiento, escapaba en gran parte a su competencia. En la segunda pieza especialmente, habíale sido notificada la prohibición absoluta de tocar, bajo ningún pretexto, a los montones de papeles que allí estaban esparcidos, y el vaivén de su escoba debía limitarse a un pequeño cuadrado central donde el pavimento estaba limpio de libros. La viuda Thibaut, que tenía una inclinación natural por el orden y la limpieza, sufría al ver el caos que allí reinaba, y se hallaba devorada por el deseo de proceder un día a un arreglo general.
Encontrándose sola, en una ocasión, se había atrevido a acometer la empresa; pero Zephyrin Xirdal entró de improviso y se enfureció de tal manera, que la viuda Thibaut estuvo ocho días enferma de los nervios a consecuencia del disgusto.
Desde entonces no había vuelto a arriesgarse a hacer ninguna nueva incursión en el territorio sustraído a su jurisdicción.
Dos horas pasaba todos los días en casa de su burgués, así designaba ella a Zephyrin Xirdal, de las cuales siete cuartos de hora estaban consagrados a una conversación, o a un monólogo de buen gusto.
Por regla general, el tema de sus primeros discursos constituía la distinción de la familia de

que ella formaba parte. Emprendiendo en seguida el capítulo de sus desgracias, explicaba por qué concurso funesto de circunstancias puede una carnicera verse transformada en sirvienta.

Poco importaba que fuese conocida esa historia. La viuda Thibaut experimentaba siempre el mismo placer en contarla.

Agotado este asunto, discurría acerca de las diversas personas a quienes servía o había servido.

Su amo, sin contestarle nunca, daba muestras de una paciencia inalterable. Es cierto que, perdido en sus ensueños, no oía siquiera aquella verbosidad.

El día 30 de mayo la viuda Thibaut, como lo venía haciendo a diario, entró a las nueve de la mañana en casa de Zephyrin Xirdal. Este sabio había partido la víspera con su amigo Marcel Leroux, y su habitación, por lo tanto, estaba vacía.

La viuda Thibaut no se sorprendió gran cosa por ello; una larga serie de fugas anteriores hacía normales para ella estas desapariciones súbitas.

Fastidiada, eso sí, de no encontrar auditorio, llevó a cabo sus labores como de costumbre. Al penetrar en la habitación, que ella denominaba pomposamente despacho, hubo de experimentar grande emoción.

Un objeto insólito, una especie de capa negruzca, disminuía notablemente la superficie legítima del cuadrado del piso reservado a su escoba.

¿Qué significaba aquello? Resuelta a no tolerar semejante ataque a sus derechos, la viuda Thibaut apartó tranquilamente el objeto que la estorbaba, y se entregó a su tarea habitual.

Como era un poco sorda, no percibió el rumor que se escapaba de la caja; y, de un modo análogo, tan débil era la luz azulada del reflector metálico, que hubo de pasar también inadvertida para su mirada distraída.

En cierto momento, empero, un hecho singular atrajo necesariamente su atención. Al pasar ella ante el reflector metálico, un irresistible impulso la hizo caer al suelo.

No habiéndola vuelto a colocar la casualidad en el eje del reflector, el fenómeno no se reprodujo, y por eso no pensó en establecer la menor relación entre su accidente y la caja que ella había movido de su sitio.

La viuda Thibaut, vivamente penetrada del sentimiento de sus labores, no dejó de volver la caja a su sitio una vez terminadas sus faenas. Lo hizo de la mejor manera que supo, hay que hacerle justicia, con objeto de disponerla exactamente como la había hallado. Si sólo lo consiguió de una manera aproximada, conveniente será excusarla, pues no fue con propósito deliberado como envió el cilindro de polvillo en una dirección distinta de su dirección anterior.

Del mismo modo procedió la viuda Thibaut en los siguientes días, pues ¿por qué ha de cambiar uno sus hábitos cuando sus hábitos son virtuosos y dignos de loa?

Fuerza es, no obstante, reconocer que, con ayuda de la costumbre, la caja negruzca perdió progresivamente mucha de su importancia a sus ojos, y cada vez puso menos cuidado en volver a colocarla en sitio; en lo cual no veía malicia alguna e ignoraba por completo que su ignorada colaboración producía angustias crueles a J. B. K. Lowenthal. Una vez llegó, por inadvertencia, hasta hacer girar el reflector sobre su eje, sin ver el menor inconveniente en que se dirigiese hacia el techo de la habitación.

Así fue como Zephyrin Xirdal encontró su máquina al entrar en su casa el día 10 de junio, a primera hora de la tarde.

Su estancia a orillas del mar había transcurrido del modo más agradable, y tal vez la hubiera prolongado más si una docena de días después de su llegada no hubiese tenido la singular ocurrencia de mudarse de ropa.

Habiéndole puesto ese capricho en la necesidad de recurrir a su paquete, encontró, con gran

sorpresa de su parte, veintisiete botecitos.

Zephyrin Xirdal abrió tamaños ojos; ¿qué venían a hacer allí aquellos veintisiete botecillos? Pronto, sin embargo, se anudó la cadena de sus recuerdos y se acordó de su proyecto de pila eléctrica.

Después de haberse administrado, como correctivo, unos cuantos puñetazos, apresuróse a empaquetar de nuevo sus veintisiete botes, y dejando allí plantado a su amigo Marcel Leroux, corrió al primer tren, que le condujo directamente a París.

Habría podido suceder muy bien que Zephyrin Xirdal olvidase en el camino el motivo urgente que le llevaba a París. Nada de particular hubiera tenido la cosa. Un incidente vino a refrescarle la memoria en el momento de apearse del tren en la estación de San Lázaro.

Tanto cuidado había puesto en rehacer el paquete de sus botecillos, que éste se rompió de repente en aquel preciso instante y vació sobre el asfalto su contenido, que se hizo trizas, produciendo un espantoso estruendo.

Este desastre tuvo, al menos, la ventaja de recordarle el objeto que le llevaba a París.

Antes de subir a su casa entró en la tienda del fabricante de productos químicos, donde adquirió otros veintisiete botecillos completamente nuevos, y se dirigió a casa del carpintero, en donde hacía diez días que le estaba esperando su encargo.

Cargado con todos esos diversos paquetes y lleno de deseo de dar comienzo a los experimentos, abrió su puerta con gran prisa. Pero permaneció clavado en el umbral al ver su máquina, cuyo reflector estaba dirigido hacia el cénit.

En seguida Zephyrin Xirdal viose asaltado de un tropel de recuerdos, y tal fue el acceso de su turbación, que sus manos dejaron escapar los fardos que sostenían, rompiéndose en veinte mil pedazos, sin que el autor del desastre se diera cuenta de ello. Inmóvil a la entrada, miraba la máquina con un aspecto de extrañeza y admiración.

—Esto es cosa de la viuda Thibaut —dijo, decidiéndose a entrar. Y añadió, sonriendo, después de interrumpir el funcionamiento de la máquina—: ¡Muy bien...! ¡Muy bien...! Deben ocurrir cosas muy divertidas.

Con una mano impaciente hizo saltar la faja de los periódicos apilados sobre la mesa, y leyó una tras otra las notas de J. B. K. Lowenthal. Zephyrin Xirdal se retorcía materialmente de risa.

La lectura de algunos números hízole, por el contrario, fruncir las cejas. ¿A qué venía aquella Conferencia Internacional, cuya primera sesión estaba anunciada precisamente para aquel mismo día...? ¿No pertenecía de derecho el bólido a aquel que lo atraía hacia la Tierra?

Pero Zephyrin Xirdal recordó que nadie tenía conocimiento de su intervención. Era, pues, conveniente revelarlo a fin de que la Conferencia Internacional no perdiese el tiempo.

Empujando con el pie los restos de los botecillos, corrió a la oficina de Telégrafos más próxima y expidió el despacho que Mr. Harvey debía leer en voz alta desde el sillón presidencial ante sus colegas. Solamente se le olvidó firmar el despacho con su nombre y apellido.

Hecho esto, Zephyrin Xirdal volvió a subir a su casa y se enteró, leyendo una revista científica, de las idas y venidas del meteoro; exhumando después por segunda vez su anteojo, tomó una excelente observación, que sirvió de base para nuevos cálculos.

Hacia medianoche, hallándose ya todo perfectamente resuelto, puso de nuevo en marcha su máquina, dirigiéndola hacia un punto conveniente, y después de detenerla, se acostó tranquilamente y durmió con el sueño del justo.

Hacía dos días que Zephyrin Xirdal proseguía sus experiencias y acababa de interrumpir el funcionamiento de su máquina, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Fue a abrir y se encontró de manos a boca con el banquero Robert Lecoeur.

—¡Al fin te encuentro! —dijo éste, franqueando el umbral.
—Aquí estoy —contestó Zephyrin Xirdal.
—No sé ya el sinnúmero de veces que con ésta he subido tus seis pisos. ¿Dónde has estado?
—Estuve ausente —dijo Zephyrin Xirdal.
—¿Ausente? —gritó Monsieur Lecoeur, indignado—. ¿Ausente...? ¡Pero eso es abominable...! No se deja a las gentes en semejante inquietud...
Zephyrin Xirdal miró a su padrino con extrañeza. Cierto que sabía que podía contar con su afecto; pero no hasta ese punto.
—Pero, querido tío, ¿qué puede importarle a usted eso?
—¿Que qué puede importarme eso? ¿Ignoras, desgraciado, que toda mi fortuna está reposando sobre tu cabeza?
—No comprendo —dijo Zephyrin Xirdal, sentándose sobre la mesa y ofreciendo su única silla al visitante.
—Cuando fuiste a participarme tus fantásticos proyectos, acabaste por convencerme: te lo confieso.
—¡Hombre!
—He contado, por consiguiente, con tu asunto y jugado fuertemente en la Bolsa a la baja.
—¿A la baja?
—Sí; me he convertido hace días en vendedor.
—¿Vendedor de qué?
—De minas de oro. Comprenderás perfectamente que si el bólido cae, las minas bajarán y que...
—¿Bajarán...? Cada vez comprendo menos. No veo qué influencia puede tener mi máquina sobre el nivel de una mina.
—De una mina, no, indudablemente; pero sobre el de sus acciones, ya es distinto.
—¡Sea! —concedió Zephyrin Xirdal, sin insistir—. Ha vendido usted, por lo tanto, acciones de minas de oro. Eso no es muy grave; eso prueba única y exclusivamente que usted tenía acciones de minas de oro.
—Al contrario, no tenía ni una sola.
—¿Y cómo es posible eso de vender lo que no se tiene? No entiendo yo cómo se puede hacer eso.
—Esto es lo que se llama una especulación a plazo, mi querido Zephyrin —explicó el banquero—. Cuando sea necesario entregar los títulos compraré; he ahí todo.
—Entonces, ¿qué ventaja hay en ello...? Eso de vender para comprar después no parece ingenioso a primera vista.
—En eso te equivocas, mi querido amigo, toda vez que en ese momento las acciones de minas estarán más baratas.
—¿Y por qué estarán más baratas?
—Pues sencillamente porque el bólido pondrá en circulación más oro del que la Tierra contiene actualmente. ¿Comprendes ahora?
—Sí —dijo Zephyrin, no muy convencido.
—Pues bien; las perturbaciones observadas en la marcha del bólido provocaron una primera baja de veinticinco por ciento sobre las minas. Persuadido yo de que esa baja aumentaría, he vendido en considerables proporciones.
—Es decir...
—Es decir, que he vendido una considerable cantidad dé minas de oro.
—¿Siempre sin tenerlas, por supuesto?
—Claro es... Imagínate, pues, mis angustias al ver lo que pasa; desaparecido tú; el bólido

detenido en su caída... Resultado; las minas han vuelto a subir y pierdo sumas enormes... ¿Qué quieres tú que piense de todo esto?

Zephyrin Xirdal observaba a su padrino con curiosidad. Jamás había visto a aquel hombre, tan frío de ordinario, agitado con una emoción semejante.

—No he penetrado bien su combinación; son demasiado fuertes para mí esas historias. He creído comprender, no obstante, que le sería a usted agradable el ver caer el bólido.

—Justamente.

—Pues bien: tranquilícese usted; caerá.

—¿Me lo aseguras?

—Se lo aseguro. ,

—¿Formalmente?

—Formalmente... Pero, por su parte, ¿me ha comprado usted el terreno?

—Indudablemente... Estamos en regla; tengo yo en mi bolsillo los títulos de propiedad.

—Entonces todo marcha perfectamente... Hasta puedo anunciarle que mi experiencia quedará terminada para el día cinco de julio próximo. Ese día abandonaré París para ir en busca del bólido.

—¿Qué caerá?

—Sí.

—Partiré contigo —dijo Monsieur Lecoeur entusiasmado.

—Si a usted le agrada... está bien —dijo Zephyrin Xirdal.

Ya fuese el sentimiento de su responsabilidad respecto de Monsieur Robert Lecoeur, ya fuese tan sólo el interés científico, es el caso que no volvió a hacer otras tonterías. La experiencia comenzada continuó metódicamente.

De tiempo en tiempo Zephyrin Xirdal tomaba una observación astronómica del meteoro.

En la mañana del 5 de julio dirigió por última vez su objetivo hacia el cielo.

—Allí está —dijo, separándose del instrumento—. Ahora puede dejársele correr.

Pasó en seguida a ocuparse en arreglar y empaquetar debidamente su equipaje.

En primer término, su máquina y algunas ampollas de recambio... Tocóle en seguida el turno a su equipaje personal, después de haber embalado cuidadosamente, lo más cuidadosamente que pudo y supo, su anteojo.

Una seria dificultad hubo de detenerle al dar el primer paso... No tenía baúl... Por fin, encontró arrinconada una maleta, sin funda y sin correas, que colocó en medio de la habitación, abierta y en disposición de recibir el equipaje.

«Sólo lo necesario —di jóse a sí mismo—. Debo, pues, efectuar una selección razonable y proceder metódicamente.»

De conformidad con este principio, comenzó por depositar en ella tres piezas de calzado; más adelante debió lamentarse de que esas tres piezas estuviesen constituidas por una botina de botones, un zapato de lazo y una zapatilla. Pero, por el momento, al menos, aquello no ofrecía ningún inconveniente, y un rincón de la maleta estaba ya lleno.

Embaladas ya las tres susodichas piezas, Zephyrin Xirdal, sumamente fatigado, se secó la frente que la tenía inundada de sudor.

Desesperando de conseguir nada útil por el método clásico, resolvió entregarse a su inspiración.

Metió, pues, las manos en sus cajones y en el montón de trajes que constituían su guardarropa, y fue llenando uno de los lados de la maleta de los objetos más heterogéneos.

Era posible que el otro compartimiento de la maleta estuviese vacío, pero Zephyrin Xirdal no sabía nada de ello; así es que se vio en la necesidad de hacer presión con los pies, hasta que llegaron a ponerse suficientemente de acuerde el continente y el contenido.

Viose entonces la maleta rodeada por una fuerte cuerda, ligada por una serie de nudos, de tal manera complicados, que su autor debía verse más adelante en la imposibilidad de deshacerlos; después de lo cual, contempló su obra con una satisfacción bastante vanidosa.

Quedaba ahora el trasladarse a la estación... ¿Cómo transportar su equipaje...?

Monsieur Robert Lecoeur apareció en el umbral.

—¿Estás ya dispuesto? —preguntó.

—Le estaba esperando, como usted ve —respondió con gran candor Zephyrin Xirdal, que se había olvidado totalmente de que su padrino debía acompañarle.

—En marcha, pues... ¿Cuántos bultos tienes?

—Tres: mi máquina, mi anteojo y mi maleta.

—Dame uno y coge tú los otros dos. Abajo tengo el coche.

—¡Hombre, qué buena idea! —dijo, admirado, Zephyrin Xirdal, cerrando tras sí la puerta de su casa.

Y tío y sobrino bajaron a la calle.

CAPÍTULO XV
DONDE J. B. K. LOWENTHAL DESIGNA EL AGRACIADO CON EL PREMIO GORDO

DESDE que J. B. K. Lowenthal había anunciado crudamente el error que habían cometido, por primera malaventura seguida del humillante fracaso de su tentativa cerca de la Conferencia Internacional, la vida carecía de encantos para Mr. Dean Forsyth y para el doctor Sydney Hudelson. Olvidados, habiendo descendido al rango de ciudadanos cualesquiera, no podían digerir la indiferencia del público, ellos que habían conocido los dulces placeres de la gloria.

En sus pláticas con los últimos fieles que les quedaban, protestaban con violencia de la ceguera de la muchedumbre y defendían su causa con gran copia de argumentos.

Si era cierto que habían cometido un error, no era justo imputársele, ya que otros, el propio Lowenthal entre ellos, se habían equivocado también...

—¡Cierto! —decían, los últimos fieles respectivos.

En cuanto a la Conferencia Internacional, ¿era posible imaginar algo más inicuo que la denegación de su justicia? Que tomase ella las precauciones que quisiese para dejar a salvo el orden financiero del mundo; pero ¿cómo se atrevía a negar los derechos del descubridor del meteoro?

—Y ese descubridor —afirmaba enérgicamente Mr. Dean Forsyth, fuera de sí—, ¡he sido yo!

—¡He sido yo! —afirmaba, por su parte, el doctor Sydney Hudelson con no menor energía.

—¡Cierto! —decían, aprobando, los últimos fieles.

Por mucho que esta aprobación confortase a los dos astrónomos, no podían remplazar a las aclamaciones entusiastas de la muchedumbre. Esto, no obstante, como era materialmente imposible convencer a todos los transeúntes unos tras otros, forzoso les era contentarse con el modesto aplauso de aquellos admiradores.

Los desengaños experimentados no disminuían su ardor; al contrario. Mientras más se negaban sus derechos al bólido, más se encarnizaban en reivindicarlos; mientras menos en serio parecía tomarse su pretensión, más se obstinaba cada uno de ellos en afirmar su cualidad de propietario único y exclusivo.

En tal estado de espíritu, una reconciliación habría sido imposible; por eso ni se pensaba siquiera en ella; muy lejos de ello, cada día parecía separar más a los dos desventurados prometidos.

Los señores Forsyth y Hudelson anunciaban en voz alta su decidido propósito de protestar hasta el último suspiro contra la expoliación de que se juzgaban víctimas y de agotar todos los recursos.

Sería realmente un espectáculo maravilloso. Mr. Forsyth, de una parte; el doctor Hudelson, de otra, y en contra de ellos todo el resto del mundo; he ahí, un proceso verdaderamente grandioso..., si se llegaba, no obstante, a encontrar el tribunal competente.

En espera de ello, los dos antiguos amigos, transformados en encarnizados adversarios, no salían ya de sus casas respectivas, pasando su vida solitarios sobre la plataforma de la torre o de la torrecilla.

Francis Gordon, retenido por mil recuerdos de la infancia, no había abandonado la casa de Elisabeth Street, pero no dirigía la palabra a su tío. Se almorzaba y se comía sin pronunciar una palabra. Como la propia Mitz no daba curso a su pintoresca elocuencia, la casa permanecía silenciosa y triste, como un convento.

No eran más agradables las relaciones familiares en casa del doctor Hudelson. Loo estaba enfurruñada constantemente, a pesar de las suplicantes miradas de su padre; Jenny lloraba sin consuelo, a pesar de las exhortaciones de su madre. Por lo que hace a ésta, no hacía más que suspirar, esperando del tiempo un remedio a aquella situación, que tenía tanto de ridicula como de odiosa.

Mrs. Hudelson tenía razón, ya que el tiempo, como suele decirse, todo lo arregla; fuerza era, con todo, reconocer que por esta vez no parecía apresurarse demasiado a arreglar los asuntos de aquellas dos familias. Aun cuando Mr. Dean Forsyth y el doctor Sydney Hudelson no permanecieran indiferentes ante la reprobación que les rodeaba, esta reprobación no les causaba un fastidio comparable al que habrían de seguro experimentado en otras circunstancias. Su idea fija servía de coraza contra toda emoción que no tuviera el bólido por objeto.

¡Con qué afán leían las notas diarias de J. B. K. Lowenthal y las reseñas de las sesiones de la Conferencia Internacional! Allí estaban sus enemigos comunes, y contra ellos estaban, por fin, unidos en un mismo odio.

Por eso hubo de ser vivísima su satisfacción cuando supieron las dificultades con que tropezaron las reuniones preparatorias, y más viva aún cuando conocieron con qué lentitud y por qué vías tortuosas la Conferencia Internacional, definitivamente constituida, se dirigía hacia un acuerdo que continuaba siendo del todo problemático e incierto.

Había, en efecto, para utilizar una locución familiar, había tirantez en Washington.

Desde su segunda sesión, la Conferencia Internacional había dejado la impresión de que no llevaría sus trabajos a término feliz sino con grandes esfuerzos; pues desde el principio pareció difícil llegar a una inteligencia.

La primera proposición que se hizo en firme fue la de dejar la propiedad del bólido al país que le recibiese del cielo. Esto era reducir la cuestión a una lotería, en la que no habría más que un premio; ¡pero vaya si el premio era un premio gordo!

Esta proposición, hecha por Rusia y sostenida por Inglaterra y por la China, estados éstos de vastos territorios, provocó lo que en estilo parlamentario se llama «movimientos diversos». Los demás estados estaban muy indecisos; se suspendió la sesión; hubo entonces conciliábulos, intrigas de pasillo... Por fin, se acordó, por mayoría, a propuesta de Suiza, que no se discutiese esa solución más que en el caso de que no se llegase a un reparto equitativo.

Pero, ¿cómo adquirir en semejante materia la noción de lo que es equitativo y de lo que no lo es?

Problema extremadamente delicado.

Sin que llegase a derivarse de la discusión una opinión precisa a este respecto, en vano

acumuló las sesiones la Conferencia Internacional, muchas de las cuales fueron tempestuosas, hasta el extremo de que Mr. Harvey tuvo que cubrirse y abandonar el sillón presidencial.

De temer era que la sobreexcitación fuera en aumento de día en día, ya que de día en día, según las notas de J. B. K. Lowenthal, la caída del bólido debía considerarse como más y más probable cada vez.

Después de unas diez comunicaciones, en que se relataban los locos movimientos del meteoro, el astrónomo pudo comprobar que, de repente, en la noche del 11 al 12 de junio, cesando el meteoro en sus fantásticas peregrinaciones, era de nuevo solicitado por una fuerza regular y constante, que no por ser desconocida era menos contraria a todo lo racional.

El sabio director del observatorio de Boston, en sus últimas notas escalonadas del 5 al 14 de julio, se mostraba más audaz en sus pronósticos. Anunciaba al propio tiempo, en términos más explícitos cada vez, que una nueva y muy importante modificación había sobrevenido en la marcha del bólido, cuyas consecuencias el público no tardaría en conocer.

En esa fecha precisamente del 14 de julio, la Conferencia Internacional se había metido en un callejón sin salida.

Habiendo sido rechazadas todas las combinaciones que sucesivamente habían ido discutiéndose, faltaba ahora materia sobre qué discutir, y los delegados se miraban entre sí sin saber qué decir ni hacer.

Rechazada en las primeras sesiones la repartición del bólido entre todos los estados proporcionalmente a su superficie territorial, a pesar de que esta combinación respetaba la equidad, ya que las naciones de mayor superficie tenían mayores necesidades y hacían a mayor abundamiento el sacrificio de sus mayores probabilidades de ser agraciados con la caída del meteoro.

Los países de población densa propusieron en seguida efectuar la repartición, no en razón del número de kilómetros cuadrados, sino en el de habitantes.

También este sistema tenía algo de equitativo, puesto que era conforme al gran principio de la igualdad de derechos entre los hombres; pero fue combatido por Rusia, Brasil, la República Argentina y por muchas otras naciones.

Rechazadas estas y otras soluciones, Rusia y China juzgaron llegado el momento oportuno para exhumar la proposición enterrada al principio, suavizándola, no obstante, en lo que tenía de demasiado rigurosa.

Propusieron, pues, estos dos estados, que se concediese la propiedad del bólido a aquella nación cuyo territorio fuese elegido por la suerte, teniendo la obligación de entregar a los demás países una indemnización, calculada a razón de mil francos por ciudadano.

Tan grande era la lasitud, que tal vez aquella misma tarde esta solución transaccional habría ¿ido votada si no hubiese tropezado con la protesta del representante de los Valles de Andorra.

Este representante, Monsieur Ramontcho, dio principio a un interminable discurso, que tal vez durase todavía si el presidente, notando el vacío absoluto de los sillones, no hubiese tomado el partido de levantar la sesión, dejando para la próxima la continuación del debate.

Si la República de los Valles de Andorra había creído realizar un acto de buena política, impidiendo la votación inmediata de la proposición de Rusia, se había equivocado lastimosamente de medio a medio; ya que esa proposición le aseguraba, en todo caso, algunas apreciabies ventajas, que iban tal vez a desvanecerse ahora.

En la mañana del siguiente día iba, en efecto, a producirse un acontecimiento propio para desacreditar los trabajos de la Conferencia Internacional y a comprometer de una manera definitiva su resultado. Si había sido posible, mientras se estaba en la ignorancia acerca del lugar en que caería el bólido, el discutir todos los modos posibles de repartición, ¿podría

continuarse esta discusión cuando dicha ignorancia hubiese tenido fin y término definitivo? ¿Era posible pedir la repartición, después de celebrarse la lotería, al agraciado con el premio gordo? . Una cosa era cierta, en todo caso, y es que semejante repartición no podría ya hacerse amistosamente; jamás consentiría de buen grado en ello el país que hubiese sido favorecido por la suerte.

Nunca, en lo sucesivo, se vería tomar parte en las sesiones y participar de los trabajos de la Conferencia Internacional a Mr. Schnack, delegado de Groenlandia, el afortunado a quien en su nota cotidiana J. B. K. Lowenthal atribuía aquella mañana los millones errantes.

Desde hace unos diez días —escribía el sabio director del observatorio de Boston— hemos hablado en muchas ocasiones de un cambio importante sobrevenido en la marcha del bólido. Sobre ello discutiremos hoy con mayor precisión, habiéndonos convencido el tiempo transcurrido del carácter definitivo de ese cambio, y permitiéndonos actualmente él cálculo determinar sus consecuencias.

El cambio consiste única y exclusivamente en que desde él día 5 de julio ha cesado de manifestarse la fuerza que solicitaba al bólido.

A partir de ese día, no ha vuelto a notarse la menor desviación de la órbita, y él bólido sólo se ha aproximado a la Tierra en la medida estricta que le está impuesta por las condiciones en que se mueve.

Se halla hoy distante de nosotros aproximadamente unos cincuenta kilómetros.

Si la influencia que obraba sobre el bólido hubiese desaparecido algunos días antes, habría éste podido, en virtud de la fuerza centrífuga, alejarse de nuestro planeta una distancia muy cercana de su distancia primitiva.

En lo sucesivo ya no ocurrirá así. La velocidad del meteoro, reducida por él frotamiento con las capas más densas de la atmósfera, sólo es suficiente para mantenerlo en su trayectoria actual.

Mantendríase, por lo tanto, eternamente en ella, st la causa a que se debe su disminución, es decir, Ia disminución de aire, fuese suprimida, Pero siendo, como es, otra causa permanente, puede considerarse como cierto que el bólido caerá.

Hay más. Siendo la resistencia del aire un fenómeno perfectamente estudiado y conocido, es posible trazar desde ahora la curva de caída del meteoro.

A salvo de complicaciones inesperadas, cuya hipótesis no impide rechazar los hechos anteriores, es posible afirmar al presente los extremos que siguen:

1.º El bólido caerá.

2.º La caída se efectuará el día 19 de agosto entre las dos y las once de la mañana,

3.º La caída tendrá efecto en un radio de diez kilómetros en torno de la ciudad de Upernivik, capital de Groenlandia,

Si el banquero Robert Lecoeur hubiera estado en situación de conocer esta nota de J. B. K. Lowenthal, hubiera tenido motivos para considerarse dichoso.

Apenas, en efecto, se extendió la nueva, cuando las acciones de las explotaciones auríferas del Antiguo y del Nuevo Continente bajaron cuatro quintos de su valor.

CAPÍTULO XVI
DONDE SE VE A MUCHOS CURIOSOS APROVECHAR ESTA OCASIÓN DE IR A GROENLANDIA Y ASISTIR A LA CAÍDA DEL EXTRAORDINARIO METEORO

UNA muchedumbre numerosa asistía en la mañana del 27 de julio a la partida del vapor Mozik, que iba a abandonar Charleston, el gran puerto de la Carolina del Sur.

Tal era la anuencia de curiosos deseosos de trasladarse a Groenlandia, que desde hacía

muchos días no había ya un solo camarote disponible a bordo de aquel buque de mil quinientas toneladas, y eso que no era el único que partía con tal destino. Muchos otros buques de diferentes nacionalidades se disponían a remontar el Atlántico hasta el estrecho de Davis y hasta el mar de Baffin, más allá del círculo polar ártico.

Esa afluencia nada tenía de sorprendente en el estado de sobrexcitación de los espíritus, desde la famosa comunicación de J. B. K. Lowenthal.

Este sabio astrónomo no podía equivocarse; después de haber censurado tan enérgicamente a Mr. Dean Forsyth y al doctor Sydney Hudelson, no se habría expuesto a merecer iguales reproches. Verdaderamente inexcusable hubiera sido hablar a la ligera en circunstancias tan excepcionales.

Debían tenerse, por consiguiente, sus conclusiones como absolutamente ciertas. El bólido debía caer sobre el suelo de Groenlandia.

Esta vasta región, dependiente en otro tiempo de Dinamarca, y a la cual había concedido este reino generosamente la independencia algunos años antes de la aparición del meteoro, era la favorecida por la fortuna con preferencia a todos los demás estados del Universo.

Inmensa, en verdad, es esta región, de la que no pude aún decirse si es continente o isla pese a los recorridos que sobre ella se han realizado.

Podría haber ocurrido que la esfera de oro cayese sobre un punto muy alejado del litoral, a centenares de leguas hacia el interior, y en ese caso, las dificultades para llegar hasta él habrían sido muy grandes: por supuesto, inútil es decir que semejantes dificultades se habrían vencido, desafiando los fríos árticos y las tempestades de nieve, y, en caso de necesidad, se habría llegado hasta el polo mismo, en la persecución de aquellos millares de millones.

Era, sin embargo, una suerte que no se necesitasen tales esfuerzos, y que el sitio de la caída hubiese podido ser designado con tanta precisión.

Si el lector hubiese tomado pasaje en el Mozik, en medio de centenares de pasajeros, entre los que se contaban algunas mujeres, habría encontrado cinco viajeros que no le son desconocidos.

Uno era Mr. Dean Forsyth, que, en compañía de «Omicron», bogaba lejos de la torre de Elisabeth Street; era otro Mr. Sydney Hudelson, que había abandonado la torrecilla de Moriss Street.

Tan pronto como las compañías de transporte habían organizado esos viajes a Groenlandia, ninguno de los dos rivales había vacilado un punto en sacar billete de ida y vuelta; si preciso hubiere sido, habría fletado cada uno de ellos un buque por su cuenta con, destino a Upernivik.

Era indudable que ellos no tenían la intención de echar mano al bloque de oro, apropiárselo y llevárselo a Whaston; querían, con todo, encontrarse allí en el momento de la caída.

¿Quién sabe, después de todo, si el Gobierno groenlandés, una vez en posesión del bólido, no les concedería una parte de aquellos millones caídos del cielo?

No hay que decir que a bordo del Mozik, Mr. Forsyth y el doctor Hudelson se habían abstenido cuidadosamente de elegir camarotes próximos. En el curso de aquella navegación, lo mismo que en Whaston, no habría el menor contacto entre ellos.

No se había opuesto Mrs. Hudelson a la partida de su marido, así como tampoco la vieja Mitz había tratado de disuadir a su amo de que emprendiera el viaje.

El doctor, sin embargo, había tenido que ceder a las apremiantes solicitaciones de su hija primogénita, que deseaba hacer el viaje con él. Jenny, pues, acompañaba a su padre.

Al insistir, como lo había hecho, tenía la joven un objeto. Separada de Francis Gordon desde las escenas violentas que habían producido la desunión entre ambas familias, suponía que éste acompañaría a su tío.

En ese caso sería una suerte para los dos prometidos el vivir tan cerca el uno del otro, sin contar las ocasiones que tendrían de hablarse en el transcurso del viaje.

Los sucesos vinieron a demostrar que había pensado bien.

Francis Gordon habíase, en efecto, resuelto a acompañar a su tío. Seguro es que no hubiera pretendido aprovecharse de la ausencia del doctor para presentarse contra sus órdenes terminantes en la casa de Morris Street. Preferible era, pues, tomar parte en el viaje, como lo hacía «Omicron», para interponerse, si llegaba el caso, entre ambos adversarios y aprovecharse de cualquier circunstancia que pudiera modificar aquella deplorable situación.

En el número de los pasajeros del Mozik, hallábase también Edwald de Schnack, el delegado de Groenlandia en la Comisión Internacional. Su país iba a ser sencillamente el país más rico del mundo.

¡ Afortunada nación, en la que no habría ya impuestos de ninguna clase y en la que se suprimiría la indigencia!

Dada la prudencia de la raza escandinava, no había duda de que aquella enorme masa de oro se gastaría con gran parsimonia.

Mr. Schnack iba a ser el héroe de a bordo. Las personalidades de Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson se desvanecían ante la del representante de Groenlandia; y aquellos dos rivales experimentaban un odio igual hacia el representante de un Estado que no les dejaba ninguna parte, aunque sólo fuese una parte de vanidad, en su inmortal descubrimiento.

La travesía de Charleston a la capital groenlandesa puede estimarse en tres mil trescientas millas, o sea más de seis mil kilómetros; debería durar unos quince días, incluyendo una escala en Boston para aprovisionarse de carbón. En cuanto a los víveres, llevábalos para varios meses, así como los demás buques que tenían el mismo destino, ya que, dada la enorme afluencia de curiosos, habría sido imposible asegurar su subsistencia en Upernivik.

Si Mr. Schnack tenía un sólido corazón de trillonario, no sucedía lo mismo respecto de Mr Dean Forsyth y del doctor Hudelson.

Hallábanse en los comienzos de la navegación, y ya pagaban su correspondiente tributo, con gran amplitud, al dios Neptuno. Mas ni por un instante tan sólo lamentaban haberse lanzado en semejante aventura..

Creemos inútil decir si esas indisposiciones, que les reducían a la impotencia, eran aprovechadas por los dos novios.

De este modo ganaban el tiempo perdido, mientras que el padre y el tío caían bajo los golpes de la pérfida Anfitrite.

Ellos, por su parte, no eran accesibles al mareo, y sólo se separaban para prodigar sus cuidados a los dos enfermos; no sin cierto refinamiento de malicia, habíanse repartido el trabajo; así, mientras que Jenny ofrecía sus consuelos a Mr. Dean Forsyth, Francis Gordon se los prodigaba al doctor Hudelson.

Cuando el mar se hallaba más tranquilo, Jenny y Francis sacaban de los camarotes a los dos infortunados astrónomos, los conducían al aire Ubre y los hacían sentarse no lejos el uno del otro, teniendo cuidado de ir disminuyendo gradualmente esta distancia.

—¿Cómo se encuentra? —decía Jenny, echando una manta sobre las piernas de Mr. Dean Forsyth.

—¡Bastante mal! —suspiraba el enfermo, sin saber siquiera quién le hablaba.

Y haciéndole recostar sobre unos almohadones bien dispuestos:

—¿Cómo va eso, Mr. Hudelson? —repetía Francis, con un tono afable, como si nunca le hubiesen despedido de la casa de Moriss Street.

Los dos rivales permanecían allí algunas horas, teniendo sólo una vaga conciencia de su vecindad!

Para que recobrasen un poco de animación sólo era menester que Mr. Schnack llegase a pasar cerca de ellos. Un relámpago iluminaba los ojos de Mr. Forsyth y del doctor Hudelson, que hallaban la fuerza suficiente para murmurar para sí mismos invectivas de impotente odio.

—¡Ese salteador de bólidos! —murmuraba Mr. Dean Forsyth.

—¡Ese ladrón de meteoros! —murmuraba el doctor Hudelson.

Mr. Schnack no se daba cuenta de ello, ni siquiera estaba enterado de su presencia a bordo. Iba él y venía desdeñosamente con el aplomo de un hombre que va a encontrar en su país más dinero del que se necesitaría para pagar cien veces la deuda pública del mundo entero.

La navegación, sin embargo, seguía en excelentes condiciones. De creer era que otros buques con igual destino atravesarían en aquellos momentos el Atlántico.

El Mozik pasó a lo largo de Nueva York hacia Boston. En la mañana del 30 de julio llegó a anclar ante esta capital del estado de Massachusetts. Con un día habría bastante para embarcar el carbón.

Aun cuando la travesía no había sido mala, la mayor parte de los pasajeros habían sufrido el mareo, y cinco o seis de ellos juzgaron que esto era suficiente, y renunciando a proseguir el viaje, desembarcaron en Boston. Dicho se está que entre esos pasajeros no se contaban ni Mr. Dean Forsyth ni el doctor Hudelson.

El desembarque de esos pasajeros dejó libres algunos camarotes del Mozik; y no faltaron aficionados que se aprovecharon de ello para embarcarse en Boston.

Entre éstos habría podido notarse un caballero, de elegante aspecto, que se había presentado de los primeros para asegurarse uno de los camarotes vacantes.

Este caballero no era otro que Mr. Seth Stanfort, el esposo y divorciado después, en las condiciones que ya sabemos, por Mr. John Proth, el juez de Whaston.

Después de la separación, que se remontaba ya a más de dos meses, Mr. Seth Stanfort había vuelto a Boston. Poseído siempre del gusto de los viajes, y obligándole la nota de J. B. K. Lowenthal a renunciar al del Japón, había visitado las principales ciudades del Canadá.

¿Trataba de olvidar a su antigua esposa? Parece esto poco probable; habíanse separado los dos esposos por gusto de ambos; tal Vez no se volviesen a ver, y si se veían de nuevo, acaso no se reconocieran.

Acababa Mr. Seth Stanfort de llegar a Toronto, la capital actual del Dominio, cuando tuvo conocimiento de la sensacional comunicación de J. B, K. Lowenthal.

Aun cuando la caída hubiera debido tener efecto a algunos millares de leguas, en las regiones más recónditas del Asia o del África, habría hecho él lo imposible por trasladarse allá.

Y no es que este fenómeno meteórico le interesase extraordinariamente; pero asistir a un espectáculo que sólo contaría con un número relativamente reducido de espectadores, ver lo que millones de seres humanos no verían, era cosa para tentar a un caballero aventurero, gran aficionado a los viajes, y al que su fortuna permitía realizar los más fantásticos itinerarios.

Por otra parte; no se trataba de partir para los antípodas. El teatro de aquel acontecimiento astronómico se encontraba a las puertas del Canadá.

Tomó, pues, Mr. Seth Stanfort el primer tren que salía para Quebec; y ya aquí el que salía para Boston a través de las llanuras del Dominio y de la Nueva Inglaterra.

Cuarenta y ocho horas después del embarque de este caballero, el Mozik, sin perder de vista la tierra, pasó al lago de Portsmouth, y de Portland después, al alcance de los semáforos.

Tal vez los semáforos habrían podido dar nuevas noticias del bólido, por medio de señales que hubieran podido percibirse a simple vista cuando el cielo estaba despejado.

Los semáforos permanecieron mudos y el de Halifax no fue más locuaz cuando el vapor se encontró en frente de ese gran puerto de la Nueva Escocia.

Innumerables eran los enfermos, entre los cuales, a pesar de los cuidados de Jenny y de

Francis, continuaban haciéndose notar Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson.

El cabo Confort fue avistado en la mañana del 7 de agosto.

La tierra groenlandesa termina un poco más hacia el Este, en el cabo FareweU, contra el que van a estrellarse las olas del océano Atlántico septentrional; y a estrellarse con una furia bien conocida de los valientes pescadores del banco de Terranova y de la Islandia.

Por fortuna, no se trataba, en manera alguna, de remontar la costa Este de la Groenlandia.

Esta costa es inabordable; no ofreciendo ningún puerto de refugio.

No faltan, por el contrario, los abrigos en el estrecho de Davis, en el que puede encontrarse fácilmente un refugio, y la navegación se efectúa en condiciones favorables, excepto cuando soplan directamente los vientos del Sur.

La travesía, en efecto, continuó sin que los pasajeros tuviesen que sufrir demasiado.

Esta parte de la costa groenlandesa, desde el cabo FareweU hasta la isla Disko, se halla por lo general bordeada por promontorios de rocas primitivas, de una latitud considerable, que contienen un tanto los vientos.

Hasta en el período invernal se halla este litoral menos obstruido por los hielos que las corrientes del polo traen del océano Boreal.

En estas condiciones fue como el Mozik batió con su rápida hélice las aguas de la bahía Gilbert.

Ancló durante algunas horas en Gothaab, donde el cocinero de a bordo pudo procurarse pescado fresco en gran cantidad. ¿No es del mar, en efecto, de donde los groenlandeses sacan su principal alimento?

La isla Disko, que el vapor alcanzó en las primeras horas del 9 de agosto, es la más importante de todas las del rosario cuyas cuentas corren a lo largo del litoral groenlandés.

Esta isla, de rocas basálticas, posee una capital, Godhaven, construida sobre su costa meridional, y compuesta, no de casas de piedra, sino de madera.

Francis Gordon y Seth Stanfort, en su calidad de pasajeros a quienes el meteoro no hipnotizaba, quedaron vivamente impresionados al contemplar aquel pueblo negruzco. Algunas casas, aunque poco amuebladas, no carecían de comodidades. La autoridad se halla representada por un delegado del Gobierno que reside en Upernivik, la capital.

En el puerto de esta última ciudad fue donde el Mozik vino a anclar el día 10 de agosto, hacia las seis de la tarde.

CAPÍTULO XVII

DONDE EL MARAVILLOSO BÓLIDO Y UN PASAJERO DEL MOZIK ENCUENTRAN, ÉSTE A UN PASAJERO DEL OREGON Y AQUÉL AL GLOBO TERRESTRE

El término Groenlandia significa Tierra verde, pero Tierra blanca hubiera convenido más a este país cubierto de nieve. No pudo ser bautizado así más que por una agradable ironía de su padrino, un tal Eric «el Rojo», marino del siglo X, que era probablemente tan rojo como la Groenlandia verde.

Tal vez, después de todo, esperaba este escandinavo convencer a sus compatriotas para colonizar aquella verde región hiperbórea.

Los colonos no se dejaron tentar por ese nombre encantador, y actualmente, contando con los indígenas, la población groenlandesa no pasa de diez mil habitantes.

Si hay algún país que no fuese formado para recibir un bólido que valía cinco mil setecientos ochenta y ocho millares de millones, era indudablemente éste; fuerza es reconocerlo así.

Más de uno de entre la multitud de pasajeros a quienes la curiosidad llevaba a Upernivik

debió de permitirse semejante reflexión: ¿no le habría sido más fácil al bólido caer algunos centenares de leguas más al Sur, en la superficie de las extensas llanuras del Dominio o de la Unión, donde tan fácil hubiera sido hallarlo...?

¡No; era una región de las más impracticables y de las más inhospitalarias la que iba a ser el teatro de aquel acontecimiento tan memorable!

A decir verdad, podían invocarse algunos precedentes. ¿No han caído ya bólidos en Groenlandia? ¿No encontró Nordenskjold en la isla Disko tres bloques de hierro, cada uno de los cuales pesaba veinticuatro toneladas, meteoritos muy probablemente, que figuran hoy en día en el Museo de Estocolmo?

Por fortuna, si J. B. K. Lowenthal no se había equivocado, el bólido debía caer sobre una región bastante abordable y en el transcurso de aquel mes de agosto, que eleva la temperatura sobre cero.

En esta época del año puede el suelo en algunos sitios justificar la calificación de tierra verde dada a ese trozo del Nuevo Continente. En los jardines brotan algunas leguminosas y algunas gramíneas, mientras que hacia el interior sólo pueden encontrarse musgos y liqúenes.

Pero en cambio, tras dos o tres meses de verano, a lo sumo, vuelve el invierno con sus interminables noches, sus fuertes corrientes atmosféricas, salidas de las regiones polares.

De que el meteoro no debiese caer en el interior del Continente, no se seguía que su posesión le estuviese asegurada a Groenlandia.

Upernivik no se halla tan sólo a orillas del mar, sino que se halla rodeado de mar por todas partes. Es una isla en medio de un archipiélago de islotes diseminados a lo largo del litoral, y esta isla, que no tiene diez leguas de superficie ofrece, fuerza es convenir en ello, un blanco bastante reducido y estrecho para el proyectil aéreo.

Si no la alcanzaba con una precisión matemática, pasaría al lado del blanco y las aguas del mar de Baffin se cerrarían sobre él; y debe tenerse en cuenta que el mar es bastante profundo en estas regiones hiperbóreas, pues tiene de mil a dos mil metros.

No dejaba de preocupar vivamente esta eventualidad a Mr. Schnack, que más de una vez había confiado sus inquietudes a Seth Stanfort, con quien había trabado amistad en el curso de la travesía.

La desgracia que tanto temía Mr. Schnack, Francis Gordon y Jenny Hudelson habríanla, por el contrario, considerado como la más feliz de las soluciones. Una vez desaparecido el bólido, aquellos de quienes su felicidad dependía nada tendrían ya que reivindicar, ni aun siquiera el honor de darle su nombre. Sería éste un gran paso hacia la reconciliación definitiva y tan ardientemente deseada.

Es muy dudoso que este modo de ver de los dos jóvenes fuese compartido por los numerosos pasajeros del Mozik y de otros buques de todas naciones, anclados a la sazón ante Upernivik.

Desde el día siguiente al de la llegada, una muchedumbre, compuesta de elementos muy diversos, se extendió en torno de algunas casitas de madera, la principal de las cuales enarbolaba la bandera blanca con la cruz roja de Groenlandia. Jamás habían visto groenlandeses y groenlandesas desfilar tanta gente ante sus casas y por su país.

La llegada de semejante número de extranjeros a la isla de Upernivik provocó una gran sorpresa a los centenares de indígenas que en ella habitan, y cuando supieron la causa de tal afluencia, no disminuyó su sorpresa, sino más bien todo lo contrario. No ignoraban aquellas pobres gentes que el oro tenía su valor; pero la fortuna no sería para ellos. Si los millones caían sobre la tierra firme, no irían a llenar sus bolsillos, sino que irían a las cajas del Estado, de las que, según es costumbre, no se les vería salir jamás.

Durante las horas de espera, los intrépidos turistas daban largos paseos a través de la isla.

Cinco días habían transcurrido desde la llegada del Mozik, cuando en la mañana del 16 de

agosto un último buque fue señalado cerca de Upernivik.

Era un steamer que se deslizaba a través de las islas e islotes del archipiélago, para venir a buscar su anclaje; en él se veía flotar la bandera con las cincuenta y una estrellas de Estados Unidos de América.

No podía dudarse de que aquel steamer conducía un nuevo lote de pasajeros al teatro del gran fenómeno meteorológico; retrasados que, por lo demás, no llegarían con retraso, toda vez que el globo de oro gravitaba aún en la atmósfera.

Hacia las once de la mañana, el steamer Oregón anclaba en medio de la flotilla. Un bote se separó en seguida de su costado y llevó a tierra a uno de los pasajeros, más apresurado, sin duda, que sus compañeros de viaje.

Inmediatamente se extendió el rumor de que el recién llegado era uno de los astrónomos del observatorio de Boston, un tal Mr. Wharf, que se dirigió en seguida a la casa del jefe del Gobierno. Avisó éste sin tardanza a Mr. Schnack, y el delegado se trasladó a la casita, en cuyo techo tremolaba la bandera nacional.

La ansiedad era inmensa. ¿Iría a marcharse el bólido a recorrer otros países celestes?

Pronto hubo de volver la tranquilidad a este respecto. El cálculo había conducido a J. B. K. Lowenthal a conclusiones exactas y única y exclusivamente para asistir a esa caída del bólido era por lo que Mr. Wharf había emprendido aquel largo viaje, a título de representante de su jefe jerárquico.

Era entonces el 16 de agosto; faltaban, por consiguiente, tres veces veinticuatro horas para que el bólido reposase sobre la tierra groenlandesa.

—A menos que no se vaya al fondo —murmuró Francis Gordon, único, por lo demás, en concebir este pensamiento y en formular esta esperanza.

Pero no podía saberse hasta pasados tres días el desenlace de aquel asunto. Tres días no es nada apenas y es a veces mucho, muy particularmente en Groenlandia, en la que no podía pretenderse que los placeres pecasen por la abundancia.

Reinaba, pues, el fastidio, y largos y contagiosos bostezos desarticulaban los maxilares de aquellos turistas desocupados.

Uno de ellos, a quienes el tiempo seguramente parecía menos largo, era Mr. Stanfort.

Globe trotter determinado, corriendo de muy buen grado allí donde hubiera algo sensacional que ver, estaba acostumbrado a la soledad y sabía, como suele decirse, acompañarse a sí mismo.

En su provecho exclusivo fue, no obstante —porque tal es la injusticia inmanente—, como debía romperse la fastidiosa monotonía de aquellos últimos días de espera.

Paseábase Mr. Seth Stanfort por la playa para asistir al desembarque de los pasajeros del Oregón, cuando se detuvo de pronto al Ver una señora, que una de las embarcaciones depositaba sobre la arena de la playa.

Dudando Seth Stanfort del testimonio de sus sentidos, se acercó, y con un tono que revelaba sorpresa, pero no en modo alguno disgusto;

—¿Mrs. Arcadia Walker, si no me engaño? —dijo.

—¡Mr. Stanfort! —exclamó la pasajera.

—No contaba yo, Mrs. Arcadia con la dicha de volver a verla en esta remota isla.

—Ni yo tampoco, Mr. Stanfort.

—Y ¿cómo se encuentra usted, Mrs. Arcadia?

—Perfectamente, Mr. Stanfort... ¿Y usted?

—Muy bien, completamente bien.

Sin otras formalidades pusiéronse a conversar como dos antiguos conocidos que acaban de encontrarse por casualidad,

Mrs. Arcadia Walker inquirió en seguida, alzando la mano hacia el espacio:

—¿No ha caído aún?

—No, tranquilícese usted; aún no ha caído, pero no puede tardar ya mucho en caer.

—Me alegro; así podré hallarme presente a su caída —dijo Mrs. Arcadia con viva satisfacción.

—Como me hallaré yo por mi parte —respondió Mr. Seth Stanfort.

Eran decididamente dos personas distinguidas, muy distinguidas y de mundo, por no decir dos antiguos y sinceros amigos, a quienes un semejante sentimiento de curiosidad reunía sobre aquella playa de Upernivik.

¿Por qué, después de todo, había de ser de otro modo? Cierto, sí, que Mrs. Arcadia Walker no había encontrado en Mr. Seth Stanfort su ideal; pero muy bien podía suceder que este ideal no existiese, ya que ella no le había hallado en ninguna parte.

Hecha la experiencia con toda lealtad, había comprobado que el matrimonio no era de su conveniencia, como tampoco lo había sido de la de Mr. Stanfort; pero al paso que ella experimentaba mucha simpatía respecto de un hombre que había tenido la delicadeza de renunciar a ser un marido, éste conservaba de su ex mujer el recuerdo de una persona inteligente, original, que había llegado a ser absolutamente perfecta al dejar de ser su mujer.

Habíanse ellos separado sin reproches, sin recriminaciones. Mr. Seth Stanfort había ido por su lado; Mrs. Walker lo había hecho por el suyo; un acontecimiento sensacional llevábales a ambos a aquella isla groenlandesa, ¿por qué razón habían de haber afectado no conocerse?

Cambiadas las primeras frases, Mr. Seth Stanfort habíase puesto a la disposición de Arcadia Walker, quien aceptó de muy buen grado los servicios de Seth Stanfort; y ya no se volvió a hablar entre ellos de otra cosa que del fenómeno meteorológico, cuyo desenlace estaba tan próximo.

A medida que iba el tiempo transcurriendo, un enervamiento creciente seguía invadiendo a los curiosos reunidos en aquella remota playa, y más especialmente a los principales interesados, entre los cuales menester era colocar, además de los groenlandeses, a Mr. Dean Forsyth y al doctor Sydney Hudelson, toda vez que ellos continuaban atribuyéndose a sí mismos esta cualidad.

«¡Siempre que caiga efectivamente sobre la isla!», pensaban Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson.

«Y no en el mar...», pensaba el jefe del Gobierno groenlandés.

—Pero no sobre nuestras cabezas —agregaban entre dientes algunos muy miedosos.

Demasiado cerca o demasiado lejos; tales eran, en efecto, los dos únicos puntos importantes.

El 16 y el 17 de agosto transcurrieron sin que hubiese que registrar ningún incidente notable.

Por desgracia, el tiempo comenzaba a ponerse malo y la temperatura a bajar de un modo bastante sensible : tal vez aquel invierno fuese precoz. Las montañas del litoral hallábanse ya cubiertas de nieve, y cuando el viento soplaba de aquel lado, era tan duro, tan penetrante, que se hacía absolutamente preciso ponerse al abrigo de él en los salones de los buques.

Por estas razones no era cosa de hacer larga estancia en aquellas latitudes, y una vez satisfecha su curiosidad, los curiosos emprenderían muy gustosos la ruta del Sur.

Sólo tal vez los dos rivales, empeñados en hacer valer lo que ellos llamaban sus derechos, querían permanecer cerca del tesoro. Todo podía esperarse de parte de tales locos, y Francis Gordon, pensando en su querida Jenny, no miraba sin angustia esta perspectiva de una larga invernada.

En la noche del 17 al 18 de agosto, una verdadera tempestad se desencadenó sobre el archipiélago.

Veinte horas antes el astrónomo de Boston había conseguido tomar una observación del

bólido, cuya velocidad disminuía sin cesar. Pero era tal la violencia de la tormenta, que era cosa de preguntarse si no arrastraría consigo al bólido.

Ninguna calma se manifestó durante todo el 18 de agosto, y las primeras horas de la noche que siguió a ese día fueron tan terriblemente agitadas, que los capitanes de los buques anclados en la rada no dejaron de experimentar serias inquietudes.

No obstante, hacia la mitad de la noche del 17 al 18 de agosto la tempestad decreció muy notablemente.

Desde las cinco de la madrugada todos los viajeros se aprovecharon de tal calma para hacerse llevar a tierra. ¿No era el 18 de agosto la fecha fijada para la caída del bólido?

Era tiempo; a las siete se oyó un golpe sordo, tan violento y rudo, que la isla entera tembló desde su base en toda su extensión.

Algunos instantes más tarde, un indígena corría a la casa ocupada por Mr. Schnack. Llevaba la sensacional noticia...

El bólido había caído sobre la punta noroeste de la isla de Upernivik.

CAPÍTULO XVIII
EN EL CUAL, PARA ALCANZAR EL BÓLIDO, MR SCHNACK Y SUS NUMEROSOS CÓMPLICES COMETEN LOS DELITOS DE ESCALA Y FRACTURA

AL instante, pareció que la locura se había apoderado de todos.

Extendida en un instante la nueva, revolucionó a los turistas y a la población groenlandesa, los buques en rada fueron abandonados por sus tripulaciones y un verdadero torrente humano se lanzó en la dirección indicada por el mensajero indígena como lugar de la caída del bólido.

Si la atención de todos no hubiese estado acaparada en provecho del famoso meteoro, habría podido notarse en aquel preciso instante un hecho difícilmente explicable.

Como obedeciendo a una señal misteriosa, uno de los buques anclados en la bahía, un steamer, cuya chimenea lanzaba humo desde el amanecer, levó anclas y se dirigió a todo vapor hacia alta mar. Era un buque de formas alargadas, de mucho andar, según toda verosimilitud. En pocos minutos desapareció detrás del promontorio.

Semejante conducta era para sorprender a cualquiera.

¿Por qué haber ido hasta Upernivik para abandonarle en el momento en que había algo que ver allí? ¿Qué sería eso?

Pero nadie, tan grande era el general apresuramiento, nadie advirtió esta partida, bastante singular, por cierto.

Correr lo más de prisa posible; tal era la obsesión de aquella muchedumbre, en la que se contaban algunas mujeres y hasta algunos niños y unas pocas niñas.

Se avanzaba en desorden, empujándose, atrepellándose unos a otros. Uno, sin embargo, había, al menos, que conservaba toda su calma y tranquilidad, en medio de la general confusión. En su calidad de globe trotter, a quien nada podría conmover, Mr. Seth Stanfort conservaba, en el aturdimiento de los demás, su dilettantismo, un poco desdeñoso. Hasta —¿era por su extremada cortesía o por algún otro sentimiento?—, hasta había comenzado por volver francamente la espalda a la dirección seguida por sus compañeros para dirigirse al encuentro de Mrs. Arcadia Walker y ofrecerle su compañía.

¿No era natural, después de todo, y dadas sus excelentes relaciones de amistad, que ellos marchasen juntos y en buena armonía al descubrimiento del bólido?

—¡Por fin ha caído, Mr. Stanfort! —Tales fuerorr Jas primeras palabras que pronunció Mrs. Arcadia Walker.

—¡Ha caído por fin! —contestó Mr. Seth Stanfort.
—¡Por fin ha caído! —había repetido y repetía aún toda aquella muchedumbre, mientras se dirigía apresuradamente hacia la punta noroeste de la isla.
Cinco personas, no obstante, habían logrado mantenerse delante de todas las demás.
En primer término figura Mr. Edwald de Schnack, delegado de la Groenlandia en la Conferencia Internacional, a quien hasta los más impacientes habían cedido cortésmente el paso.
En el espacio libre que con esta maniobra había quedado, dos turistas se habían en seguida insinuado, y así Mr. Dean Forsyth y el doctor Sydney Hudelson marchaban a la sazón a la cabeza de la comitiva, fielmente acompañados de Francis Gordon y de su linda prometida.
Continuaban los jóvenes desempeñando sus papeles naturales, del mismo modo que lo habían llevado a cabo a bordo del Mozik.
Jenny se desvivía por adivinar los deseos y complacer a Mr. Dean Forsyth, mientras que Francis Gordon, por su parte, rodeaba de cuidados y atenciones al doctor Sydney Hudelson.
No siempre era bien acogida su solicitud, es menester reconocerlo; pero por aquella vez, tan profundamente turbados se encontraban los dos rivales, que ni siquiera habían advertido su presencia recíproca.
No era cosa, por lo tanto, de protestar de la malicia de los simpáticos jóvenes, que marchaban entre ellos.
—El delegado va a ser el primero en tomar posesión del bólido —gruñó Mr. Dean Forsyth.
—Y a ponerle la mano encima —añadió el doctor Hudelson, creyendo contestar a Francis Gordon.
—¡Pero eso no habrá de impedirme el hacer valer mis derechos! —exclamó Mr. Dean Forsyth, dirigiéndose a Jenny.
—¡Seguramente que no! —añadió, aprobando, Mr. Sydney Hudelson, que pensaba en los suyos.

Con intensa satisfacción de la hija de uno de ellos y del sobrino del otro, parecía verdaderamente que ambos adversarios, olvidando rencillas personales, uniesen sus odios comunes contra un solo enemigo.
A consecuencia de un feliz concurso de circunstancias, el estado atmosférico se había modificado por entero. La tormenta había ido cesando a medida que el viento caía hacia el Sur.
Aunque el sol no se elevaba todavía más que algunos grados sobre el horizonte, brillaba, por lo menos, a través de las últimas nubes.
Desde la ciudad hasta la punta podía muy bien contarse una larga legua, que era necesario franquear a pie. No era Upernivik quien podía suministrar un vehículo cualquiera.
La marcha, por lo demás, era fácil y cómoda sobre un terreno bastante plano, de naturaleza rocosa, cuyo relieve no se acentuaba seriamente más que en el centro y en las proximidades del litoral, en donde se alzaban algunos altos promontorios.
El indígena que había sido el primero en llevar la sensacional noticia, era el que servía de guía a la expedición.
Iba seguido muy de cerca por Mr. Schnack, por los señores Dean Forsyth y Sydney Hudelson, por Jenny y Francis Gordon; seguidos éstos, a su vez, de «Omicron», del astrónomo de Boston y de la multitud de turistas.
Un poco detrás, Mr. Seth Stanfort caminaba al lado de Mrs. Arcadia Walker.
No dejaban de conocer los dos ex esposos la ruptura, que había llegado a ser legendaria, de las dos familias; y las confidencias de Francis Gordon, con el que durante la travesía había

iniciado Mr. Seth Stanfort amistosas relaciones, habían puesto a éste al corriente de las consecuencias de aquella ruptura.

—Todo eso se arreglará —aseguró Mrs. Arcadia Walker, una vez que estuvo puesta al corriente de los acontecimientos.

—Es de desear que así suceda para bien de todos —dijo aprobando Mr. Seth Stanfort.

—Cierto —añadió Mrs. Arcadia Walker—; y así, será mejor que haya pasado lo que ha pasado. Creo yo, Mr. Stanfort, que un poco de dificultades, de inquietudes y de zozobras no vienen mal antes del matrimonio. Las uniones hechas con demasiada facilidad corren el riesgo de deshacerse de la misma manera... ¿No es esa, por ventura, la opinión de usted sobre el particular?

—Indudablemente, Mrs. Arcadia... Así, nosotros... Nuestro ejemplo lo prueba harto elocuentemente... En cinco minutos... A caballo... El tiempo puramente preciso para entregar uno su mano...

—Para volverla a entregar de nuevo seis semanas después... Pero esta vez a nosotros mismos, y recíprocamente ^interrumpió sonriendo Mrs. Arcadia Walker—. Pues bien; Hoy Francis Gordon y Jenny Hudelson no dejarán de alcanzar la dicha, aunque no se casen a caballo.

Inútil creemos decir que en medio de aquella multitud de curiosos, Mr. Seth Stanfort y Mrs. Arcadia Walker debían ser los únicos, si se exceptúa a los dos jóvenes prometidos, en no acordarse para nada en aquel momento del meteoro.

Se avanzaba a buen paso. En media hora más o menos habíanse franqueado tres cuartos de legua; un millar de metros quedaban por andar para alcanzar el bólido, que se ocultaba a las miradas detrás de un pequeño promontorio.

Allí era donde se encontraría, según el guía groenlandés, y aquel indígena no podía equivocarse.

Mientras se hallaba trabajando la tierra, había visto perfectamente la luz fulgurante del meteoro, y había oído claramente el ruido producido por la caída, ruido que muchos otros, aun cuando mucho más distanciados, habían percibido también.

Una circunstancia, paradójica en aquella región, obligó a los turistas a descansar un instante.

Hacía calor.

Sí; por increíble que ello pudiera parecer, el sudor corría por las frentes, como si se hubiesen encontrado en latitudes más templadas.

¿Sería acaso la agitación de la marcha lo que acaloraba a todos aquellos curiosos? Algo contribuiría, sin duda, a ello, pero la temperatura del aire, no podía negarse ni desconocerse, tendía asimismo a subir.

En aquel sitio, próximo a la punta noroeste de la isla, el termómetro habría marcado muchos grados de diferencia con la población de Upernivik. Hasta parecía que el calor iba acentuándose más vivamente, a medida que iban acercándose al objetivo.

—¿ Habrá modificado la llegada del bólido el clima del archipiélago? —preguntó, riendo, Mr. Stanfort.

—Gran fortuna sería eso para los groenlandeses —respondió en el mismo tono Mrs. Arcadia.

—Es probable que el bloque de oro, recalentado por su frotamiento con las capas atmosféricas, se halle aún en estado incandescente —explicó el astrónomo de Boston—, y que su calor, irradiado, se haga sentir hasta aquí.

—¡Tal vez! —exclamó Mr. Seth Stanfort—. ¿Habrá de sernos preciso, en ese caso, esperar a que se enfríe?

—Su enfriamiento habría sido más rápido si, en lugar de caer encima, hubiera caído fuera de la isla —hizo observar para sí Francis Gordon.

También él sentía calor, pero no era el único. Mr. Schnack y Mr. Wharf transpiraban lo

mismo que él, y con ellos, toda la multitud de pasajeros y todos los groenlandeses, que jamás se habían visto en una fiesta semejante.

Después de haber descansado durante un buen rato, reanudaron la marcha. Quinientos metros todavía, y a la vuelta del promontorio aparecería el meteoro en todo su brillante esplendor a los ojos de los curiosos. Desgraciadamente, al cabo de unos doscientos pasos, Mr. Schnack, que marchaba a la cabeza, tuvo que detenerse de nuevo, y tras él los señores Forsyth y Hudelson, y tras éstos toda la muchedumbre viose obligada a hacer lo mismo. No era el calor el que les obligaba a hacer este segundo alto, sino un obstáculo inesperado, el más inesperado de los obstáculos, que en semejante país hubiera podido preverse.

Una cerca de madera se extendía allí hasta el litoral, cerrando el paso por todas partes. En varios sitios se alzaban postes, sobre los cuales aparecía una misma inscripción en francés, inglés y danés. Mr. Schnack, que se encontraba enfrente, precisamente, de uno de esos rótulos, leyó con verdadera estupefacción: «Propiedad privada. Se prohibe el paso.»

¡Una propiedad privada en aquellos remotos parajes era una cosa bien extraordinaria! Que hubiese villas y posesiones en las soleadas orillas del Mediterráneo, o sobre las más brumosas del Atlántico, se comprendía perfectamente; ¡pero sobre las playas del océano Glacial...! ¿Qué podía hacer de aquel dominio árido y rocoso su original propietario?

En todo caso, aquello no era de la incumbencia de Mr. Schnack. Absurdo o no, una propiedad privada le cerraba el camino, y ese obstáculo moral únicamente había contenido sus impulsos. Un delegado oficial es naturalmente respetuoso de los principios sobre que reposan las sociedades civilizadas; y la inviolabilidad del domicilio privado es un axioma universalmente proclamado.

El propietario, por lo demás, había tenido muy buen cuidado de recordar ese axioma a los que hubiesen sentido tentaciones de olvidarlo.

Mr. Schnack estaba perplejo. Permanecer allí parecíale muy cruel. Pero por otra parte... ¡violar la propiedad de otro, con menosprecio de todas las leyes divinas y humanas...!

A la cola de la columna se dejaron oír murmullos que iban aumentando de minuto en minuto, y en pocos instantes se propagaron hasta la cabeza. Las últimas filas, ignorantes de la causa que lo motivaba, protestaban, con toda la fuerza de su impaciencia, contra aquella detención. Puestos al tanto del incidente, no se dieron por satisfechos y aumentando poco a poco su descontento, pronto estalló un vocerío, en medio del cual todo el mundo hablaba a un tiempo, sin escuchar a los demás.

¿Iban a permanecer toda la vida allí ante aquella cerca? Después de haber andado millares de millas para llegar hasta allí, ¿iban a dejarse detener por una cerca de madera y alambre? El propietario del terreno no podía tener la loca pretensión de ser también el propietario del meteoro. No tenía, por consiguiente, razón ninguna para prohibir el paso.

Además, si el propietario negaba el paso, la cosa era sencilla; no había más que tomárselo.

¿Sintióse acaso quebrantado Mr. Schnack por la fuerza de estos argumentos...? Lo cierto es que sus principios flaquearon.

Precisamente enfrente de él, y sujeta por un sencillo bramante, había una puertecilla en la cerca. Valiéndose de una navajita, Mr. Schnack cortó aquel bramante, y sin reflexionar que aquel allanamiento de morada le transformaba en un vulgar salteador, penetró en el territorio.

Por la puerta unos y saltando la cerca otros, el resto de la muchedumbre se precipitó tras él. En pocos instantes, más de tres mil personas habían invadido la «propiedad privada». Muchedumbre ésta agitada, bullidora, que comentaba vivamente aquel inesperado incidente.

Pero el silencio se restableció de pronto, como por encanto.

A cien metros de la cerca una pequeña cabana, oculta hasta entonces por un accidente del terreno, habíase revelado bruscamente; y la puerta de aquella miserable choza acababa de

abrirse, dejando ver un personaje del más extraño aspecto. Ese personaje interpelaba a los invasores:

—¡Eh, los de allá abajo! —gritaba en francés con áspera voz—. ¡No se apuren ustedes! ¡Obren tal como si estuviesen en su casa!

Mr. Schnack comprendía el francés; por eso se detuvo en el acto, y tras él se detuvieron igualmente los turistas, que, con un mismo movimiento, volvieron a la vez hacia el insólito interpelador sus tres mil semblantes perplejos.

CAPÍTULO XIX
DONDE ZEPHYRIN XIRDAL EXPERIMENTA UNA AVERSIÓN CRECIENTE HACIA EL BÓLIDO, Y LO QUE DE ELLO SE SIGUE

HABRÍA llegado sin percance ni tropiezos a su destino, Zephyrin Xirdal, de estar completamente solo? Posible es, porque todo es posible en este mundo.

Habríase, no obstante, dado pruebas de gran prudencia, apostando por la negativa.

Sea de ello lo que quiera, había faltado la ocasión de hacer apuestas a este respecto, toda vez que su buena estrella le había puesto bajo la salvaguardia de un mentor, cuyo espíritu práctico neutralizaba la desmesurada fantasía de este original.

No conoció, por consiguiente, Zephyrin Xirdal las dificultades de un viaje, bastante complicado en verdad, pero que Monsieur Robert Lecoeur había logrado nacer más sencillo que un paseo por los alrededores.

En El Havre, donde les había conducido el expreso en pocas horas, los dos viajeros fueron acogidos con apresuramiento a bordo de un magnífico steamer, que soltó en seguida sus amarras y ganó la alta mar sin esperar a otros pasajeros.

El Atlantic, en efecto, no era un paquebot, sino más bien un yate de quinientas a seiscientas toneladas, fletado por Monsieur Robert Lecoeur y a su exclusiva disposición.

En razón de la importancia de los intereses comprometidos, el banquero había juzgado conveniente poseer un medio de comunicarse a su gusto con el Universo civilizado.

Permitiéndole, por otra parte, los beneficios recogidos ya por él con sus especulaciones sobre las minas de oro las mayores audacias, habíase asegurado el disfrute de aquel buque, escogido en Inglaterra entre muchos otros.

El Atlantic, fantasía de un multimillonario, había sido construido con objeto de que alcanzase las más altas velocidades. De formas finas y alargadas, podía, bajo el impulso de los cuatro mil caballos de sus máquinas, alcanzar y hasta pasar de los veinte nudos.

La elección de Monsieur Lecoeur había obedecido a esta particularidad que, llegado el caso, tendría grandes ventajas.

Zephyrin Xirdal no manifestó ninguna sorpresa por tener de ese modo un buque a sus órdenes. Acaso, verdad es, no se dio siquiera cuenta de eso. Lo cierto es que penetró en el buque y se instaló en su camarote sin formular la más pequeña observación.

La distancia entre El Havre y Upernivik es de unas ochocientas leguas marinas, distancia que el Atlantic, marchando a toda velocidad, hubiera podido franquear en seis días. Pero no teniendo ninguna prisa, Monsieur Lecoeur consagró doce días a esta travesía y en la tarde del 18 de julio llegó ante Upernivik.

En esos doce días, apenas si Zephyrin Xirdal despegó los labios. Durante las comidas, que les reunían necesariamente, Monsieur Lecoeur se esforzó en muchas ocasiones en llevar la conversación al objeto del viaje; jamás pudo obtener respuesta. En vano se ponía a hablar del meteoro; su ahijado no parecía acordarse de él y ningún destello de inteligencia iluminaba sus miradas frías y mortecinas.

Xirdal, por el momento, miraba hacia dentro y perseguía la solución de otros problemas. ¿Cuáles...? No hizo ninguna confidencia sobre el particular. Pero, en alguna manera, debían de tener el mar por objeto, porque Xirdal se pasaba los días mirando constantemente las olas.

Al día siguiente de la llegada a Upernivik, Monsieur Lecoeur, que comenzaba a desesperarse, quiso hacer un ensayo para despertar la atención de su ahijado, poniéndole ante los ojos su máquina despojada de su envoltura protectora.

Había calculado bien y el medio fue radical. Al ver su máquina, Zephyrin Xirdal se sacudió como al salir de un ensueño y paseó en torno de sí una mirada en que se leía la firmeza y la lucidez de los grandes días.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En Upernivik.

—¿Y mi terreno?

—Hacia él nos dirigimos —volvió a contestar Monsieur Robert Lecoeur.

No era esto del todo exacto. Preciso era antes pasar por casa de Monsieur Biarn Haldorsen, jefe de la Inspección del Norte.

Cambiadas las fórmulas de cortesía, entabláronse los negocios serios, por conducto de un intérprete, cuyo concurso había tenido el banquero el cuidado de procurarse.

Presentóse una primera dificultad.

No era que Monsieur Biarn Haldorsen tuviese el capricho de rechazar los títulos de propiedad que le habían sido sometidos; pero su interpretación no era evidente.

Según los términos de aquellos títulos, bien regularizados y cubiertos de todas las firmas y de todos los sellos oficiales que pudieran desearse, el Gobierno groenlandés, representado por su agente diplomático en Copenhague, cedía a Zephyrin Xirdal una superficie de nueve kilómetros cuadrados, con un punto central, situado en el 72° 53' 30" de latitud Norte y 55° 35' 18" de longitud Oeste, al precio de quinientos kroners el kilómetro cuadrado, o sea un total de poco más de seis mil francos.

Monsieur Biarn Haldorsen no dejaba de haber oído hablar de latitud y de longitud, y no ignoraba que semejantes cosas existían; pero a esto se limitaba todo su saber; que la latitud fuese un animal o un vegetal y la longitud un mineral o un mueble, parecíale igualmente plausible y se guardaba de manifestar ni admitir toda preferencia.

Zephyrin Xirdal completó en algunas palabras los conocimientos cosmográficos del jefe de la Inspección del Norte y rectificó lo que tenían de equivocado y erróneo.

En seguida ofreció proceder él mismo, con ayuda de los instrumentos del Atlantic, a realizar las observaciones y los cálculos que eran necesarios.

El capitán de un buque danés que entonces se hallaba en la rada, podría, por lo demás, inspeccionar los resultados, a fin de tranquilizar completamente a su excelencia Monsieur Biarn Haldorsen.

Así se decidió.

En dos días terminó Zephyrin Xirdal su trabajo, cuya meticulosa exactitud no piído menos de confirmar el capitán danés.

Entonces surgió la segunda dificultad.

El punto que había de constituir el centro de la propiedad estaba situado en plena mar, a doscientos cincuenta metros próximamente al norte de la isla Upernivik.

Monsieur Lecoeur, aterrado por este descubrimiento, hizo vehementes recriminaciones.

¿Qué se iba a hacer ahora...? ¡Haber llegado hasta aquellas comarcas para ver cómo el bólido se hundía en el mar...! ¿Cómo era posible que un sabio como Zephyrin Xirdal hubiese cometido tan terrible error?

La explicación del error era de las más sencillas: Zephyrin Xirdal se había servido para sus

cálculos de un mapa sacado de un pequeño Atlas escolar que estaba equivocado.

—¿Qué vas a hacer tú ahora? —preguntó el banquero a su ahijado.

Hizo éste una elocuente señal de ignorancia.

—Pues es preciso hacer algo... Es menester que nos saques de este callejón sin salida.

Zephyrin Xirdal reflexionó un momento.

—Lo primero que hay que hacer —dijo por fin— es cercar el terreno que nos corresponde fuera de la parte de mar y constituir en él una barraca suficiente para alojarnos.

Monsieur Lecoeur púsose a la obra.

En ocho días los marineros del Atlantic, ayudados por algunos naturales, a quienes había atraído lo elevado de la paga, alzaron una cerca de madera y alambre, cuyas dos extremidades terminaban en el mar, y construyeron una cabana, que fue amueblada con los objetos más indispensables.

El 26 de julio, tres semanas antes del día en que debía tener efecto la caída del bólido, Zephyrin Xirdal se puso a la tarea.

Luego de haber tomado algunas observaciones del meteoro en las altas zonas de la atmósfera, se sumió en las zonas de las matemáticas. Sus nuevos cálculos vinieron a demostrar la perfección de sus cálculos anteriores; ningún error se había cometido, ni se había producido ninguna desviación. El bólido iría a caer en el sitio previsto.

—En el mar, por lo tanto —dijo Monsieur Lecoeur, disimulando apenas su furor.

—En el mar evidentemente —contestó con gran serenidad Xirdal, que, como verdadero matemático, no experimentaba otro sentimiento que una gran satisfacción al comprobar lo exacto de sus cálculos.

Pero casi en el acto se le representó el otro aspecto que ofrecía el problema.

—¡Diablo! —bufó, cambiando de tono y mirando a su padrino con aire indeciso.

Éste trató de recobrar la calma.

—Veamos, Zephyrin —repuso, adoptando el tono bondadoso que conviene emplear con los niños—; no vamos a estarnos con los brazos cruzados, se me figura a mí. Se ha cometido un error; menester es repararlo. Ya que tú has sido capaz de ir a buscar al bólido en pleno cielo, debe ser un juego para ti el hacerle sufrir una desviación de unos cuantos centenares de metros.

—¿Lo cree usted así? —respondió Zephyrin Xirdal, moviendo la cabeza—. Cuando yo obraba sobre el meteoro, éste se hallaba a cuatrocientos kilómetros. A esta distancia la atracción terrestre se ejercía de tal manera, que la cantidad de energía que yo proyectaba sobre una de sus caras era capaz de provocar una ruptura de equilibrio apreciable. Pero ahora no ocurre así; el bólido está más cerca y la atracción terrestre lo solicita con tanta fuerza, que un poco de más o de menos no cambiaría gran cosa.

—¿Nada puedes hacer entonces? —insistió Monsieur Lecoeur, mordiéndose los labios para no estallar.

—Yo no he dicho semejante cosa —rectificó Zephy rin Xirdal—; pero el asunto es difícil; por supuesto, puede intentarse hacer algo, a pesar de ello.

Lo intentó, efectivamente, y con tanta obstinación, que el 17 de agosto conceptuó como seguro el éxito de su tentativa.

El bólido, definitivamente desviado, caería de lleno sobre la tierra firme, a unos cincuenta metros de la orilla del mar, distancia suficiente para alejar todo riesgo.

Por desgracia, durante los días que siguieron se desencadenó aquella violenta tempestad de que hemos hablado, y Xirdal temió que la trayectoria del bólido se hubiese modificado por un tan furioso y arrebatado desplazamiento del aire.

Esta tempestad se calmó, como se sabe, en la noche del 18 al 19; pero los habitantes de la

cabana no se aprovecharon de ese respiro que les dejaban los elementos desencadenados. La espera del acontecimiento no les permitió tomar un minuto de reposo.

La caída se produjo a la hora precisa anunciada por Zephyrin Xirdal.

A las siete y cincuenta y siete minutos y treinta y cinco segundos, una luz fulgurante desgarró el espacio en la región del Norte, dejando medio ciegos a Monsieur Lecoeur y a su ahijado, que desde hacía una hora estaban espiando el horizonte desde el umbral de su puerta; casi al mismo tiempo oyóse un ruido sordo y la tierra tembló bajo un choque formidable.

El meteoro había caído.

Cuando Zephyrin Xirdal y su padrino hubieron recobrado el uso de la vista, lo primero que descubrieron fue el bloque de oro, a quinientos metros de distancia.

—Está ardiendo —balbució Monsieur Lecoeur, presa de viva emoción.

—Sí —respondió Zephyrin Xirdal, incapaz de articular otra cosa que este breve monosílabo.

El bólido, en efecto, se hallaba en estado de incandescencia. Su temperatura debía pasar de mil grados y estar próxima del grado de fusión.

Revelábase claramente su composición de naturaleza porosa, y el observatorio de Greenwich lo había comparado, con gran acierto, a una esponja.

Aun cuando el bólido se hubiese aplastado fuertemente en su caída vertiginosa, discerníase aún su forma esférica. La parte superior estaba bastante regularmente redondeada, mientras que la base aplastada presentaba las irregularidades del suelo ocupado.

—¡Pero... va a deslizarse y resbalar hasta el mar! —exclamó Monsieur Lecoeur al cabo de algunos instantes.

Su ahijado guardó silencio.

—Tú habías anunciado que caería a cincuenta metros de la orilla.

—Ha caído a diez metros..., porque es preciso tener en cuenta su semidiámetro.

—Diez no son cincuenta.

—Le habrá desviado la tempestad.

Sin cambiar otras frases, ambos interlocutores se pusieron a contemplar en silencio la esfera de oro.

No dejaba, en verdad, de tener algún fundamento la inquietud que experimentaba Monsieur Lecoeur.

El bólido había caído a diez metros de la arista extrema del promontorio. Siendo su radio de cincuenta y cinco metros, como con razón había afirmado el observatorio de Greenwich, la mayor parte de la esfera estaba suspendida en el vacío, a poca distancia de la superficie del mar. Pero la otra parte, impresa materialmente en la roca, retenía al conjunto encima del océano.

Era seguro que, puesto que no caía era porque se hallaba en equilibrio; era, sin embargo, bien inestable este equilibrio, y se comprendía que el menor impulso habría bastado para precipitar en el abismo el fabuloso tesoro. Una vez lanzado sobre la pendiente, nada en el mundo sería capaz de detenerle, y resbalaría invenciblemente hasta el mar, que se cerraría sobre él.

«Razón de más para apresurarse», pensó de pronto el banquero, recobrando la conciencia.

Era una completa locura perder de aquella manera el tiempo en una necia contemplación, con grave riesgo de sus intereses. Pasando sin perder un minuto más detrás de la cabana, izó la bandera francesa a la extremidad de un mástil bastante elevado para que pudiera ser visto de los buques anclados ante Upernivik.

Sabemos ya que aquella señal debía ser vista y comprendida.

El Atlantic había marchado en seguida hacia alta mar, en ruta para la oficina de Telégrafos más próxima, desde la cual se dirigía a la casa de Banca de Robert Lecoeur, calle Druot, en París, un despacho redactado en lenguaje claro: "Bólido caído; vendan en seguida.»

En París se apresurarían a ejecutar esta orden, lo que valdría un enorme beneficio al banquero, que jugaba sobre seguro.

Zephyrin Xirdal, insensible a esos vulgares intereses, continuaba sumido en su contemplación, cuando un gran vocerío hirió sus oídos.

Al volverse, descubrió a la muchedumbre que se habían atrevido a penetrar en sus dominios. ¡He ahí una cosa que era verdaderamente intolerable!

Rápidamente se adelantó al encuentro de los invasores.

El delegado de Groenlandia le ahorró la mitad del camino.

—¿Cómo es eso, señor mío —dijo Xirdal, abordándole—, que ha entrado usted en mi casa? ¿No ha visto usted los carteles?

—Perdone usted, caballero —respondió cortésmente Mr. Schnack—; les hemos visto perfectamente, pero hemos creído que en atención a las circunstancias, verdaderamente excepcionales, podríamos excusarnos de faltar a las reglas generalmente admitidas.

—¿Circunstancias excepcionales? —preguntó Xirdal con candidez—. ¿Qué circunstancias excepcionales?

La actitud que entonces adoptó Mr. Schnack expresó, como es natural, cierta sorpresa.

—¿Qué circunstancias excepcionales? —replicó—. ¿Necesitaré, por ventura, decirle, caballero, que el bólido de Whaston acaba de caer en esta isla?

—Lo sé perfectamente —declaró Xirdal—. Pero nada de excepcional hallo yo en ello. Es un hecho sumamente trivial el de la caída de un bólido.

—No, porque es de oro.

—De oro, lo mismo que de otra cosa cualquiera, un bólido será siempre un bólido.

—No es esa la opinión de esos caballeros y de esas señoras —replicó Mr. Schnack, señalando la multitud de turistas, la mayor parte de los cuales no comprendían una sola palabra de todo aquel diálogo—. Todas estas personas no se hallan aquí más que para asistir a la caída del bólido de Whaston. Confiese usted que era duro, tras un viaje semejante, el verse detenido Por una valla de alambre.

—Es cierto —reconoció Xirdal, dispuesto a la conciliación.

Hallábanse de esta suerte las cosas en buen camino, cuando Mr. Schnack cometió la imprudencia de añadir:

—En lo que me concierne, no podía detenerme ante su valla, por cuanto se oponía al incumplimiento de la misión oficial de que estoy investido.

—¿Y esa misión consiste...?

—En tomar posesión del bólido, en nombre de Groenlandia, cuyo representante soy aquí.

Xirdal se había desobresaltado.

—¡Tomar posesión del bólido! —gritó—. ¡Pero usted está loco, caballero!

—No veo por qué —replicó Mr. Schnack un tanto picado—; el bólido ha caído en terreno groenlandés; pertenece, pues, al Estado groenlandés, toda vez que no pertenece a nadie.

—Eso es un cúmulo de errores —protestó Zephyrin Xirdal, con una naciente violencia—. El bólido, en primer lugar, no ha caído en territorio groenlandés, sino en un territorio mío, puesto que lo he comprado. El bólido, en segundo término, pertenece a alguien y ese alguien soy yo.

—¿Usted?

—Yo.

—¿A título de qué?

—Pues a todos los títulos posibles, mi querido señor. Sin mí, el bólido estaría gravitando aún en el espacio, en el cual, por muy representante que usted sea, hubiera tenido que irlo a buscar... ¿Cómo, por consiguiente, no había de ser mío estando como está en mi propiedad y habiendo sido yo el que le ha hecho caer?

—¿Dice usted...?

—Digo que he sido yo quien lo ha hecho caer. Yo cuidé, por otra parte, de informar a la Conferencia Internacional que, según parece, se reunió en Washington. Presumo que mi despacho interrumpiría todos sus trabajos inmediatamente.

Mr. Schnack miraba a su interlocutor con inquietud. ¿Se trataba de un bromista o de un loco?

—Caballero —respondió—, yo formaba parte de la Conferencia Internacional y puedo afirmarle que continuaba reunida a mi salida de Washington. Puedo, por otra parte, afirmarle igualmente que ningún conocimiento tengo del despacho de que usted habla.

Mr. Schnack era sincero. Un poco sordo, no había oído una sola palabra de aquel despacho, leído, como es costumbre en todo Parlamento que se respeta, en medio del infernal vocerío de las conversaciones particulares.

—Pues yo lo envié —afirmó Zephyrin Xirdal, que empezaba a sulfurarse—. Que llegara o no a su destino, nada cambia eso en mis derechos.

—¿Sus derechos? —replicó Mr. Schnack, a quien aquella inesperada discusión irritaba igualmente—. ¿Se atreve usted seriamente a sostener pretensiones sobre el bólido?

—¡Ya lo creo!

—¡Un bólido que vale seis trillones de francos!

—¿Y qué...? Aun cuando valiera trescientos mil millones de millares de millones de billones de millares de trillones..., no le impediría ser mío.

—¡Suyo...! Eso es una tontería... ¡Poseer un hombre solo más oro que el resto del mundo...! Eso no podría tolerarse.

—Yo no sé si podría o no tolerarse —gritó Zephyrin Xirdal, completamente encolerizado—. No sé más que una cosa, y es que el bólido es mío.

—Eso es lo que nosotros habremos de ver —concluyó diciendo Mr. Schnack en tono seco—. Por el momento, habrá usted de permitirnos que prosigamos nuestro camino.

Diciendo esto, el delegado tocó ligeramente el borde de su sombrero, y a una señal suya, el indígena se puso en marcha seguido de todos los demás invasores.

Zephyrin Xirdal, plantado sobre sus largas piernas, miró pasar a aquella muchedumbre; su indignación era enorme. ¡Entrar en su casa sin su permiso y conducirse como en país conquistado! ¡Negar sus derechos! Aquello pasaba de la raya.

Nada, empero, podía hacerse contra semejante multitud. Por eso, cuando todos habían desfilado, viose reducido a batirse en retirada. Pero si estaba vencido, no estaba convencido, y mientras iba andando daba rienda suelta a su enojo.

—¡Esto es muy desagradable...! ¡Muy fastidioso! —exclamaba, gesticulando locamente.

La muchedumbre, sin embargo, tuvo que detenerse, pues el calor era verdaderamente insoportable.

Por lo demás, era perfectamente inútil seguir adelante.

A menos de cuatrocientos metros aparecía la esfera de oro, y todo el mundo podía contemplarla, como antes la habían contemplado Zephyrin Xirdal y Monsieur Robert Lecoeur. No irriadiaba ya lo mismo que cuando trazaba su órbita en el espacio, pero tal era su brillo, que podían apenas los ojos soportarlo.

—¡Qué lástima! —no pudo dejar de exclamar Francis Gordon al observar la posición en que había quedado el bólido—; veinte pasos más, y se habría ido al fondo...

—De donde no se le habría sacado muy fácilmente —agregó Mrs. Arcadia Walker.

—¡Eh! Mr. Schnack no lo tiene todavía —hizo observar, riéndose, Seth Stanfort.

Allí estaban los señores Dean Forsyth y Sydney Hudelson, inmóviles, hipnotizados, por decirlo así; ambos habían intentado adelantar algunos pasos, pero uno y otro tuvieron que retroceder lo mismo que el impaciente «Omicron».

—Pero, al fin..., allí está... No en el fondo del mar... No se ha perdido para todos... Se halla en las manos de ese afortunado groenlandés... Bastará esperar. —He ahí lo que repetían los curiosos, detenidos por aquel terrible calor.

Sí, esperar; pero ¿cuánto tiempo? ¿No resistiría el bólido un mes, dos meses al enfriamiento? Semejantes masas metálicas con una temperatura tan elevada pueden permanecer ardiendo mucho tiempo. Ya se ha visto eso con meteoritos muchísimo más pequeños que el que tenían ante su vista.

Pasaron tres horas y nadie pensaba abandonar el sitio.

—Mr. Stanfort —dijo Mrs. Arcadia Walker—, ¿cree usted que bastarán algunas horas para enfriar ese bloque incandescente?

—Ni algunas horas ni algunos días, Mrs. Walker.

—Voy, pues, a volver a bordo del Oregón.

—Tiene usted razón, y, por mi parte, me dirigiré al Mozik; creo que ha sonado la hora de almorzar.

Era éste el partido más prudente; pero a Jenny y Francis Gordon hubo de serles totalmente imposible hacérselo tomar a los señores Forsyth y Hudelson.

En vano fue que la muchedumbre desfilara poco a poco; en vano Mr. Schnack se decidió, el último, a regresar a Upernivik; los dos maníacos se empeñaron en quedarse solos frente a su meteoro.

—En fin, papá, ¿viene usted? —preguntó por décima vez Jenny Hudelson, hacia las dos de la tarde.

Por toda respuesta, el doctor Hudelson dio una docena de pasos hacia delante; pero viose obligado a retroceder precipitadamente; Mr. Dean Forsyth, que le había seguido, hubo también de batirse en retirada con no menor apresuramiento y celeridad.

—Vamos, querido tío —dijo a su vez Francis Gordon— vamos, Mr. Hudelson; ya es tiempo de que volvamos a bordo.

Vanos esfuerzos.

Tan sólo al caer la tarde, rendidos de cansancio y de inanición, se resignaron a abandonar la plaza, bien firmemente decididos, por supuesto, a volver al día siguiente.

Volvieron, en efecto, a primera hora, pero fue para tropezar con una cincuentena de hombres armados —todas las fuerzas groenlandesas— asegurando el servicio de orden en torno del precioso meteoro.

¿Contra quién tomaba el Gobierno aquella precaución...? ¿Contra Zephyrin Xirdal?

En ese caso, cincuenta hombres eran muchos; y tanto más cuanto que el bólido se defendía por sí solo; pues su infernal calor mantenía a los más audaces a respetuosa distancia; apenas si se había ganado un metro desde la víspera.

De seguir así las cosas, se necesitarían meses y meses para que Mr. Schnack pudiese tomar efectiva posesión del tesoro en nombre de Groenlandia.

No importaba; convenía guardar aquel tesoro; tratándose de cinco mil setecientos ochenta y ocho millares de millones toda precaución era bien poca.

A ruego de Mr. Schnack, había partido uno de los buques de la rada, a fin de llevar telegráficamente la gran nueva al Universo entero.

¿No destruiría los planes de Monsieur Lecoeur?

En manera alguna. Habiendo partido el Atlantic veinticuatro horas antes, y siendo notablemente superior la marcha del yate, disponía el banquero de treinta y seis horas de adelanto, plazo éste más que suficiente para llevar a feliz término su especulación financiera.

Si el Gobierno groenlandés se había sentido tranquilizado por la presencia de cincuenta guardias, ¿hasta qué punto no debió quedarlo en la tarde de aquel mismo día, sabiendo que

setenta hombres vigilarían en lo sucesivo el meteoro?

Hacia mediodía, un crucero había anclado en Upernivik, ostentando la bandera estrellada de los Estados Unidos de América; apenas hubo su ancla tocado el fondo, cuando ese crucero había desembarcado veinte hombres, que acampaban ahora en los alrededores del bólido.

Al tener noticia Mr. Schnack de este crecimiento del servicio de orden, experimentó sentimientos contradictorios.

Si le satisfizo el saber que el precioso bólido estaba defendido con tanto celo, aquel desembarque de marinos americanos en armas sobre el territorio groenlandés no dejó de causarle serias inquietudes. El oficial que mandaba la fuerza desembarcada, a quien se dirigió, no pudo darle informes; obedecía a la orden de sus jefes y lo demás no le importaba.

Resolvióse, pues, Mr. Schnack a llevar al día siguiente sus quejas a bordo del crucero; pero al querer ejecutar su proyecto se halló en presencia de un doble trabajo.

Durante la noche, en efecto, había arribado un segundo crucero, esta vez inglés. El comandante, sabiendo que la caída del bólido era ya un hecho consumado, había desembarcado, a imitación de su colega americano, otra veintena de marinos, que se dirigieron también a paso acelerado hacia el Norte-Sudeste de la isla.

Mr. Schnack quedóse perplejo. ¿Qué significaba aquello?

Y sus perplejidades fueron aumentando a medida que el tiempo transcurría. Por la tarde llegó un tercer crucero, ostentando bandera tricolor, y dos horas más tarde veinte marineros franceses iban a montar, a su vez, la guardia en torno del bólido.

La situación, decididamente, se complicaba.

No debía, con todo, detenerse allí.

Sucesivamente fueron llegando otro crucero ruso, otro japonés, otro italiano, otro alemán, otro español, otro argentino, otro chileno, otro portugués y otro holandés.

El 25 de agosto, dieciséis buques de guerra, en medio de los cuales había vuelto discretamente a anclar él Atlantic, formaban ante Upemivik una escuadra internacional, como jamás habían visto otra aquellos parajes hiperbóreos.

Habiendo desembarcado cada uno de ellos veinte hombres, al mando de un oficial, trescientos veinte marineros y dieciséis oficiales de todas las nacionalidades ocupaban ahora un terreno que, a pesar de su valor, no habrían podido defender los cincuenta soldados groenlandeses.

Cada uno de los buques aportaba su contingente de noticias, noticias que no debían ser muy satisfactorias, a juzgar por sus efectos.

Si bien la Conferencia Internacional continuaba celebrando sus sesiones en Washington, sólo era por pura fórmula. La palabra ahora teníala la diplomacia, en espera de que se la concediese al cañón.

A medida que se iban sucediendo los buques, las noticias debían ser más inquietantes. Nada de preciso se sabía, pero circulaban sordos rumores en los Estados Mayores, y entre los diversos tripulantes las relaciones hacíanse más tirantes cada vez.

Durante todo ese tiempo, Zephyrin Xirdal continuaba furioso. Monsieur Lecoeur estaba cansado de oír sus incesantes recriminaciones, y en vano trataba de apelar a su buen sentido.

—Debes comprender, mi querido Zephyrin —le decía—, que Mr. Schnack tiene razón y que es imposible dejar a una sola criatura la libre disposición de una suma tan colosal... Pero déjame hacer a mí. Cuando la primera emoción se haya calmado, intervendré yo a mi vez, y juzgo imposible que no se tenga muy en cuenta la justicia de nuestra causa. Yo obtendré algo, sin duda...

—¡Algo! —gritaba Xirdal—. ¡Me río yo de ese algo...! ¿Qué quiere usted que haga yo de ese oro...? ¿Es que yo tengo necesidad de él acaso...?

—Entonces, ¿por qué excitarte de esa manera? —objetaba Monsieur Lecoeur.
—Porque el bólido es mío. Me irrita que se me quiera arrebatar. No lo he de soportar.
—Pero, ¿qué vas a hacer tú solo contra toda la Tierra, mi pobre Zephyrin?
—Si yo lo supiese ya estaría hecho... Pero, paciencia... Cuando esa especie de delegado emitió la pretensión de atrapar mi bólido, era ya bastante fastidioso...; pero ahora... tantos países, tantos ladrones... ¡Si yo lo hubiese sabido...!
Xirdal no salía de esto.
Hacía mal, en todo caso, en irritarse contra Mr. Schnack. El infortunado delegado no se hallaba muy satisfecho; nada bueno auguraba aquella invasión del territorio groenlandés; pero, ¿qué hacer? ¿Podía con sus cincuenta hombres lanzar al mar a los trescientos veinte marinos extranjeros y cañonear a los dieciséis mastodontes acorazados que le rodeaban?
Indudablemente no, no podía hacerlo. Pero lo que sí podía, al menos, lo que hasta debía hacer, era protestar, en nombre de su país, contra la violación del territorio nacional.
Un día en que habían bajado juntos a tierra los dos comandantes inglés y francés, en concepto de simples curiosos, aprovechó Mr. Schnack aquella ocasión de pedir explicaciones y hacer representaciones oficiosas, cuya moderación diplomática no excluyera la vehemencia.
El comodoro inglés fue quien contestó a Mr. Schnack, diciéndole, en resumen, que no tenía por qué inquietarse.
Los comandantes de los buques en rada se conformaban sencillamente con las órdenes recibidas de sus respectivos almirantazgos; no les tocaba a ellos ni el discutir ni el interpretar esas órdenes, sino única y exclusivamente el ejecutarlas. Se presumía, no obstante, que el desembarco internacional no tenía otro objeto que el mantenimiento del orden, en presencia de una afluencia de curiosos, muy importante en realidad, pero que se había creído sin duda mucho mayor.
Por lo demás, Mr. Schnack debía estar tranquilo; la cuestión estaba estudiándose, y seguramente serían respetados los derechos de todos y de cada uno.
—Exacto —aprobó el comandante francés.
—Puesto que serán respetados todos los derechos, podré, por consiguiente, defender los míos —gritó de repente un personaje, interviniendo sin rebozo en la discusión.
—¿Con quién tengo el honor de hablar? —preguntó el comodoro.
—Mr. Dean Forsyth, astrónomo de Whaston, el verdadero padre y legítimo propietario del bólido —respondió el interruptor, dándose importancia, en tanto que Mr. Schnack alzaba desdeñosamente los hombros.
—¡Ah, muy bien...! Conocía yo perfectamente su nombre ya, Mr. Forsyth... Pero si usted tiene derechos, ¿por qué no ha tratado de hacerlos valer?
—¡Derechos! —gritó en tal momento un segundo interruptor—. Entonces, ¿qué diré yo de los míos...? ¿No he sido, por ventura, yo, yo, el doctor Sydney Hudelson, el primero en señalar el meteoro a la atención del Universo?
—¡Usted! —protestó Mr. Dean Forsyth, volviéndose rápidamente, como si le hubiese picado una víbora.
—Yo.
—¡Un medicastro de arrabal pretender haber realizado semejante descubrimiento...!
—¡Lo mismo que un ignorante de su especie!
—¡Un charlatán, que ni siquiera sabe por qué lado se mira en un anteojo!
—¡Un farsante, que jamás ha visto un telescopio!
—¡Ignorante yo...!
—¡Yo un medicastro...!
—¡De tal modo ignorante, que no sé desenmascarar a un cínico impostor!

—¡Tan medicastro, que no encuentro el medio de confundir a un ladrón!
—¡Esto es demasiado! —gritó, iracundo, Mr. Dean Forsyth, echando espumarajos de rabia —. ¡En guardia, caballero!
La escena habría tenido un funesto desenlace, si Jenny y Francis Gordon no se hubieran lanzado entre los combatientes, que con los puños en alto se dirigían miradas retadoras.
—¡Tío! —gritaba Francis, sujetando a su tío con mano vigorosa.
—¡Papá! ¡Papá! ¡Por Dios...! —imploraba Jenny, derramando abundantes lágrimas.
—¿Quiénes son esos dos energúmenos? —preguntó a Seth Stanfort, a cuyo lado se encontraba por casualidad Zephyrin Xirdal, quien a alguna distancia asistía a aquella escena tragicómica.
—No habrá usted dejado de oír hablar de Dean Forsyth y del doctor Sydney Hudelson.
—¿Los dos astrónomos de Whaston?
—Los mismos.
—¿Los que descubrieron el bólido?
—Efectivamente.
—¿Por qué disputan de esa manera?
—Porque no pueden ponerse de acuerdo acerca de la prioridad del descubrimiento.
Zephyrin Xirdal alzó desdeñosamente los hombros.
—¡Vaya una tontería!
—Y uno y otro reclaman la propiedad del bólido —repuso Seth Stanfort.
—¿So pretexto de que lo vieron por casualidad en el cielo?
—Así es.
—Se necesita tener tupé... Pero, ¿qué hacen ahí ese joven y esa muchacha?
Mr. Seth Stanfort expuso con suma complacencia la situación. Refirió por qué concurso de circunstancias los dos prometidos habían tenido que renunciar a su proyectada unión.
Cuando Seth Stanfort hubo dado fin a su relato, Zephyrin Xirdal, sin pensar en darle las gracias, lanzó un resonante: «Esta vez es demasiado fuerte», y se alejó a grandes pasos.
Estaba verdaderamente fuera de sí; con mano brutal abrió la puerta de su cabana.
—¡Tío! —dijo a Monsieur Lecoeur, a quien este virulento apostrofe hizo dar un salto—. Declaro que esto es demasiado fastidioso.
—¿Qué sucede ahora? —preguntó el banquero.
—¡El bólido, caramba; siempre el maldito bólido!
—¿Qué te ha hecho el bólido?
—Lleva trazas de devastar la Tierra; así, tranquilamente. No contento con transformar a todas esas gentes en ladrones, va a sembrar la guerra y la discordia por todo el mundo... Y no es eso todo; se permite ya separar a los novios.
—¿Qué novios...?
Xirdal no se dignó contestar.
—Sí, es muy desagradable y fastidioso —declaró con violencia—. ¡Ah! No lo consentiré... ¡Voy a ponerlos a todos de acuerdo y a reírme además...!
—¿Qué tonterías vas a hacer, Zephyrin?
—¡Pardiez, muy sencillo...! ¡Voy a arrojar el bólido al agua!
Monsieur Lecoeur se levantó de un salto; su semblante había palidecido bajo la intensa emoción que le paralizaba el corazón. Ni por un instante se le ocurrió la idea de que Xirdal obedecía a los impulsos de la cólera, y que profería amenazas vanas, cuya realización no estaba en su poder; no, había dado pruebas de este su poder; todo era de temer de él.
—Tú no harás eso, Zephyrin.
—Lo haré, por el contrario; nada me lo impedirá.

—Pero no piensas, desgraciado... —Monsieur Lecoeur se interrumpió bruscamente; un pensamiento de genio acababa de nacer en su cerebro; algunos instantes bastaron a aquel experto capitán de las batallas del dinero para examinar la parte fuerte y la débil.

—¡A ello! —murmuró.

Un segundo esfuerzo de reflexión le confirmó en la excelencia de su proyecto.

Dirigiéndose entonces a Zephyrin Xirdal, manifestóse así:

—No te llevaré más tiempo la contra —dijo—. ¿Quieres echar el bólido al mar? ¡Bueno...! Pero, ¿no podrías darme algunos días de respiro?

—Estoy obligado a ello —dijo Xirdal—. Preciso es que introduzca algunas modificaciones en la máquina para el nuevo trabajo que he de emprender; esas modificaciones exigirán cinco o seis días.

—Lo cual nos llevará al tres de setiembre.

—Sí.

—Muy bien —dijo Monsieur Lecoeur, que salió y se dirigió inmediatamente a Upernivik, mientras que su ahijado ponía manos a la obra.

Sin pérdida de tiempo, Monsieur Lecoeur se hizo conducir a bordo del Atlantic, cuya chimenea empezó a vomitar en seguida torrentes de humo negro y compacto.

Dos horas más tarde, y vuelto el armador a tierra, el Atlantic se perdía en el horizonte.

Como todo lo que es genial, el plan del banquero era de una sublime sencillez.

Rechazada la idea de denunciar a su ahijado a condición de que se le reservase una parte del tesoro, que se salvaría así merced a su intervención —pues esa parte habría sido insignificante y de poco valor por la abundancia del oro—, decidióse a guardar el más absoluto silencio.

Siendo él el único en conocer durante cinco días semejante secreto, facilísimo le era sacar de él gran partido. Bastábale para esto el expedir, por medio del Atlantic, un nuevo telegrama, en el cual, después de descifrado, se leería lo siguiente en la calle Druot: «Acontecimiento sensacional inminente. Compren minas en cantidad ilimitada.»

Esa orden sería fácilmente ejecutada.

Seguramente que la caía del bólido era conocida a aquella hora, y las acciones de minas de oro debían estar casi regaladas.

Digamos, desde luego, que Monsieur Lecoeur había tenido un buen golpe de vista. El telegrama había sido llevado a la calle Druot, y en la Bolsa del mismo día se cumplieron puntualmente sus instrucciones, comprando todas las minas de oro que se ofrecieron, haciendo lo mismo al día siguiente, llegando de esta forma hasta poseer la mitad del total de la producción aurífera del Globo.

Mientras estos acontecimientos tenían lugar en París, Zephyrin Xirdal utilizaba, para modificar su máquina, los accesorios de que había tenido cuidado de proveerse a su salida.

En la fecha indicada, el 3 de setiembre, todo se hallaba terminado y Zephyrin Xirdal se disponía a la acción.

La presencia de su padrino le aseguraba, por excepción, un auditorio verdadero; era una ocasión única de ejercer sus talentos oratorios.

No la dejó pasar.

—Mi máquina —dijo, cerrando el circuito eléctrico— no tiene nada de misterioso ni de diabólico: no es otra cosa que un órgano de transformación: recibe la electricidad bajo su forma ordinaria, y la devuelve bajo una forma superior, estudiada, meditada y descubierta por mí.

«Esta ampolla que ve usted aquí, y que comienza a girar velozmente, es la que ha servido para atraer el bólido. Con ayuda del reflector, en cuyo centro está situada, envía ella al espacio una corriente de una naturaleza particular, bautizada por mí con el nombre de corriente neutra

helicoidal.

»Como su nombre lo indica, se mueve a la manera de una hélice. El conjunto de sus espiras constituye un cilindro del que el aire, lo mismo que toda otra materia, es expulsado de tal manera, que en el interior de este cilindro no hay nada.

»De este sitio único, en el que reina el vacío absoluto, se escapa la indestructible energía que el globo terrestre retiene prisionera en las pesadas mallas de la sustancia. Mi papel, por consiguiente, está limitado a suprimir un obstáculo.

Monsieur Lecoeur, vivamente interesado, concentraba toda su atención para seguir aquellas curiosas explicaciones.

—La única cosa delicada —prosiguió diciendo Xirdal— consiste en regular la longitud de la onda de la corriente neutra helicoidal; si llega al objeto que se desea gobernar, le rechaza, en vez de atraerle; se necesita, pues, orientarla a cierta distancia del objeto, pero lo más cerca posible, de tal suerte, que la energía irradie en su proximidad inmediata.

—Pero para hacer rodar el bólido al mar es menester empujarle y no atraerle —objetó Monsieur Lecoeur.

—Sí y no —respondió Zephyrin Xirdal—. Yo conozco la distancia precisa que nos separa del bólido, que es de quinientos once metros y cuarenta y ocho centímetros, y, en consecuencia, regulo el alcance de mi corriente.

Sin dejar de hablar, Zephyrin maniobraba con su máquina.

—Observe tío, que esta ampolla no gira como la otra. Los efluvios que emite son muy particulares; les llamaremos, si usted quiere, corrientes neutras rectilíneas, para distinguirlas de las anteriores.

»La longitud de estas corrientes rectilíneas no tiene necesidad de ser regulada; irían invisibles hasta el infinito, si yo no las proyectase sobre la convexidad sudoeste del meteoro, que las detiene; no le aconsejo que se ponga a su paso.

«Estas corrientes rectilíneas, como cualquiera otras corrientes de cualquier naturaleza que sean, como la luz, el calor, la luz misma, no son otra cosa que un transporte de átomos materiales en el último grado de simplificación.

«Tendrá usted una idea de la pequenez de esos átomos, cuando le diga que en este instante están golpeando la superficie del bloque de oro, en el que se incrustan, en número de setecientos cincuenta millones por segundo. Es, pues, un verdadero bombardeo, en el que la pequenez de los proyectiles se halla compensada por la infinidad del número y por la velocidad. Uniendo este impulso a la atracción ejercida sobre la otra cara, puede obtenerse, con toda seguridad, un resultado satisfactorio.

—El bólido no se mueve, sin embargo —objetó Monsieur Lecoeur.

—Ya se moverá —afirmó tranquilamente Zephyrin Xirdal—. Un poco de paciencia. Por añadidura, he aquí lo que va a apresurar las cosas. Con este tercer reflector expido yo otros obuses atómicos dirigidos, no sobre el bólido mismo, sino sobre el terreno que le sostiene del lado del mar. Va usted a ver cómo ese terreno se disgrega poco a poco, y ayudado por la gravedad, el bólido se deslizará por la pendiente.

Zephyrin Xirdal metió de nuevo su mano en el interior de la máquina; la tercera ampolla comenzó a girar.

—Mire usted bien, tío; creo que nos vamos a reír un poco.

CAPÍTULO XX
QUE TAL VEZ SE LEERÁ CON SENTIMIENTO, PERO QUE EL RESPETO A LA VERDAD HISTÓRICA OBLIGÓ AL AUTOR A ESCRIBIR TAL Y COMO LO REGISTRARON UN DÍA LOS ANALES ASTRONÓMICOS

UN un solo grito se fundieron los gritos individuales, y aquél fue como un rugido formidable que salió de la muchedumbre a la primera oscilación de la masa de oro.

Todas las miradas se dirigieron al mismo punto. ¿Qué ocurría? ¿Eran juguetes de una alucinación? ¿Había realmente hecho el meteoro un movimiento? En este caso, ¿cuál era la causa? ¿No iba el terreno inclinándose poco a poco, lo cual podría hacer que el tesoro se hundiese en el abismo?

—Sería éste un singular desenlace para ese asunto, que ha llegado a conmover el mundo —hizo observar Mrs. Arcadia Walker.

—Un desenlace que no sería tal vez el peor —respondió Seth Stanfort.

No, no se habían engañado; el bólido continuaba deslizándose gradualmente hacia el mar; si el movimiento no cesaba, la esfera de oro acabaría por rodar hasta el borde de la plataforma, y se hundiría en las profundidades del océano.

Aquello fue un estupor general, mezclado con un poco de menosprecio hacia aquel suelo indigno de un tan maravilloso peso. ¡Qué lástima que la caída se hubiese producido sobre aquella isla y no sobre el inquebrantable promontorio basáltico del litoral groenlandés, donde aquellos millares de millones no habrían corrido el riesgo de perderse para siempre para la ávida Humanidad!

Sí; el meteoro se deslizaba; tal vez sólo fuese cuestión de horas, de minutos, el que el mar se tragase aquellas enormes riquezas.

En medio de todos los gritos provocados por la inminencia de semejante desgracia, ¡qué exclamación de espanto la que había lanzado Mr. Schnack...! ¡Adiós, aquella única ocasión de enriquecer fabulosamente a su país...! Adiós, aquella risueña perspectiva de enriquecer a todos los ciudadanos de Groenlandia!

En cuanto a Mr. Dean Forsyth y al doctor Sydney Hudelson, podían abrigarse temores por su razón. Tendían los brazos desesperadamente, pedían socorro, como si hubiera sido posible el responder a semejante llamamiento.

Un movimiento más pronunciado del bólido acabó de hacerles perder la cabeza; sin reflexionar en el riesgo que corría, el doctor Hudelson, rompiendo la línea de los guardias, corrió hacia la esfera de oro.

No pudo ir muy lejos. Sofocado por aquella atmósfera abrasadora, vaciló de repente, al cabo de cien pasos, y cayó como una masa inerte.

Mr. Dean Forsyth habría debido hallarse contento, pues la supresión de su competidor suprimía radicalmente toda ocasión de competencia para lo futuro.

Pero antes que un astrónomo apasionado, Mr. Dean Forsyth era un excelente hombre, y la intensidad de su emoción le volvió a su verdadera naturaleza. Su odio, puramente ficticio, desapareció, como desaparece una pesadilla al despertar, y sólo dejó en su razón el recuerdo de los antiguos días.

Por esto, sin siquiera pensar en ello, como se realiza un puro movimiento reflejo, el señor Dean Forsyth, dicho sea esto en su honor, en lugar de alegrarse de la muerte de un adversario, corrió veloz al socorro de un antiguo amigo en peligro.

Sus fuerzas no debían encontrarse a la altura de su valor. Apenas había alcanzado al doctor Hudelson, apenas hubo conseguido arrastrarle unos cuantos metros hacia atrás, cuando caía cerca de él, inanimado, sofocado por aquel ambiente infernal que asfixiaba totalmente.

Felizmente, Francis Gordon se había precipitado tras él, y Mr. Seth Stanfort no había vacilado en seguirle.

Es de creer que esta acción no dejó a Mrs. Arcadia Walker indiferente.

—¡Seth..., Seth...! —gritó instintivamente, como espantada del peligro a que se exponía su

antiguo marido.
Francis Gordon y Seth Stanford, seguidos de algunos valerosos espectadores, tuvieron que arrastrarse por el suelo, colocándose un pañuelo en la boca; tan irrespirable era el aire.
Llegaron por fin cerca de Mr. Forsyth y del doctor Hudelson; les levantaron y se los llevaron más allá del límite que no era lícito franquear, so pena de verse abrasado.
Afortunadamente, aquellas dos víctimas de su imprudencia habían sido salvadas a tiempo. Gracias a los cuidados que no se les economizaron, volvieron a la vida, pero fue ¡ ay!, para asistir a la ruina de sus esperanzas.

El bólido continuaba resbalando lentamente... Su centro de gravedad iba aproximándose a la arista, más allá de lo cual el promontorio se hundía verticalmente en el mar.
Por todas partes se alzaron gritos, traduciendo la emoción de la muchedumbre, que se agitaba en todos sentidos, sin saber por qué. Algunos, entre los cuales se hallaban Mr. Seth Stanfort y Mrs. Arcadia Walter, corrieron a toda prisa al lado del mar, a fin de no perder, al menos, ningún detalle de la catástrofe.
Hubo, sin embargo, un momento de esperanza. La esfera de oro se había inmovilizado.
Pero no fue más que un momento. De repente, dejóse oír un espantoso crujido... La roca acababa de ceder y el meteoro se hundía en el mar.
Si los ecos del litoral no repercutieron el enorme clamor de la muchedumbre, fue porque aquel clamor viose al instante cubierto por el estampido de una explosión más violenta que los clamores de la muchedumbre, y más aún que el estampido del trueno. Al mismo tiempo, una especie de huracán barrió la superficie de la isla, y los espectadores, sin exceptuar a uno solo, fueron arrojados irresistiblemente al suelo.
El bólido acababa de hacer explosión. Penetrando el agua por los millares de poros de la superficie en los innumerables alvéolos de aquella esponja de oro, se había evaporado instantáneamente al contacto de aquel metal incandescente, y el meteoro había estallado como una caldera. Sus restos caían ahora sobre las olas en medio de ensordecedores silbidos.
Alzóse el mar por la violencia de esta explosión. Una ola prodigiosa subió al asalto del litoral y cayó con irresistible furor. Espantados los imprudentes que se habían acercado a la orilla, emprendieron la fuga, esforzándose por alcanzar la cima.
No todos debían llegar a ella. Cobarde y vilmente rechazada por ciertos compañeros, a quienes el miedo convertía en bestias feroces, Mrs. Arcadia Walker fue empujada, derribada... ¡Cuando la masa liquida volvióse, iba a ser arrastrada...!
Pero Mr. Seth Stanfort velaba.
Casi sin esperanza de salvarla, arriesgando su vida por ella, habíase lanzado en su socorro, en condiciones tales, que habría indudablemente que contar dos víctimas en vez de una.
No; Seth Stanfort logró alcanzar a la joven, y asiéndose como pudo a una roca, pudo resistir al monstruoso remolino.
Numerosos turistas corrieron en seguida en su ayuda y los arrastraron hacia atrás. Estaban en salvo.
Si Mr. Seth Stanfort no había perdido el conocimiento, Mrs. Arcadia Walker estaba inanimada. Los cuidados que todos se apresuraron a prestarle no tardaron en reanimarla. Sus primeras palabras fueron para su ex marido.
—Desde el momento en que debía ser salvada, estaba indicando que lo sería por usted —dijo, oprimiéndole la mano y dirigiéndole una mirada llena del más tierno reconocimiento.
Menos afortunado que Mrs. Arcadia Walker, el maravilloso bólido no había podido escapar a su funesta suerte. Fuera del alcance de los hombres, sus restos reposaban ahora en las profundidades del mar. Aun cuando a costa de increíbles esfuerzos hubiese sido posible retirar

aquella masa de esos insondables abismos, preciso era renunciar a semejantes esperanzas, ya que, convertido en millares de trozos, habían sido esparcidos del todo al azar.

En vano Mr. Schnack, Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson buscaron la más mínima partícula sobre el litoral; no, habíanse dispersado hasta el último céntimo los cinco mil setecientos ochenta y ocho millares de millones.

Nada quedaba del extraordinario meteoro.

CAPÍTULO XXI
ÚLTIMO CAPITULO, QUE CONTIENE EL EPÍLOGO DE ESTA HISTORIA, Y CUYA ULTIMA PALABRA CORRESPONDE A MR. JOHN PROTH, JUEZ DE WHASTON

LA muchedumbre de curiosos no tenía que hacer otra cosa sino partir, puesto que su curiosidad estaba ya satisfecha.

¿Satisfecha...? No es muy seguro. ¿Valía aquel desenlace las fatigas y los gastos de un viaje semejante? Haber visto el meteoro, sin poder acercarse a él, sino a una distancia de cuatrocientos metros, no era un gran resultado. Había, sin embargo, que conformarse con él.

Fue, en suma, una suerte. Seis trillones de oro lanzados a la circulación, habrían depreciado extraordinariamente este metal, vil para los unos, aquellos que no lo tienen, pero tan precioso al decir de los demás.

No se debía, por consiguiente, lamentar la pérdida de aquel bólido, que no contento con trastornar el mercado de valores del mundo, habría desencadenado tal vez la guerra sobre toda la superficie de la tierra.

Los interesados, sin embargo, tenían derecho para considerar aquel desenlace como una decepción. ¡Con qué tristeza se dirigieron Mr. Dean Forsyth y el doctor Hudelson a contemplar el sitio donde su bólido habían estallado!

Muy duro era el volverse sin llevar nada de aquel oro celeste; ni siquiera algo con que fabricarse un alfiler de corbata o unos botones para los puños de la camisa, a título de recuerdo, admitiendo que Mr. Schnack no lo hubiese reclamado para su país.

En su común dolor, los dos rivales habían perdido hasta el recuerdo de su pasajera rivalidad. ¿Podía ser de otra manera? ¿Era posible que el doctor Hudelson conservase su enojo para con quien tan generosamente había desafiado la muerte para salvarle? La desaparición del bólido había acabado, por lo demás, la obra de reconciliación; ¿a qué disputar por el nombre de un meteoro que ya no existía?

—Es una gran desdicha —decía el doctor Hudelson— la pérdida del bólido Forsyth.

—Del bólido Hudelson —rectificaba el otro.

Los dos jóvenes prometidos se aprovechaban, como mejor podían, del retorno del buen tiempo, tras tantas tormentas, y trataban de ganar las horas perdidas.

Los buques de guerra y los paquebotes que se hallaban en Upernivik levaron anclas en la mañana del 4 de setiembre, hacia las latitudes más meridionales.

De todos los curiosos que durante algunos días habían dado tanta animación a aquella isla de las regiones árticas, no quedaron más que Monsieur Robert Lecoeur y su medio sobrino, obligados a esperar el retorno de su barco, el Atlantic, que no llegó hasta el día siguiente.

Monsieur Lecoeur y Zephyrin Xirdal embarcaron inmediatamente; tenían bastante con aquella estancia suplementaria de veinticuatro horas en la isla de Upernivik.

Destruida, en efecto, su cabana por la invasión del mar, consecutiva a la explosión del bólido, habían pasado la noche al aire libre, en las más deplorables condiciones.

No se había contentado el mar con arrasar su casa, sino que al propio tiempo habíales mojado

hasta los huesos. No habiendo podido secarse bien por el pálido sol de aquellas regiones polares, no poseían siquiera una mala manta para resguardarse del frío durante las breves horas de oscuridad.

Todo había perecido en el desastre, hasta el más mínimo objeto del campamento, hasta la maleta y los instrumentos de Zephyrin Xirdal: destruido el fiel anteojo con el que tantas veces había observado el meteoro, y destruida también la máquina que había atraído a aquel meteoro sobre la tierra antes de precipitarlo en el fondo de las aguas.

Monsieur Lecoeur no podía consolarse de la pérdida de tan maravilloso aparato. Xirdal, por el contrario, no hacía más que reírse de ello; puesto que había fabricado una máquina, nada le impediría fabricar otra mejor y más potente todavía.

Seguramente que habría podido hacerla; esto no era siquiera dudoso; mas, por desgracia, jamás pensó en ello; en vano le instaba su padrino para que se pusiera a ese trabajo; lo fue dejando siempre para el mañana, hasta el día en que, llegado a una edad avanzada, llevóse el secreto a la tumba.

Preciso es, por lo tanto, resignarse; esa máquina está perdida para siempre y su principio permanecerá ignorado hasta tanto que Dios haga surgir un nuevo Zephyrin Xirdal.

Este último volvía, en suma, de Groenlandia más pobre que antes; sin contar sus instrumentos y su «rico» guardarropa, dejaba allí un vasto terreno, tanto más difícil de revender, cuanto que la mayor parte de aquella propiedad se hallaba situada bajo el mar.

¡Cuántos millones había, por el contrario, cosechado su padrino en el transcurso de aquel viaje!

Esos millones se los encontró a la vuelta en la calle Druot, y ese fue el origen de la fabulosa fortuna que había de hacer de la Banca Lecoeur la igual de los más poderosos establecimientos financieros.

No fue ajeno Zephyrin Xirdal al acrecentamiento de esta colosal fortuna. Monsieur Lecoeur, que sabía ahora de todo lo que era capaz, le puso ampliamente a contribución. Todas las invenciones salidas de aquel cerebro verdaderamente genial explotábalas la Banca desde el punto de vista práctico.

No tuvo por qué arrepentirse de ello; a falta del cielo, pudo ella encerrar en sus cajas una muy notable parte del oro de la Tierra que no era cosa de despreciar, aunque no fuera de tan noble y elevado origen.

No era indudablemente Monsieur Lecoeur un Shylock.

De aquella fortuna, que era su obra, habría podido Zephyrin Xirdal tomar su parte, y hasta la parte mayor, si ese hubiera sido su deseo. Pero Xirdal, cuando se le hablaba de eso, miraba de una manera tan estúpida que era preferible no insistir.

¿Dinero...? ¿Oro...? ¿Qué iba a hacer él con eso?

Percibir en épocas irregulares las pequeñas sumas suficientes para sus modestas necesidades, era una cosa que le convenía perfectamente desde todos los puntos de vista.

Hasta el fin de su vida continuó yendo a pie a ver con ese objeto a su «tío» y banquero, y jamás consintió ni en abandonar su sexto piso de la calle de Cassette, ni en separarse de la viuda Tribaut, antigua carnicera, que fue su charlatana sirvienta.

Siete días después del aviso que Monsieur Lecoeur había dado a su corresponsal de París, la pérdida definitiva del bólido era conocida del mundo entero.

El crucero francés, al volver de Upernivik, transmitió la emocionante nueva al primer semáforo que halló, y desde él se extendió con una rapidez extraordinaria por todo el universo.

Si la emoción que produjo fue, como fácilmente puede suponerse, grande, se calmó por sí misma muy rápidamente.

Ya no se hablaba de ello, cuando el Mozik echó el ancla el día 18 de septiembre en el puerto de CharIeston.

Además de sus pasajeros primitivos, el Mozik desembarcaba a la vuelta una pasajera que no había embarcado a la ida.

Esta pasajera no era otra que Mrs Arcadia Walker, quien, deseosa de manifestar más ampliamente su reconocimiento a su antiguo marido, se había apresurado a instalarse en el camarote que había dejado desocupado Mr. Schnack.

De la Carolina del Sur a Virginia la distancia no es considerable, y los trenes, por lo demás, no faltan en Estados Unidos.

Desde el día siguiente, 19 de setiembre, Mr. Dean Forsyth, «Omicron» y Francis Gordon de una parte; Mr. Sydney Hudelson y Jenny, de la otra, estaban de regreso, los primeros en la torre de Elisabeth Street y los segundos en la torrecilla de Moriss Street.

Esperábaseles con impaciencia.

Mrs. Hudelson y su hija Loo encontrábanse en la estación de Whaston, así como también la estimable Mitz, cuando el tren de Charleston dejó a los viajeros; y no pudieron, en verdad, quejarse éstos del recibimiento que se les hizo.

Francis Gordon abrazó a su futura suegra y Mr. Dean Forsyth estrechó cordialmente la mano de Mrs. Hudelson, como si nada hubiera pasado. Ninguna alusión se hubiera siquiera hecho a los días penosos, si Miss Loo, un poco inquieta siempre, no hubiera querido asegurarse de ello,

—Todo está acabado, ¿verdad? —dijo ella, lanzándose al cuello de Mr. Dean Forsyth.

Sí, todo estaba definitivamente terminado.

Buena prueba de ello fue que las campanas de San Andrés repicaron el 30 de setiembre con sus más alegres sones. Ante una brillante reunión, que comprendía a los parientes y amigos de ambas familia y las notabilidades de la ciudad, el reverendo O'Garth celebró el matrimonio de Francis Gordon y de Jenny Hudelson, arribados felizmente a puerto tras tantas vicisitudes y tormentas.

Miss Loo, naturalmente, se hallaba presente a la ceremonia, a título de señorita de honor, encantadora con su hermoso vestido terminado desde hacía cuatro meses. Y también Mitz estaba allí, riendo y llorando a la vez.

Casi a la misma hora otro matrimonio se efectuaba en otra parte, aunque con menos pompa. Esta vez no fue a caballo, ni a pie, ni en globo como Mr. Seth Stanfort y Mrs. Arcadia Walker se dirigieron a casa del juez John Proth.

No; fue sentados uno cerca del otro en un confortable carruaje; cogidos del brazo penetraron por primera vez en su casa, a fin de presentarle en condiciones menos fantásticas sus papeles en toda regla.

El magistrado cumplió su misión, volviendo a casar a los dos antiguos esposos, separados por un divorcio de algunas semanas, inclinándose después cortésmente ante ellos.

—Gracias, Mr. Proth —dijo Mr. Stanfort.

—Y adiós —agregó Mr. Stanfort.

—Mr. y Mrs. Stanfort, adiós —respondió Mr. John Proth, que se volvió in continenti a cuidar las flores de su jardín.

Pero un escrúpulo turbaba al digno filósofo.

—¿Adiós? —murmuró, deteniéndose pensativo—. Habría obrado mejor, tal vez diciéndoles: Hasta la vista.

***